



Delilah

EL CORAZÓN DE UNA REBELDE

DANA VELVET



Delilah, el corazón de una rebelde

Dana Velvet



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Delilah, el corazón de una rebelde

©Dana Velvet

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: [Isla Books Studios](#)

Imagen de la cubierta: ©grape_vein

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet—y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de navegación

Capítulo 1

Lilah siempre había sabido que amar a alguien solo le produciría dolor. Perder a sus padres cuando era prácticamente una niña le había dejado una huella para toda la eternidad. Pero con el tiempo aprendió a manejar sus sentimientos, a no mirar atrás y a no encariñarse demasiado con nadie. Ya tenía a su tío, a su mejor amiga y a sus hermanos. Los quería, y no necesitaba a nadie más. Si algún día se permitía enamorarse y le entregaba su corazón a un hombre, y algo llegara a ocurrirle a él, no sabría cómo enfrentarse a la situación. Le gustaban las cosas tal y como estaban. Por eso dudaba que algún día llegara a casarse.

Soltó un suspiro cargado de tristeza mientras recordaba cómo empezó la tragedia que le había cambiado por completo la vida.

A la edad de ocho años, Lilah era considerada una niña encantadora y querida por toda su familia, aunque en realidad poseía una secreta vena traviesa que raramente mostraba en público. Las únicas testigos de esas maldades fueron las afortunadas —o más bien, desafortunadas— institutrices que huyeron lo más lejos posible al conocer la maldad de una niña tan «adorable» e «inocente» como era Lilah. Tenía un cariñoso padre que la quería y que la cuidaba mucho. Le daba todo el amor que su madre no había podido entregarle a causa de su fallecimiento durante el nacimiento de Lilah e Iker. Y sus otros dos hermanos mayores, James y Leonidas, la cuidaban como si fuera una princesa, mientras que Iker era como su alma gemela, estaban conectados de una manera inexplicable. Al fin y al cabo, eran mellizos.

Unos meses después, en una fría y tormentosa noche, el cielo estaba cubierto de una inmersa oscuridad que prometía un día de lluvia sin cesar.

Lilah estaba algo aburrída. Ella prefería pasar las horas en el campo, disfrutando de la naturaleza, pero la lluvia la retenía en la enorme mansión que su familia poseía en el condado de Westmoreland, leyendo una novela en su salón privado mientras James e Iker se encontraban jugando entre ellos en otra de las dependencias de la casa de campo. A Lilah le molestaban sus necias peleas de niños bobos. Y luego estaba Leonidas, descansando en su aposento, o inmerso en su mundo. A diferencia de sus otros hermanos, este era serio y callado. No le gustaba demasiado la gente y prefería la soledad.

El salón privado estaba especialmente diseñado para ellos. Las paredes estaban tapizadas de azul celeste. Había solamente una enorme mesa de madera con un montón de sillas medianas alrededor. También tenían más de dos estanterías llenas de cuentos infantiles, pero a Lilah le interesaban más otro tipo de libros, como los de Shakespeare o los de Lord Byron. En vez de estar sentada en la silla, estaba tumbada boca abajo, releendo una y otra vez *Macbeth* del gran dramaturgo inglés William Shakespeare, su amor secreto.

Mientras tanto, su padre se encontraba ocupado en su despacho, intentando calcular las riquezas de la nueva empresa que había adquirido recientemente a un burgués americano

arruinado.

Era una empresa textil que se encontraba en el condado de Liverpool. El antiguo dueño había perdido todas sus riquezas debido a malas inversiones, aunque también había influido su obsesión por el juego.

Desde que la había comprado, sus riquezas se habían duplicado bastante, convirtiéndole en uno de los hombres más ricos del Reino Unido.

El conde dejó de escribir en su cuaderno de contabilidad cuando unos suaves toques en la puerta interrumpieron su concentración.

Con una voz firme y lo suficiente elevada dijo:

—Pase.

Observó detenidamente cómo la puerta se abría y aparecía ante él el robusto cuerpo de su mayordomo, Mark, quien llevaba trabajando para la familia Bellamy desde que era un crío. Ahora contaba ya con más de cincuenta años. Lima, el conde, esbozó una sonrisa al verle. Su mayordomo era también su único amigo fiel. En su mundo, encontrar amistades verdaderas y sinceras como la que compartía con Mark era difícil, ya que en él predominaban las serpientes silenciosas y venenosas que se dedicaban a buscar presas inocentes para arrojarles su maligno veneno.

Mark realizó una inclinación de respeto hacia su señor y, con un serio semblante, caminó con pasos decididos hasta el escritorio.

Liam frunció un poco el ceño. No importaba cuántas veces le advertía a Mark que cuando estaban ellos solos no había necesidad de mostrarle respeto, él nunca le hacía caso. Y al conde no le quedaba más remedio que aceptar ese hecho.

—¿Sí, Mark?—Alguien requiere tu atención, milord —comunicó el mayordomo con la voz calmada, sin ninguna emoción.

—Dígale que pase —ordenó sonriente.

Lord Bellamy siempre había sido conocido en los alrededores por ser un señor justo y amable con los criados. Y estos le eran fieles, siempre cumpliendo con su deber con una enorme sonrisa en sus rostros. No todos los aristócratas eran lo suficientemente corteses para respetar a los de una clase inferior.

Mark asintió ligeramente, marchándose al instante del despacho de Liam para hacer pasar a Lord Dunne, quien necesitaba urgentemente la ayuda del conde.

Lord Bellamy, tras una larga conversación, decidió apoyarlo. A pesar del mal clima que hacía ese día, Liam siempre había sido un señor que no podía negarse cuando alguien le pedía un favor. Tomada esa decisión, salió con ese hombre, ignorando su miedo irracional a las tormentas.

En vez de esperar a que los sirvientes le prepararan el carruaje, cogió su mejor caballo. Con destreza, se subió a él y cabalgó junto con lord Dunne. Liam cabalgaba por detrás de Max lo más rápido que podía con ese tenebroso y cruel tiempo.

Tras una larga caminata, llegaron al sitio donde lord Dunne requería de la intervención de Liam. Pero antes de que ambos pudieran bajarse de sus caballos, ocurrió lo inevitable. El caballo de Max se tropezó con unas enormes piedras, que él no vio debido la oscuridad que predominaba el cielo, causando que el caballo de lord Bellamy también perdiera el equilibrio. Eso provocó que los dos hombres cayeran al suelo y se golpearan la cabeza contra las piedras. Ambos murieron en el acto.

Al día siguiente, el sol brillaba deslumbrante después de que hubiera aminorado la rebeldía de la tormenta de la noche anterior.

Un campesino, junto sus compañeros de labor, cantaban mientras se dirigían al lugar donde se ubicaba su sitio de trabajo. De repente, uno de los campesinos exclamó señalando con el dedo

los dos cuerpos muertos que yacían en el suelo lleno de piedras.

—¡Vamos! —exclamó el mismo que había señalado mientras corría a ver a quién pertenecían esos cuerpos ensangrentados.

Y los otros dos lo siguieron por detrás corriendo.

—¡Santo cielo! —clamó sorprendido al reconocerlos.

—¡Son lord Bellamy y lord Dunne! —replicó el más bajo de los hombres—. Debemos informar sobre la muerte de estos señores a sus respectivas familias —añadió finalmente.

Más tarde, en la casa de campo de los Bellamy, Lilah se encontraba a punto de terminarse el abundante desayuno que le había preparado la cocinera. Consistía en varias tortillas endulzadas con miel y galletas hechas de frutos secos. Quería marcharse fuera lo más rápido posible. Por fin iba a poder realizar ese plan macabro contra el tutor de su hermano mellizo, quien había sido expulsado de Uton por una mala conducta.

Lilah no quería ser mala, pero ese profesor se había burlado de ella cuando la halló leyendo esos libros feministas que había encontrado después de rebuscar en la biblioteca de su familia.

Y ahora iba a darle su merecido. ¿Por qué solo los hombres podían ser libres mientras su género debía seguir los dictados de estos? Era una injusticia. Todo el mundo, fuera femenino o machista, debía que tener los mismos derechos.

Tras finalizar su desayuno, salió corriendo por la puerta principal, pero dejó de hacerlo al observar que el mayordomo la miraba con una expresión de tristeza.

Era la primera vez que lo veía así, sin su acostumbrado semblante tan sosegado e inmóvil.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó curiosa, acercándose a él—. Ayer no lo vi —siguió diciendo Lilah cuando vio que el mayordomo permanecía en silencio.

Solo la contemplaba, aguantando su agonía. No solo había perdido a su amo, sino también a un gran amigo que le dio un buen trabajo.

Era demasiado raro, pensó ella cuando su mirada se fijó en la del mayordomo, quién era como su segundo padre cuando no estaba el suyo, ya que siempre estaba allí, ayudándola a escaparse de los líos donde se metía, y notó que se estaba controlando para mantener esa expresión de seriedad. Sus azules ojos brillaban, pero no era ese brillo que tanto lo caracterizaba, sino era uno triste.

A pesar de que Lilah tenía ocho años, era muy madura e inteligente para su edad, y comprendió de inmediato que algo estaba mal, pero ¿qué era?

—El señor salió junto Lord Dunne ayer por la noche por una urgencia —informó Mark sin que su voz dejara de temblar—. Seguramente se quedaron en un sitio esperando a que la tormenta cesara —mintió el mayordomo, reconociendo que no podía contarle la verdad a Lilah, quién era como la hija que él nunca tuvo.

Pero Lilah estaba segura de que Mark le estaba mintiendo. Algo en su interior le dictaba que su querido padre había fallecido por culpa de esa tormenta, llevándose para siempre al mundo de los muertos.

Con valentía e ignorando los furiosos latidos de su corazón, emitió una pregunta que no quería hacer.

—No va a volver, ¿verdad? ¿Se durmió para siempre?

—Lo siento mucho, pequeña —Fue lo único que le dijo Mark mientras le despeinaba pelo con cariño antes de marcharse de allí dejándola sola con el corazón roto.

Capítulo 2

*No es el tiempo ni la ocasión los que determinan la intimidad:
es sólo el carácter, la disposición de las personas.*
Jane Austen.

Habían pasado demasiados años desde la muerte de su padre y aún le seguía doliendo como el primer día. Odiaba estar en la casa del campo, pero era un alivio que ya estuviera regresando de nuevo a Londres, porque allí mismo fue donde su padre perdió la vida, dejándola sin el cariño de un progenitor. Sí, tenía un tío que la quería como a su propia vida y a sus hermanos, que harían todo lo posible con tal de hacerla feliz. Además, tenía a Jane, su mejor amiga, que era su otra mitad. Ella la comprendía como nadie y eso le daba esperanza. Fe de que alguien pudiera entender sus sentimientos. A veces tener fama de dama rebelde no le agradaba tanto porque la gente pensaba que no tenía emociones y que era cruel y mala, pero ella no era así. Simplemente había elegido el destino de ignorar la agonía de su alma.

Sacudió ligeramente la cabeza y se dedicó a mirar por la ventana los arbustos verdes brillantes por los rayos solares, que le daban un toque de belleza a las carreteras desoladas. De repente, recordó que Iker le debía algo. Se giró mirándolo fijamente.

—Iker —dijo mientras su vista le enfocaba—. Me has de devolver el libro que me quitaste ayer. —Pronunció esas palabras con un toque de impaciencia—. ¡Dios mío! Por tu comportamiento inmaduro, quiero más a Leonidas y a James —gruñó Lilah.

A veces Iker era tan insoportable como adorable.

Iker se echó a reír escandalosamente por el comentario de su hermana melliza.

—Eso no lo decías ayer cuando me dijiste que no podías vivir sin mí y que yo era tu hermano favorito —repuso esbozando una de sus juguetonas sonrisas.

En cuanto su risa cesó, sacó el libro de su bolsillo y se lo entregó.

—¿Contenta?

—¡Demasiado! —respondió abrazándolo.

Había pocas personas a quien Lilah amaba abrazar: Iker, Jane, Mark y su tío Jason.

—Ahora sí que eres mi favorito. —Le guiñó el ojo separándose de él mientras tomaba el libro con una gran sonrisa en su rostro.

—Uno nunca debe fiarse de una mujer, y menos si es una que padece una enfermedad mental —murmuró Iker para sí mismo. Desgraciadamente Lilah le había escucharlo. Y, como consecuencia a su comentario, le golpeó el pie de manera que pareciera un «accidente».

—¡Auch! —gritó él, gimiendo de dolor.

Iker dejó de hacer lo que estaba haciendo y empezó a revisar si su pie se encontraba bien.

—¿Pero, qué...? —preguntó incrédulo—. ¿Sabes que una dama no va por ahí pegando? —le

reprochó Iker mientras intentaba calmar el dolor.

—Tampoco es de caballeros meterse con damas, mi querido Iker —contraatacó Lilah esbozando una pícaro sonrisa—. Todo estaría bien ahora si hubiera estado en el carruaje con Leonidas y James.

—Si hubieras ido con ellos, te habrían dejado tirada en medio del camino.

Lilah frunció el ceño al oírlo.

—¿Qué? Creo que sería al revés. Ninguno de los dos es capaz de luchar contra mi gran inteligencia —replicó encogiéndose de hombros.

—¡Basta! —estalló Jason, ya harto de escuchar a sus sobrinos pelearse como niños.

Tanto Lilah como Iker se callaron al escuchar el grito de su tío. En ese momento, solo se escuchaban los latidos de sus corazones.

—Dejad de pelear como niños pequeños —ordenó, cansado. Al ver que se estaban abriendo la boca para quejarse, decidió darles unas cuantas charlas a esos dos. Empezó por Iker—. Tienes veinticinco años. ¿No crees que ya es ahora de que hacer algo útil con tu vida? —le reprochó sin ninguna piedad, causando que Lilah se pusiera a reír a carcajadas, pero para su mala suerte, Jason comenzó a regañarla también—. Tú eres la peor. ¡Tienes veinticinco años y lo único que causas son problemas y escándalos! Aunque me divierte ver cómo la hipócrita de la sociedad se escandaliza. Pero no me gustaría verte sola. Deseo con todo mi corazón que pronto te enamores, te cases y tengas hijos, mi pequeña.

—Pero, tío. —Bufó—. ¡Yo no quiero casarme nunca! No es mi deseo. ¿Acaso nosotras, las mujeres, solo fuimos creadas para ser esposas? ¿Nuestra función no es otra que darle descendencia al marido, mientras este busca placer en otros sitios? ¿Eso es para ti una vida digna? —Negó con la cabeza—. Pues para mí no lo es, para nada. Además, ningún hombre con la suficiente inteligencia me querrá como esposa porque ellos desean una mujer sumisa y yo jamás lo seré.

»¿Y sabes lo que más me molesta? Que no podemos ser libres como vosotros. A veces pienso que nos consideraréis más yeguas que personas. Nosotras deberíamos tener los mismos derechos que vosotros. Y no descansaré hasta conseguirlo —añadió con vehemencia—. No me importaría pasar toda mi vida en la cárcel si con ello consiguiera la libertad que nos corresponde.

Esbozó una satisfecha sonrisa, orgullosa de su argumento feminista.

—Lo sé, hija —respondió Jason cariñosamente, sin importarle demasiado que su sobrina tuviera pensamientos demasiados adelantados para la época—. Pero también estoy seguro de que existirá alguien que te querrá tal como eres.

—Lo dudo —susurró fingiendo un bostezo, con el propósito de que su tío la dejará en paz sobre el tema del matrimonio—. Tengo sueño, me echaré una siesta. —Cambió de tema, ignorando completamente los reproches de su tío.

No soportaba escuchar los comentarios recurrentes sobre el matrimonio, como si fuera un tema importante. ¿Por qué no podía simplemente ser una mujer independiente? ¿Administra una gran empresa en solitario? ¿Sin un marido?

¡Oh, no! Eso sería pecar para esos insoportables e infelices hombres que pensaban que las funciones de una mujer eran parir y criar niños como si fueran simples vacas.

Además, aunque encontrara alguien digno de su admiración, no quería depender ni amar a nadie. Según su experiencia, amar era sinónimo de dolor.

Lilah se tumbó en el alféizar de la ventana del carruaje. Cerró los ojos y se durmió lo que quedaba del recorrido.

Al llegar a la majestuosa mansión de Londres, el coche se paró enfrente de la enorme fuente,

la cuál estaba localizada a lado de la entrada principal.

Iker tenía bastante claro que estaba jugando con el fuego, pero no le importaba. Necesitaba diversión en su vida y su hermana melliza era capaz de proporcionársela, así que se acercó al oído de Lilah y...

—Despierta, fea durmiente —gritó Iker en su oído, para luego echarse a reír a carcajadas mientras disfrutaba de observar cómo Lilah se sobresaltaba.

—Tú —gruñó ella señalándolo con el dedo—. Mi amado y estimado Iker, deseo con toda mi alma que te enamores profundamente de la persona que menos esperas —le maldijo, sonriéndole con maldad.

Había sido un golpe demasiado bajo. Después de todo, ella sabía que su mellizo había amado profundamente la hija de un duque, pero que ella lo despreció casándose con otro duque. Desde entonces, se había unido a su club de corazones solitarios cuyo lema era sencillo, claro y conciso.

«Solo debes amarte. No entregues tu corazón hasta que sientes que alguien es digno para ello. Pero aún así, no te enamoras porque si lo haces estás destinado a un destino de sufrimiento».

Iker parpadeó varias veces, perplejo con el comentario de su melliza. Pero al instante, con una voz burlona, le replicó:

—Y yo, Iker, deseo que te enamores... —Antes de que pudiera terminar la maldición, Lilah lo interrumpió tirándole a la cara el gigantesco libro que tenía en sus manos.

Jason huyó lo más lejos posible de sus sobrinos. No importaba cuánto esfuerzo hiciera, ellos siempre se comportaban así. No tenían ninguna contención. Además, estaba ya cansado de sus peleas constantes y, si se volvía más firme con ellos, ignoraban sus reproches como si no hubiera dicho nada.

Sin esperarlos, caminó directamente hacia el interior de la casa, dejándolos pelearse entre ellos como si fueran un gato y un perro.

En el comedor principal solo se encontraban a los otros dos hermanos cenando en la enorme mesa barroca. Jason los saludó y subió a su aposento a descansar del agotador viaje.

De repente, la puerta del comedor se abrió en par y el diablo de la familia, o sea Lilah, irrumpió en la estancia, seguida de Iker.

—¡Leonidas! ¡James! —exclamó provocando caos detrás de ella—. Nunca pensé que os iba a confesar esto, pero para la próxima vez quiero viajar con vosotros —suplicó dramáticamente para que sus hermanos tuvieran piedad de ella.

—No. Imposible —contestó el mayor, negando con la cabeza varias veces—. Te queremos, pero alejada de nosotros eres más querida —se sinceró Leonidas, masticando su comida tranquilamente.

—¡Estúpido, rastrero y todos los insultos en latín! —masculló Lilah entre dientes—. No entiendo cómo mi mejor amiga está enamorada de ti —añadió en voz queda, gruñendo, como si fuera una gata furiosa. Solo le faltaba sacar sus garras y atacarle.

—¿Qué? —inquirió Leonidas, curioso cuando oyó su murmullo.

—Nada —respondió ella encogiéndose de hombros.

Se sentó a la mesa con ellos, junto a su mellizo, y permaneció un rato callada.

Tras unos minutos de silencio, cuando Lilah estaba cortando con habilidad la carne, carraspeó llamando la atención de sus hermanos.

Cuando logró tener la atención que tanto anhelaba, los miró a cada uno fijamente antes de pronunciar su discurso, de suma importancia.

—James. —Su mirada se dirigió hacia la de él—. ¿Vas a enseñarme cómo se dispara? Porque tengo unas ganas de matar a todos y cada uno de los indecentes caballeros del Reino Unido. Solo os salvareis vosotros, porque nunca desearía asesinar a sangre fría a mi familia. En realidad, no me importaría morir ahorcada después, si el precio es acabar con la escoria inglesa.

Lilah dramatizó la situación mostrando sus creíbles dotes como actriz.

Pero en vez de asustarlos, los tres hermanos comenzaron a reírse a carcajadas haciendo que Lilah se enfadara más.

Si había algo que odiaba más que la injusticia, era que nadie tomara en serio sus amenazas.

Esbozó una pícaro sonrisa, planificando cómo sería jorobar a esas personas que pensaban que solo bromeaba con sus provocaciones.

—Sabemos que tienes fama de dama rebelde, pero no te tenemos miedo porque tú no puedes hacernos daño. —dijo James—. Además, yo soy un indecente caballero. Si vas a maltratar a la escoria, debes empezar por mí. Pero no lo harás porque nos amas. Y para ti amar significa proteger y cuidar.

»Sé que aún te duele la muerte de nuestros padres, pero deberías ser feliz, feliz de verdad.

—Pero...

—Finges que eres una persona feliz, eso es diferente.

Lilah asintió con un ligero murmullo y, como ya no tenía ganas de hablar más, se calló.

Después de eso el comedor se quedó en total silencio. Solo se escuchaba el sonido de sus respiraciones y el ruido que hacían los cubiertos al moverlos.

—Voy a descansar —comunicó Lilah más tarde, cuando ya había cenado.

Estaba exhausta con todo que le estaba ocurriendo. Prefería estar en su aposento, a solas con sus pensamientos.

—¡Buenas noches! —se despidió de ellos con una voz apagada.

Lilah se levantó de su silla y se marchó del salón principal.

Se encaminó directamente hacia su habitación mientras pensaba en lo distinta que sería su vida si sus padres estuvieran vivos.

Capítulo 3

*El amor halla sus caminos, aunque sea a través de senderos
por donde ni los lobos se atreverían a seguir su presa.*
Lord Byron

Estaba loca. No solo lo estaba, sino también superaba el nivel de demencia. ¿De verdad había logrado entrar en Harrow? Parecía una locura, pensó Lilah mirando al enorme edificio barroco que estaba enfrente y donde pasaría varios años estudiando. Se sentía como si estuviera en un mundo de fantasía.

Pero también estaba orgullosa de su logro, aunque no lo hubiera logrado sin el apoyo de su familia, especialmente de Iker. No solo eran mellizos, sino eran también unos fieles compañeros de locuras. Se complementaban como el sol y la luna.

Contempló el cielo por unos segundos, con una radiante sonrisa. Estaba tan feliz.

Tanto que Lilah podía notar cómo la felicidad recorría todo su cuerpo, motivándola a hacer más travesuras, a disfrutar día a día de su libertad.

Estaba orgullosa de sí misma, de su capacidad de manipulación emocional y de su inteligencia suprema

«Harrow, ya vamos», exclamó Lilah para sus adentros antes de poner un pie dentro de la institución.

—Disculpá, lord —dijo una voz masculina acercándose a ella—. ¿Sabéis dónde se ubican los cuartos? —preguntó de nuevo esa voz que logró que su corazón diera una vuelta a lo loco.

«Claro que iba a ser masculina. Estamos en una escuela de hombres, pedazo de estúpida», replicó su conciencia. Lilah la ignoró por bruja maruja.

Se giró y en ese mismo lapso de tiempo fue como si todo lo demás dejara de existir para Lilah. Era una sensación extraña. Si pudiera explicarla, sería como si solo existieran ellos dos.

Lilah no pudo dejar de observar al desconocido. Era un muchacho demasiado lindo, con esos rasgos tan griegos. La forma de su cara era un perfecto óvalo. Los labios los tenía llamativos, con únicas simétricas. Pero lo que en realidad le dejó sin aliento, fueron esos ojos. Eran grises. Le recordaban a las tormentas cuando estallaban declarando la guerra.

Por primera vez, Lilah sintió algo extraño dentro de ella, pero asombrosamente agradable.

Pero no solo su semblante llamó su atención, sino también su altura. El chico parecía demasiado alto para su edad. ¿Cuántos años tendría?, se preguntó Lilah con curiosidad.

Ella acababa de cumplir los trece. Su altura superaba a la de su hermano mayor, James, quién medía un metro setenta y tres.

Inevitablemente, sus manos comenzaron a sudar y su corazón a latir cada vez más fuerte.

No estaba comprendiendo nada, ¿por qué estaba sintiéndose así?

—No. —Negó con un ligero movimiento—. Pero podemos buscar, ¿no cree? Por cierto, me llamo Louis —se presentó, esbozando una sonrisa mientras le entregaba su mano, e ignorando por completo las sensaciones que la invadían.

En el momento que sus manos se unieron, el destino de ambos cambió para siempre.

Lilah abrió los párpados de golpe. Desde que regresó a Londres, siempre pensaba en él durante sus sueños. En Julian. Quién no era más que el duque de Kent.

Le hubiera encantado acercarse a él, confesarle que era Louis y comentarle que nunca había sido su intención abandonarlo. Trágicamente desde el problema que le había causado en una de las veladas —Esa noche no había sido su propósito. Simplemente su torpeza hizo acto de presencia—, Julian dejó de presentarse en esos bailes aristocráticos. Así que, no le había quedado más remedio que guardar esas inolvidables memorias y seguir adelante. Lo que siempre hacía, era seguir su lema, para sobrevivir en este mundo. No mirar atrás. No encariñarse con nadie. Y huir del amor.

El duque de Kent era conocido por su frialdad, aunque más bien era tímido y reservado con sus sentimientos, pero mucha gente lo confundía con dureza de carácter, y por su belleza. También era uno de los hombres más poderosos de Londres. Tenía todo lo que uno podría desear. Juventud, belleza, riqueza, una elevada posición social y una buena reputación. Era el hombre perfecto, el que toda madre desearía para sus hijas.

—Hijo —lo llamó su madre, interrumpiendo el silencio que reinaba en el comedor—. ¿Cuándo vas a buscar esposa? —preguntó, cansada del comportamiento silencioso de su hijo. Parecía más un alma que un ser humano, y eso la entristecía—. Tienes veinticinco años, Julian —insistió Meghan, suspirando levemente—. La edad ideal para que empieces a buscar una buena esposa, una que te dé un heredero. No querrás ser el abuelo de tus hijos —comentó la condesa viuda en tono de pulla.

Estaba hastiada del comportamiento de su hijo y de sus reticencias con el tema del matrimonio.

—Madre. —Él suspiró cansado de escuchar lo mismo de siempre y de que su madre intentara emparejarlo con alguna dama—. No necesito una esposa, sobre todo, no una que sea sumisa y que solo parlottee sobre el tiempo, la moda o cualquier cotilleo de salón —argumentó desganado—. Lo que yo necesito es una dama inteligente. Lo último que yo desearía es que mis hijos hereden su estupidez.

La realidad era que Julian sabía que debía casarse, pero no anhelaba contraer un matrimonio con cualquiera, ni uno arreglado ni de conveniencia. Quería casarse por amor, tal como hicieron sus padres.

—En ese caso, deberías conocer a lady Lilah —sugirió ella, mirándolo fijamente—. Creo que es perfecta para ti. —Sus labios se curvaron en una sonrisa calculadora—. Además, es una joven simpática y agradable —comentó la condesa, dejando de lado la reputación de Lilah—. Me gusta mucho para ti, hijo. Parece ser la indicada para romper el hielo que tienes en tu corazón.

¿Lady Lilah? ¿Acaso su madre estaba volviéndose loca?

Julián comprendía que su madre intentaba hacer de celestina con cualquier dama que conociera, pero el hecho que su progenitora pensará que lady Lilah era ideal para él, lo asustaba mucho.

Para él, esa mujer era el ángel de la muerte. A pesar de su increíble belleza, de esos ojos

verdes que iluminaban su pálido rostro, y que parecían tener el propósito de volver demente a cualquier hombre con esa personalidad juguetona, esa lengua venenosa y ese comportamiento poco habitual, podía volver loco hasta el mismísimo diablo. Pero lo más curioso era que Lady Lilah le recordaba a Louis. Su único amigo, quién le había abandonado sin decirle nada cuando cumplió los dieciocho años.

A Julian aún le seguía doliendo la traición de Louis. ¿Había sido en realidad traición?, se cuestionó.

Al fin y al cabo, le había dolido a mares su abandono. De repente, la persona a la que más quería en este mundo, excluyendo a su familia, lo había dejado hundir en el pozo más profundo y, cuando pudo vencer a la depresión, ya no volvió ser el mismo. Ahora era más reservado y frío con sus sentimientos. Le costaba abrirse por esa misma razón, evitando que tuviera muchos amigos.

—¡Madre! —exclamó quejándose—. Lady Lilah nunca estará cerca de ser idónea para alguien, y menos para mí —replicó mientras se levantaba—. Debo irme a resolver algunos asuntos de importancia, ¿nos vemos! —se excusó Julian, cambiando de tema y queriendo huir a toda prisa—. ¡Adiós, madre!

Se despidió de ella marchándose de allí lo más rápido que la educación le permitió y se dirigió hacia la puerta principal de la mansión. Necesitaba ir a la empresa que había heredado de su padre cuando murió hace años para comprobar que todo estaba bien. Disfrutaba de estar allí, administrando y solucionando problemas.

En el camino, se encontró frente a frente con su hermana menor.

Soltó un cansino suspiro, sabiendo que le iba a montar una de sus escenas. Ese día ya había tenido bastante con su madre, no necesitaba someterse a otro ataque dramático.

—¡Julian! —exclamó Lucinda corriendo hacia él, sin importarle mucho las reglas de comportamiento—. Estoy indignada con el hecho de que la sociedad me desprecie simplemente por desear ser una mujer soltera. ¿Por qué un hombre tiene el derecho de no contraer nupcias y no tener hijos mientras las mujeres debemos hacerlo obligatoriamente, como si nosotras fuéramos máquinas de procrear? Me niego a ser igual, yo soy un ser humano y una igual a vosotros. No un ser inferior. Además, las mujeres deberíamos tener los mismos derechos que los hombres.

Y allí iba de nuevo con su discurso feminista. Julian sabía que Lucinda tenía razón. Los hombres las trataban con inferioridad por temor a que las mujeres fueran más capaces que ellos.

—Si me voy a casar, será por amor. Julian, ¿no irás obligarme a un matrimonio de conveniencia si yo no lo deseo, verdad? —preguntó Lucinda contemplando con preocupación a su hermano mayor.

—No te preocupes por eso. —La tranquilizo Julian, esbozando una pequeña sonrisa—. Te prometo que no voy a obligarte a que te cases. Solo daré tu mano a la persona que quieras, hermana —comentó con la intención de calmarla.

—¡Gracias, muchas gracias! —exclamó emocionada.

Antes de abrazar a su hermano, comprobó que no hubiera nadie por los pasillos y al no hallar a persona alguna, lo abrazó con fuerza cerrando los ojos mientras disfrutaba de la calidez y la tranquilidad que le transmitía su hermano mayor.

—Eres mi niña pequeña. Lo único que desearía en esta vida es verte feliz —murmuró Julian mirándola con cariño mientras le despeinaba el pelo—. Debo irme, pequeña. —La besó en la frente deshaciendo el abrazo y se alejó por ese alargado pasillo.

Julian pasó todo el día trabajando en su despacho del almacén, sin dejar de pensar en las palabras de su madre. Por primera vez en mucho tiempo, ella tenía toda la razón. Ya era hora de que empezara a buscar una dama honorable para convertirla en su mujer y afianzar su título, pero

solo con imaginar que tenía que acudir a eventos sociales llenos de damas parecidas a sanguijuelas pegándose a él, un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza. Odiaba tener que soportar cómo esas madres casamenteras se pasaban toda la fiesta presentándole en desfile a sus hijas, como si fueran obras de arte en subasta.

De repente se le ocurrió una maravillosa idea que lo hizo sonreír perversamente. Un gesto poco habitual en él.

«Oh, ¡qué idea tan maravillosa! Puedo ir a la velada que celebraran los duques de Sutherland mañana por la noche, y allí conoceré damas para elegir a la esposa idónea», pensó Julian sonriendo ampliamente.

En la mansión Bellamy, Lilah se encontraba conversando con su mejor amiga, Lady Jane. A diferencia de Lilah, era tímida y callada. Pero, aunque sus personalidades fueran tan diferentes, se querían muchísimo. Después de todo, conocían de antemano el dolor de perder a sus seres queridos a temprana edad.

Jane dejó el libro en la cama mientras contemplaba cómo su mejor amiga se retocaba el rostro, sobre todo los labios, con labial rojizo, sin importarle parecer una cortesana. Según ella, vestirse a su manera no la hará menos o más dama. Lo importante para Lilah era disfrutar cada momento de su vida antes de que fuera demasiado tarde. A veces, Jane envidiaba la confianza de su mejor amiga. Esperaba ser como ella algún día, pero lo dudaba con creces. Nunca sería capaz de transmitir esa nata seguridad que emanaba Lilah.

—¿De verdad irás a la mascarada que se celebra esta noche en Te Playnight Club? —preguntó con un deje de incredulidad, que se reflejaba en sus ojos.

The Playnight Club era una de las muchas casas de juegos en Regent Street. Era famosa entre los aristócratas y también por su peculiaridad, donde al menos, una vez al año, organizaban mascaradas. Allí se permitía el acceso a mujeres, que eran habitualmente de clase alta, donde utilizaban el anonimato para hacer lo que la sociedad les prohibía, ya fuese jugar, beber en exceso o pasar la noche con algún amante sin mucho riesgo de ser descubiertas por un marido celoso.

Lilah asintió, encogiéndose de hombros.

—Pero es peligroso —repuso rezando en su interior para que Lilah recapacitara y no fuera allí con la intención de montar otro de sus escándalos—. Si alguien te reconoce, será todo un escándalo y no solo eso, te tratarán como a una fulana. Piensa tus hermanos, por Dios —le enumeró todo lo malo mientras negaba con la cabeza, como queriendo dar a entender que no soportaría ver cómo su mejor amiga era vilipendiada por parte de esas personas tan mezquinas—. Sé que no te preocupas por tu reputación pero lo último que deseo es verte despreciada y con tu honra mancillada.

—Sí, de verdad iré a la fiesta —respondió con indiferencia—. Así podré demostrar a James que soy feliz —Dejó de hablar por unos segundos como si estuviera pensando lo que dirá a continuación—. Ven conmigo, Jane —pidió suplicante—. Estoy segura que mi hermano se encontrará allí y puedes hacer algo para conquistarlo —sugirió con picaría mientras se ponía en pie—. Creo que es hora de empezar a actuar.

—No, no, no —negó rotundamente—. Él nunca se fijará en mí, Lilah. —Bajó la cabeza y miró al suelo—. Además, soy muy poca cosa, él es tan perfecto y yo soy tan... tan yo. —Pronunció esas palabras con una expresión de tristeza, pensando que nunca podría estar con él.

—Admiro a mi hermano, pero no te merece. Eres una gran persona, sincera, divertida, buena y encantadora. Si yo fuese un hombre, te hubiese desposado en el primer momento, y terminaría siendo el hombre más afortunado del mundo. —Le guiñó un ojo a Jane, haciendo que esbozara una

suave risa—. ¿Crees que debería disfrazarme de chico para aumentar el riesgo de ser pillada o debería ir simplemente así? —preguntó indecisa, esperando que Jane pudiera ayudarla con su difícil decisión.

Al fin y al cabo, debería cambiarse de nuevo. No le gustaba ir a esa mascarada vestida como si fuera una concubina. Así de indecisa era Lilah con sus planes.

Después de pensarlo un buen rato, decidió que irse disfrazada de hombre merecería la pena. Solo con imaginar los rostros de esos caballeros que tanto la repugnaban, hastiados con ella por joderles la noche, se ponía feliz.

—No deberías ir, pero sé que no me harás caso. Así que haz lo que te diga tu instinto, Lilah —contestó Jane con toda la sinceridad que la caracterizaba—. Y, por cierto, creo que podría ir contigo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Me gustaría vestirme de chico para no ser reconocida —bromeó un poco.

Entre las dos se echaron a reír a carcajadas.

—Amo tus consejos —dijo Lilah cuando las risas cesaron—. ¿Te lo había dicho, no? No puedo vivir sin usted, milady.

Lilah estaba feliz de tener a Jane a su lado mientras disfrutaban la noche, pero de repente un extraño presentimiento se apoderó de ella. Presentía que algo iba a cambiar muy pronto, y quizá para siempre.

Capítulo 4

*No podría ser feliz con un hombre cuyo gusto no coincidiera punto por punto con el mío.
El debe penetrar todos mis sentimientos; a ambos nos deben
encantar los mismos libros, la misma música.*
Jane Austen.

Julian estaba en su cuarto estudiando. Como todos los años, compartía habitación con Louis y con Luke. Lo pasaba bastante bien cuando estaban los tres juntos, pero cuando se encontraba solo con Louis se sentía incómodo, extraño y sabía muy bien el porqué. Lo deseaba. Con furor. Cada lapso de tiempo que pasaba a su lado, lo anhelaba cada vez más. Quería apasionadamente a Louis. Era una locura. Lo sabía. Sin embargo, no podía evitarlo. ¿Acaso Louis era un hechicero? Esa era su incertidumbre. Su belleza, que lo dejaba sin respiración. ¿Quién no lo haría? Tenía como forma de cara, un perfecto óvalo. Unos ojos verdes como una saludable y viva hoja. Unos gruesos y rojizos labios que contrastaban la palidez de su rostro. Todo en él era la perfección personificada. Y no solo le atraía su hermosura, sino también su personalidad. Esa juguetona y vivaz personalidad que lo dejaba mudo, sin palabra ninguna. Y luego estaba su carisma. Uno que te hacía seguir al pie a la letra todo lo que Louis dijese. Nació por y para dominar.

¡Maldición! Tenía que sacarlo de su mente y comenzar a salir de juerga con algunos de sus compañeros. Tal vez así podrá conocer a una fémica que le ayudase a olvidar los sentimientos que profesaba hacia su amigo.

Esa misma noche, se unió al grupo de los jóvenes a quienes les encantaba ir a bares de mala reputación. Tal vez, si Dios quería, podría echarse una amante. Su primera amante. Tenía la esperanza de que al menos así podrá dejar de pensar en él tal solo por unos momentos. Estaba harto de tenerlo siempre en su mente. No importaba el lugar o lo que estuviera haciendo, Louis estaba siempre presente en su mente, volviéndolo loco.

Sin embargo, no pudo hacerlo. Con cualquiera mujer que se acercaba a él su mente le traicionaba cambiando su la imagen por la de Louis, sonriéndole con esa sonrisa que le caracterizaba tanto.

Julian abrió los ojos de golpe, sudando. Otra vez. Después de muchos años, volvía a soñar sobre Louis. Su amor secreto. Su único amor. Su maldición. La razón porque aún era... Sacudió ligeramente la cabeza, comenzando a rezar.

Él pensó que ya había logrado sacarlo de su mente para siempre, pero al parecer no era así.

Soltó varias groserías por la boca. Tenía que encontrar urgentemente una esposa. Una que tuviera la capacidad de hacerle olvidar de Louis para siempre. Aunque, en el fondo, tenía miedo de que si hacía eso, ensuciaría los recuerdos que había compartido con él.

Despeinó su pelo con furia. No sabía qué hacer con este dilema tan problemático, pero lo mejor que podía hacer ahora mismo era irse a dormir y ya mañana buscaría una solución ideal.

Lilah se quitó el maquillaje que le desagradó haberse puesto. Después de todo, quería demostrar a la alta sociedad lo madura e inteligente que era. Pero aún así, iba a hacerlo siendo la misma de siempre, solo que más adulta.

Sin embargo, ese no sería el día en el que demostrará su madurez.

Por esa misma razón, Lilah no dejaba de mirar con desaprobación a Jane, quien estaba a punto de terminarse de poner el vestido para la gran mascarada de esa noche.

—Me ilusionaste —gruñó Lilah, como si fuese una niña de cuatro años al no conseguir su deseo—. ¡Pensé que íbamos a disfrazarnos de hombre y luego nos iríamos en busca de grandes aventuras! —Dramatizó la situación mostrando sus mejores dotes de actuación. Se tiró al suelo y fingió que estaba sufriendo—. ¿Por qué te quiero? —preguntó mientras tocaba su corazón exageradamente—. Explícame eso —exigió, cruzando los brazos.

—Si fuéramos a disfrazarnos de chicos, llamaríamos la atención y, lo peor de todo, tendríamos que aguantar a las damas que intenten seducirnos —explicó Jane—. Me amas porque soy como tú, solo que en una versión más madura. —Se echó a reír. Cuando la risa cesó, miró con seriedad a Lilah—. Anda, levántate del suelo y vístete —dijo Jane mientras le tiraba el vestido perfecto para esa noche a Lilah—. Póntelo —pidió suplicante, porque sabía que su amiga se iba a negar—. Te verás divina con él puesto.

—Solo porque eres tú me pondré ese vestido, solo porque eres tú —farfulló Lilah, levantándose del suelo—. Y para que lo sepas, te odio demasiado —murmuró.

Lo recogió del suelo y comenzó a ponérselo sin tener muchas ganas de ello, mientras se quejaba de su cruel y triste vida.

—¡Oh! Te ves muy hermosa —halagó Jane con una satisfecha sonrisa en su rostro al verla con ese vestido rojizo que se ajustaba perfectamente al su cuerpo—. Ahora déjame arreglarlo —comentó sin pedirle permiso, y cogió el cepillo para peinarle el pelo con delicadeza. Al finalizar, lo decoró con un collar de flores—. ¡Estás preciosa! —alabó mientras le retocaba los últimos detalles.

—¡Gracias! —agradeció Lilah sonriente mientras su vista se dirigió hacia el espejo, el cuál estaba iluminado por la luz de las velas. Al observarse, se sorprendió de verse tan hermosa con ese nuevo cambio. Sabía que era toda una belleza, pero la Lilah que veía en el espejo era una diosa, la diosa de la belleza. Se sintió muy segura de sí misma y curvó sus labios formando una amplia sonrisa—. Ahora es tu turno —murmuró mientras se levantaba del sillón—. Siéntate —pidió mientras esperaba impaciente a que Jane se sentara para poder quitarle el cepillo. Cuando Jane hizo lo que le había mandado, empezó a peinarla con suavidad y elegancia. No sabía qué peinado ponerle, pero al final decidió arreglárselo al estilo moño francés—. Mírate, te ves preciosa. —La aduló con coquetería—. Si te viera ahora nuestro querido Leonidas, se arrepentiría por ignorarte cuando eres realmente una diosa —prosiguió Lilah con sus elogios.

—¿Qué? ¡Te has vuelto demente! Él nunca se fijará en mí —murmuró con un toque de tristeza en la voz. Sería maravilloso tenerlo como su futuro esposo, pero ese sueño era imposible.

—Solo decía la verdad, Jane —respondió. Observó al reloj que tenía colgado en la pared—. ¡Oh, ha llegado la hora de irnos!

Lilah y Jane recogieron sus antifaces y sus abrigo con prisa, y luego se marcharon de la alcoba sin hacer nada de ruido, para no despertar a nadie.

El plan inicial de Julian había sido ir a la velada que esa noche se celebraba en la enorme mansión de los duques de Sutherland, pero se lo había pensado mejor. Si iba a ese lugar a buscar una esposa, no encontraría la que quería. Deseaba una mujer que poseyera las mismas cualidades de Louis. Esa sería la única manera de poder olvidarlo para siempre.

Entonces se había acordado de que hoy era la mascarada que hacían The Playnight Club cada año. En ese salón sí tenía la esperanza de encontrarse con su Louis versión femenina. Un anhelo estúpido, pero necesario.

Julian estaba abrochándose el antifaz cuando de repente escuchó toques en la puerta de su cuarto. Suspiró cansado. Seguramente sería su hermana o su madre quejándose sobre algo o alguien.

—Adelante —dijo Julian con seriedad, terminando de abrocharse el antifaz.

Para su suerte, no era su madre ni su hermana quién entró a su cuarto, sino su ayuda de cámara.

—Milord, ¿desea ir al baile en carruaje o a caballo? —preguntó con cortesía, después de realizar una reverencia de respeto hacia el duque de Kent.

—Deseo ir a caballo —contestó Julian—. Voy a salir ahora —murmuró Julian, saliendo de la habitación mientras el ayuda de cámara lo seguía.

Se dirigió directamente al establo, donde seguramente ya estará listo su corcel.

Con destreza, Julian salió cabalgando y sintiendo cómo el aire fresco golpeaba su rostro. Se sentía libre y poderoso.

Cabalgó sin detenerse hasta llegar frente la puerta del The Playnight Club, donde se celebraba la increíble mascarada. Bajó del caballo con soltura y se dirigió hacia el salón, donde ninguna dama logró llamar su atención a primera vista. Bufó media hora más tarde, enfurecido por no encontrar lo deseado, a pesar de haberse pasado los minutos recorriendo el lugar en busca de una mujer a la altura de sus deseos. ¿Por qué había venido?, masculló entre dientes mientras se encaminaba a la salida.

Se detuvo de repente al toparse con la joven más bonita que había visto en sus veinticinco años de vida.

Su pelo de color miel, adornado con un ramo de flores, esos labios rojizos y esos bonitos ojos verdes que iluminaba la palidez de su cara. Todo en ella era perfecto. Y lo más importante de todo era que parecía ser la versión femenina de Louis, transmitiendo confianza y seguridad.

Sintió cómo los latidos de su corazón empezaban a palpitar de una manera descontrolada y alocada.

«Es la indicada», susurró Julian mientras le aparecía una pícara sonrisa en su rostro, mostrando una faceta jamás vista en él.

Decidido, y sin pensarlo mucho, se acercó hacia ella. Solo siguió los dictados de su corazón.

—Eres la mujer más bella que jamás he visto —susurró Julian al llegar a su lado de la señorita.

Era la primera vez que le decía algo así a una dama. Esa desconocida fémica debía ser especial porque le estaba haciendo sentir lo que solía profesar hacia Louis. Mierda, tenía que dejar de nombrarlo si de verdad quería olvidarlo.

Lilah sintió cómo su corazón daba un vuelco al oír la voz ronca del desconocido. Se dio la vuelta, encontrándose con el hombre más atractivo que jamás había conocido, a pesar de que su cara estaba tapada por una máscara. Había conocido a muchos hombres mucho más atractivos, pero jamás sintió lo que estaba experimentando en ese instante. Sabía que era atracción por los

libros románticos que leía junto con su mejor amiga.

Por un fugaz segundo se acordó de Jane, ¿dónde estaba? Seguramente se encontraba bien. No había necesidad de preocuparse por ella, ¿no?

—¡Oh, gracias, milord! —le agradeció el cumplido al desconocido y se ruborizó—. Sería todo gusto seguir conversando con usted, pero debo buscar a una amiga mía. —Se sintió mal por usar como excusa a su Jane, pero se negaba a mantener una charla con ese desconocido. Le hacía sentir cosas que nunca pensó que iba a sentir y eso le daba demasiado pavor.

—No creo que a tu amiga le importe que estés conmigo —le volvió a susurrar con esa voz ronca que la estaba volviendo loca—. Quédate conmigo, por favor —suplicó Julian. No sabía el porqué de su ruego, pero anhelaba con urgencia seguir manteniendo la conversación con esa preciosa e interesante mujer—. ¿Tendré el placer de conocer el nombre de la dama más bella de todo el Reino Unido?

—Mi nombre es no es de tu incumbencia —replicó—. ¿Y tu nombre es...? Déjame adivinarlo, ¿soy un rastrero idiota? —Imitó una voz masculina que hizo que Julian se echará unas carcajadas.

En ese mismo instante, Julian se reafirmó en que esa desconocida era especial. Hacía tiempo, demasiado, que no disfrutaba la compañía de una persona.

—Bonito intento, pero mi nombre real es Lord Clark, aunque para una dama como usted, con Julian me basta. —Se presentó con una leve sonrisa—. Encantada, Lady no es de tu incumbencia. —Se rio dulcemente mientras cogía una de sus manos para besársela delicadamente—. Hacía tiempo que no gozaba mucho de una conversación.

«¡Dios mío!», pensó Lilah. Era Lord Clark, el único hombre que deseaba tener en su vida, quién dejó de presentarse en sociedad en el momento en el que le había tirado comida. Y ahora él se había acercado a ella, y no dejaba de halagarla. Se sentía emocionada y no podía explicar el porqué.

—Así que es el duque asocial —comentó Lilah con interés—. Siempre pensé que serías interesante, pero para mi sorpresa, eres encantador y también pareces inteligente. —Le devolvió el halago riéndose—. Mi nombre es Lady Lilah.

Julian abrió la boca sorprendido. Estaba conquistando a Lady Lilah, el dolor de la sociedad londinense. Sobre todo, era la mujer a quien le tenía temor desde el primer momento en que la conoció, porque le recordaba a Louis. Tal vez fuera su prima o una familiar, porque Louis y Lilah también se parecían físicamente. Al principio había pensado que Louis e Iker eran la misma persona, pero constató que no era así. ¿La razón? Los sentimientos que salían a flote cuando sentía la presencia de Louis no aparecían al estar con mellizo de Lilah.

Sin embargo, ahora mismo no sentía ningún temor, simplemente un profundo deseo por conocerla a fondo. Justo lo que le había pasado con Louis.

Lilah estaba encantada con la conversación que estaba manteniendo con el duque de Kent. A pesar de los años, él seguía siendo el mismo joven que había conocido en Harrow. Que alivio, la sociedad no lo había cambiado. Eso sí que sería una tragedia, además de un desperdicio.

—Así que eres esa dama encantadora, responsable de los dolores de cabeza de la alta sociedad —dijo sin dejar de sonreír.

El corazón de Lilah parecía que estuviera loco, latiendo de esa forma tan intensa.

—Aunque a mi madre le agradas mucho —añadió.

—Es divertido verles actuar con honradez y sinceridad mientras en el fondo son todas unas serpientes venenosas que esperan el oportuno momento para atacar —explicó Lilah con una aparente tranquilidad.

—Tienes toda la razón, milady —admitió Julian—. Me gustaría seguir conversando contigo sobre ese tema, pero antes desearía bailar contigo, ¿me concedes ese honor? —Se lo pidió con cortesía, haciendo una inclinación de cabeza mientras le entregaba la mano.

—Me encantaría, milord —aceptó la mano de Julian encantada y se encaminaron juntos hasta la pista de baile.

Lilah sintió como si estuviera sumergida a un pozo lleno de sensaciones cuando él tomó con sutileza y delicadeza su cintura.

Comenzaron a moverse al ritmo de la melodía mientras sus almas se unieron mediante una increíble fuerza denominada amor.

Capítulo 5

Ser aficionado a bailar era cierto paso hacia enamorarse.
Jane Austen.

—*¡Vamos, Julian!* —exclamó Louis, tirándose encima de él—. *No quiero jugar solo. Además, estoy seguro de que estás aburrido y solitario. ¿Por qué no quieres venir conmigo? Soy divertido.* —Le guiñó el ojo juguetonamente.

Al no obtener respuesta, Louis volvió a hablar intentando convencerlo.

—*Sabes que siempre que estoy yo, te lo pasas bien riéndote.*

Era viernes por la noche. Todas las amistades de Julian se encontraban en bares de mala vida con sus amantes. Mientras, él estaba tumbado en su cama sin nada que hacer. Bueno, en realidad estaba pensando en lo hermoso que era Louis. ¡Maldición! Tenía que olvidarle, pero cómo lo podía hacer si Louis se pegaba a él todo el puñetero día.

Tenía el temor de que si un día se cansara de ocultar su ardiente deseo hacia éste, sabía con certeza que lo primero que haría sería aplastar sus labios contra los suyos.

¡Maldición!

—*¡Vamos!* —suplicó Louis, jugueteando con su pelo sedoso—. *Solo será una pequeña travesura. Si nos pillan como la otra vez, me haré cargo de la situación. ¡Confía en mí!*

Julian arqueó las cejas. Confiar en Louis era como fiarse del diablo.

—*¿Me lo prometes?* —Le dirigió una mirada preocupada a Louis. *Necesitaba quitárselo de encima suyo antes de que notara su miembro viril en plena ebullición—. Vale. Tú ganas, bastardo.*

—*Te prometo que todo terminará bien* —dijo, alejándose de él.

Julian agradeció a Dios en silencio por escuchar por fin sus plegarias.

—*Tengo que comprobarlo antes* —masculló entre dientes—. *En fin, ¿a dónde quieres ir? Louis no le contestó.*

A pesar de la oscuridad que habitaba en la habitación, la poca luz que había era gracias a las velas, pudo apreciar en el rostro de Louis una maliciosa sonrisa. Tenía miedo. Bastante. Pero no podía echarse atrás, ya hizo un trato con el diablo. Solo le quedaba rezar para salir vivo de esa situación.

Al finalizar el baile, se quedaron mudos, contemplándose detenidamente el uno al otro, anonadados. Ninguno de los dos había esperado sentir lo que estaban sintiendo en ese momento.

Sin embargo, Lilah decidió romper la conexión que los estaba envolviendo.

—Gracias por la invitación, milord —agradeció, esbozando una incómoda sonrisa.

Tenía que alejarse inmediatamente de allí y no sabía la cuál era la razón. Tal vez era un mero

instinto de supervivencia. Estar junto a él por más tiempo significaría un peligro para su escaso bienestar mental.

—Debo ir al tocador, milord. ¡Disculpadme! —informó Lilah en un murmullo, utilizando la excusa del tocador para no estar más con él.

No era porque él le cayera mal, sino porque le hacía sentir cosas que la aterraban y era mejor que permanecieran escondidas en lo más profundo de su ser. Siempre había sido así desde que lo conoció.

—Sé que la amistad entre un hombre y una mujer es prácticamente imposible, pero me encantaría ser su amiga —habló de nuevo Lilah, cuando le fue insoportable aguantar esos momentos de silencio sepulcral.

Decidió que lo mejor sería verle como un conocido más, con suerte como un amigo con el que había perdido contacto para evitar confundir sus sentimientos. Así todo sería sencillo y perfecto.

Julian se echó a reír escandalosamente. ¿Quién dirá que iba a disfrutar gratamente de la compañía de la famosa Lady Lilah? A pesar de que era una belleza y un peligro para la sociedad londinense, o para cualquiera persona en realidad, poseía una venenosa lengua y una inteligencia extraordinaria para ser una dama común de noble cuna. Si hubiera nacido como hombre, tendría un gran éxito en todo lo que se propusiera, de eso estaba seguro, y solo le había bastado un breve intercambio de palabras. Podía confirmar que era como Louis.

—Es la primera vez que una mujer me pide que sea su amigo, no sé si alegrarme u ofenderme —confesó con una amplia sonrisa—. Creo que elegiré la primera opción. ¿Sabe por qué? Es usted especial, Lilah —prosiguió conversando con ella. No quería alejarse tan pronto, anhelaba tenerla cerca un poco más de tiempo, solo un poco—. En cambio, quiero un favor suyo como celebración de nuestra amistad. ¿Qué dice? ¿Se atreve? —retó burlonamente, arqueando una ceja.

—Sabes que soy capaz de muchas atrocidades y todo lo que deseo lo consigo —respondió encogiéndose de hombros—. Si quieres un favor, puedes contar conmigo, pero antes quiero saber cuál sería. Si es un favor indecoroso, déjame advertirte que acabas de equivocarte de dama, ser escandalosa y casquivana no es lo mismo.

Julian comenzó a reírse a carcajadas por la increíble y loca ocurrencia de la joven.

—No necesito un favor sexual, querida. Si quiero hacer el amor, busco a una de mis queridas —mintió descaradamente—. Lo que quiero es escandalizar a la sociedad —pidió acercándose cada vez más a ella. El corazón de Lilah dio un vuelco—. Tú y yo desenmascarando a los hipócritas de esta sociedad. ¿Aceptas? —susurró con esa voz tan increíblemente varonil en el oído de Lilah. Las manos de esta, como respuesta, comenzaron a sudar, y sus latidos cada vez eran más rápidos. Tenía que alejarse de allí antes de volverse loca.

Julian estaba seguro de que iba a acceder a su propuesta conociendo su historial de escándalos, que oía a la sociedad decir de ella y que él mismo había vivido de antemano en la presentación en la sociedad de la joven. Esa noche se había convertido en el dolor de la sociedad londinense, sobre todo para las madres casaderas. Todas ellas advertían a sus hijas que se alejarán de Lilah porque era el peligro personificado.

—Te estoy admirando, ¿lo sabes? —dijo finalmente con una amplia sonrisa—. Claro que aceptaré y será lo mejor que me va suceder en la vida.

Lilah aceptó encantada, con una pícaro expresión.

—Tienes una bonita sonrisa —se sinceró Julian, sin poder controlar su afán de pronunciar ese halago y observándola fascinado.

¿Era posible que una simple sonrisa pudiera ser tan maravillosamente bella? Sin poder

evitarlo, poco a poco sus labios se curvaron. Era imposible no hacerlo estando al lado de ella.

—¡Gracias, milord! —imitó a la típica voz de las damas de compañía de señoras de alta sociedad, haciendo que los dos volvieran a reírse a carcajadas.

En ese instante, Julian tomó dos vasos de oporto que estaban sobre la mesa y le entregó uno a Lilah. Ella aceptó encantada la copa. Sabía que una mujer soltera no podía tomar una copa de alcohol, pero tampoco un caballero debería ofrecérsela, así que ambos estaban rompiendo las reglas.

A Lilah le encantaba romper esas estrictas reglas de etiqueta, que tan innecesarias consideraba.

—Por el inicio de una gran amistad. —Alzó la copa—. Vamos a disfrutar de esta increíble aventura.

Festearon gozando la sensación del alcohol.

—Creo debería ir a por mi amiga, necesito saber cómo está —comentó Lilah buscando entre la multitud a Jane—. Ella no suele venir a este tipo de fiestas y me preocupa. Fue un gusto conocerte —Se despidió de él, saltándose todas las reglas del decoro y tuteándolo abiertamente. Antes de irse, preguntó—. Por cierto, tengo una duda. ¿Tienes amigos? Tengo curiosidad dope saber por qué te llaman «Duque asocial». —Siguió charlando como si nunca se hubiera despedido de él—. Si no tienes amigos, no te preocupes porque si lo deseas te puedo presentar a mis hermanos.

Al finalizar, se quedó esperando una respuesta.

Lilah esperaba no arrepentirse de la decisión de presentarle a sus hermanos, pero por alguna razón, la imagen de un Julian solitario la entristecía. Tal vez porque se sentía culpable por haberlo abandonado.

Para ella, la vida era un *carpe diem*, los humanos nacían para disfrutar cada momento de su vida. Ella se encargaría de eso, porque esa sería su primera misión como amiga.

—No tengo amigos —se sinceró Julian tras un suspiro cansino—. Tuve una mala experiencia con uno y desde entonces decidí que lo mejor era estar solo que acompañado de hipócritas embusteros —confesó poniéndose incómodo al pensar en su antiguo amigo y en su traición.

Lilah apretó las manos furiosa consigo misma. Maldita sociedad. Si las mujeres hubieran tenido los mismos derechos que los hombres, ahora seguiría siendo amiga de Julian. Abandonarlo para ir a su presentación en sociedad fue una pésima idea, pero ahora que el destino volvía a ponerlo de nuevo en su vida, no iba a separarse de nuevo de él.

—Entonces te presentaré a mis hermanos —sentenció como si Julian no tuviese el derecho a decidir sobre ello—. Mañana te espero, no llegues tarde. ¿Sí?

A Julian le costaba seguir el hilo de la conversación, pero no se encontraba incómodo, solo algo perdido. ¿Quién no lo haría? Cuando Lilah se emocionaba, era imposible pararla.

—¿Dónde? —preguntó perdido.

—Pues, obviamente, en mi casa. Podría ser a la hora del té.

—¿No se prestará a malas interpretaciones? —preguntó, pensando en su soltería.

—No lo creo, estarán mis hermanos y mi dama de compañía. —Se encogió de hombros restándole importancia.

—Allí estaré...

Cuando Julian vio cómo se alejaba Lilah, sintió que una parte suya se iba con ella.

Lilah suspiró cansinamente tras buscar a Jane durante un buen rato. La ubicó sentada en una silla, con la mirada fija en el suelo, alejada de la gente, escondida en un rincón con un semblante sombrío.

Preocupada, echó a correr. Sabía que estaba mal visto que una dama corriera, aunque en realidad todo era indecente para esta corrupta e estricta sociedad, pero eso no le importaba. Lo primero para ella era el bienestar de su amiga.

—Jane —susurró mientras se acercaba más a ella—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —preguntó alarmada al contemplar detenidamente su expresión decaída mientras se sentaba en la silla que estaba libre.

—Y... o... yo estoy bien —afirmó con voz queda. Al levantar la vista, Jane vio que Lilah no la creía, decidió calmarla esbozando una sonrisa, que se torció en el camino—. De verás, me encuentro bien —volvió a afirmar, pero Lilah seguía sin creerla.

—No te creo. Te conozco muy bien.

—Todo comenzó por... —Se cortó a sí misma y suspiró tristemente. No le quedaba otra que confesarle sus penas—. Solo que conocí a alguien y comenzó a comportarse de una manera indecente conmigo. —Desvió su cara avergonzada—. Casi me besó, pero hui antes de que lo lograra. Tenía pánico. De verdad, lo último que quiero es traicionar mi amor por Leonidas —musitó Jane.

—No pienses eso. Tranquila —susurró Lilah para calmarla—. Sé que amas a mi hermano, pero él no te merece. ¿Quién sabe? Puede que ese desconocido sea el hombre ideal para ti —murmuró intentando animarla un poco.

Jane negó.

—No creo que pueda olvidarlo, pero te agradezco que intentes animarme. —La abrazó.

—Dejemos de lado la melancolía y el mal de amores —aconsejó—. Podemos ponernos tristes más tarde, en casa —bromeó Lilah recibiendo como respuesta un golpe amistoso de parte de Jane en el brazo—. Soy graciosa, ¿no crees?

—Posees muchos talentos, pero la gracia no es lo tuyo —respondió ya recuperando su alegría habitual.

—¿Escuchas eso? Es mi corazón rompiéndose —Lilah fingió sentir dolor tocándose el pecho—. ¿Sabes? Conocí a lord Clark —informó cambiando de tema drásticamente.

—¿Lord Clark? Debió ser..., ¿especial? —cuestionó Jane al ver la expresión de Lilah—. Tú nunca te pones así por un caballero.

«Solo por él. Tal vez, es debido que nosotros tuvimos una relación especial cuando apenas éramos unos muchachos», pensó Lilah.

—Se acercó y estuvimos hablando —dijo Lilah, ignorando totalmente el comentario de Jane—. Debo decirte que es la mejor conversación que jamás he tenido con un caballero. Es inteligente y tiene un sentido de humor como el mío. Además, me hizo experimentar lo que las protagonistas de libros románticos suelen describir. —Negó con la cabeza—. Pero no pienses que me voy a enamorar —susurró—. Para mí el amor significa sufrir y por esa razón no me voy a enamorar para luego ver cómo me arrebatan lo que tanto quiero. —Tomó una bocanada de aire antes de continuar—. No quiero volver a pasar por lo mismo —suspiró—. Mi padre estuvo muy enamorado de mi madre y cuando ella falleció, una parte de su corazón se fue con ella. No deseo eso para mí.

Sacudió varias veces la cabeza, suprimiendo esos recuerdos. Lo mejor sería ignorarlos e intentar no recordarlos nunca más.

—Pero la vida es así —contradijo Jane—. Naces, amas, mueres —dijo—. Volviendo al tema, ¿qué mas pasó?

—Bueno, luego me pidió un baile y acepté encantada. —Sonrió embobada—. Entre sus brazos sentí que flotaba y fue una sensación extraña, pero a la vez hermosa.

Lilah aún seguía sintiendo el calor de esas manos masculinas sobre su cintura, como si hubieran tocado su piel desnuda.

—¿Quién diría que iba a conocer a lord Clark, el Príncipe de Hielo? —Tampoco había pensado que volviera a entablar una conversación con Julian—. Pensaba que sería el típico hombre que se creía un ser superior solo por haber nacido en un rango tan importante y poderoso, pero me equivoqué. Y lo más importante, siento que seremos buenos amigos, quizá los mejores. ¿Sabes? Tengo muchas ganas de verle mañana. ¿Te he dicho que hemos quedado mañana?

Jane negó ligeramente la cabeza. Y luego se echó a reír al ver Lilah tan emocionada con Julian. ¡No paraba de parlotear como un loro!

—¡Dios mío! Si mañana viene, deberás contármelo todo. ¿Promesa?

—Promesa.

Lilah presentía que a partir de mañana, su vida sería más excitante y divertida. Dos grandes mentes disfrutaban el doble. Sonrió traviesamente por sus alocadas ideas.

—Siempre sonríes así cuando planeas algo grande ¿Debería rezar? ¿Debería preocuparme? —Lilah ignoró completamente a su amiga.

—¿No crees que es hora de irnos? —Volvió a cambiar de tema con una inocencia fingida.

Julian sonreía ampliamente mientras trotaba en su caballo. Lilah se había convertido en alguien especial para él en poco tiempo. Tal vez porque cada vez le recordaba más a Louis. Presentía que se divertiría mucho a su lado.

Dos grandes mentes gozaban el doble.

Tenía ganas de contemplar las caras que los miembros de la alta sociedad pondrían al verles juntos.

Mañana sería un gran día para él. Para ambos.

Capítulo 6

Mi idea de buena compañía es la compañía de gente inteligente, bien informada que tienen una gran conversación; eso es lo que yo llamo buena compañía.
Jane Austen

—¿Crees que mentir a nuestros padres es una buena idea? —masculló Julian entre dientes después de oír su sugerencia—. Louis, ¿acaso te has vuelto loco? Me niego a acompañarte hasta Escocia. Pero antes de negarme en redondo me gustaría conocer la razón de este viaje.

—Solo quiero enseñarte mi sitio especial —explicó Louis con un simple encogimiento de hombros. Pero al notar que Julian no estaba cayendo en su encanto de persuasión, decidió suplicarle. Algo que casi nunca hacía—. Vamos a pasar una gran noche en ese lugar. Por favor, hazlo por nuestra amistad.

Julian sacudió ligeramente la cabeza. Ya no más. Estaba harto de hacer todo lo que Louis deseaba. Necesitaba urgentemente recuperar su libertad. Y, para lograrlo, solo necesitaba alejarse de él. Así todo volvería a la normalidad.

—No —dijo con firmeza—. No quiero ser más tu compañero de locuras, Louis —repuso de nuevo, pero esta vez con la voz más calmada—. Quiero recuperar mi antigua vida y no puedo hacerlo si tú estas a mi lado. Hazme el favor de dejarme en paz y...

Louis lo interrumpió incrédulo y dolido. Ya había escuchado bastante. Haría lo que Julian le había pedido. Al fin y al cabo, dentro de poco, cumpliría dieciocho años y, aunque quisiera seguir siendo chico, no le quedaba más remedio que volver ser lo que era. Una chica. Una que debía ser presentada en sociedad dentro de unos meses. Y nunca más volvería a tener contacto con ninguno de los amigos de estos años. Apretó la mano con furia, sacudiendo ligeramente la cabeza. La vida es así de encurtiera. Nadie conoce su futuro de antemano ni cómo terminará. Solo existe una opción, vivir el presente sin depender de nadie, sin recriminaciones, sin dolor y sin una compañía espiritual.

—Está bien —gruñó, y acto seguido se marchó del cuarto dando un fuerte portazo.

Lilah se sobresaltó tanto que terminó cayéndose de la cama al despertar, recibiendo un buen golpe en su brazo izquierdo.

Mientras gruñía de dolor, se tocó la frente llena de sudor.

En ese instante, empezó a respirar profundamente. Colocó las manos en el pecho, a la altura del corazón, y sintió sus agitados movimientos.

Volver a soñar con su juventud al lado de Julian era demasiado duro para ella. Aunque se negara a aceptar la realidad, él le había robado una parte de su corazón. Era divertido, tierno y

adorable. Le gustaba su sensatez, su seriedad y, sobre todo, su bondad. Era un ángel. Su ángel.

Pero al parecer, toda historia tenía un final, y pensó que su relación había finalizado hacía varios años pero el Destino los volvió a unir.

Sacudió ligeramente la cabeza cuando ya se había levantado del frío y duro suelo. Se dirigió hacia el ventanal y lo abrió dejando que el aire la refrescara.

Soltó un suspiro cargado de tristeza, y acompañado con resignación. Extrañaba lo que tenían entonces. Tal vez debió luchar por su amistad, pero en esos momentos no quería estrechar lazos con nadie. Más cuando lo conoció y terminó rompiendo cada una de sus propias reglas, y eso era imperdonable para Lilah.

«¿Y ahora? Tienes veinticinco años y no dejas que nadie se acerque a ti excepto tu familia y tu mejor amiga».

Cerró los ojos y se quedó allí de pie, pensativa, mientras disfrutaba de la sensación que le producía el aire contra su piel. Era placentero y relajante. Esa emoción le gustaba demasiado. Siempre que las dudas se apoderaban de ella, era una vía de escape.

Se quedó ahí hasta que el sueño la hizo bostezar. Había llegado el momento de viajar de nuevo al mundo de los sueños.

Con pasos lentos y soñolientos, se encaminó hacia su cama y en ella se tumbó. En un santiamén ya estaba en los brazos de Morfeo.

Julian no podía dormir. Daba vueltas en la cama mientras rememoraba el encuentro. Pasó un par de horas contemplando la pared, dándole vueltas al suceso, pero poco a poco sintió cómo se le cerraban los ojos y terminó durmiéndose con una sonrisa. Su mente no había dejado de pensar ni un solo instante en Lilah, en su nueva y única amiga.

Un segundo antes de perder la consciencia tuvo una alocada idea, pero negó al instante y sucumbió a Morfeo. Si lo hiciera, sería demasiado arriesgado.

Al día siguiente, Julian se despertó más temprano de lo habitual. No comprendía por qué se encontraba de tan buen humor, con una energía y rapidez increíbles. Comenzó a vestirse sin la necesidad de su ayuda de su cámara.

Tenía muchas ganas de ir a casa de Lilah y conocer a su familia. Debía ser una familia especial para que sus miembros aceptaran las locuras de ella.

Al terminar, bajó con cuidado las escaleras. Pese a que Lilah le había parecido una joven extraordinaria, según los rumores si pasabas tiempo con ella, terminabas por cometer graves errores. Sacudió la cabeza mientras se reía. ¡La gente solía ser loca cuando se inventaba rumores tan estúpidos como esos!

Se encaminó hacia el salón principal de la mansión. Allí ubicó a su madre, junto con su hermana, desayunando en silencio. Parecía que aún estaban adormiladas, ya que esas dos eran conocidas por ser unas natas charlatanas.

Julian se acercó donde estaba sentada su madre. Con una alegre voz, interrumpió ese silencio que predominaba el salón.

—¡Buenas días, madre! —la saludó, dándole un beso en la mejilla. Luego se acercó a su hermana menor—. ¡Buenas, pequeña! —Le despeinó su dorado flequillo con mucha alegría en la voz—. ¿Qué tal habéis dormido? —preguntó con curiosidad mientras se dirigía a su silla.

—Bien, ¿y tú? —respondió su madre, pero antes de que Julian pudiera contestar, volvió a hablar como si fuera un loro charlatán—. Me han comentado que ayer acudiste a la recepción de

los duques de Sutherland —dijo su madre mientras cortaba un trozo de pastel de chocolate—. ¿Por qué no me lo dijiste? —lo regañó.

Julian abrió la boca para calmar la ansiedad de su madre, pero era una acción complicada de realizar ante la metralla de cuestiones que enumeraba ella, sin darle espacio a las respuestas.

—¿Sabes que me preocupo por ti y lo último que deseo es que te ocurra algo malo —comentó Meghan con una voz que expresaba preocupación.

Él asintió en silencio, agradecido por tener el amor de su madre.

—Lo siento madre —se disculpó Julian con un palpable arrepentimiento—. Ni siquiera anhelaba ir a la fiesta, solo fue un impulso, —Se sinceró con ella—. Quería conocer damas para elegir la ideal para que convertirse en mi futura esposa.

Se sintió culpable al mentir de esa manera a su madre. Él se había ido a The Playnight Club, no a esa sosa velada, pero no quería preocuparla.

Sin embargo, se arrepintió de haber soltado esas palabras en cuanto vio la expresión que le había dedicado su madre.

«Lo que le faltaba», gruñó para él.

—¿Y has conseguido encontrar una? —preguntó su madre, feliz.

Por fin había logrado que su hijo tomara la decisión de sentar la cabeza y darle nietos. Ahora no quitaría el dedo del renglón.

—Sí, Julian, dinos —exigió Lucinda, también uniéndose a la conversación, ansiosa por saber si su hermano había encontrado a la dama perfecta para él—. ¿Ya has conocido una que logre derretir ese corazón tuyo tan lleno de frialdad?

Lucinda quería saber si alguna vez su hermano dejaría su faceta de chico asocial y serio. No le gustaba que se comportaba así cuando en realidad era alguien más cálido y con un gran corazón.

—Sí, conocí una —confesó Julian, causando que las dos mujeres soltaran unas pequeñas risas emocionadas—. Es muy especial. Me hizo hasta reír y sonreír —prosiguió hablando de lo maravilloso que fue el hecho de conocer a Lilah—. Pero hemos decidido ser solo amigos —comunicó Julian con satisfacción, gozando de la expresión de estupefacción de dedicado su madre al oír lo último.

Intentó con todas sus fuerzas no soltar unas carcajadas escandalosas.

—Pero, hijo —contradijo Meghan, con un tono de perplejidad—. ¿Amigos? ¿Sabes que el escándalo que se va a formar si ven una dama de alta cuna siendo amiga de un caballero? ¿Está viuda o es soltera? Si es soltera, el escándalo sería demasiado negativo para ella —comentó Meghan, preocupada por la desconocida joven, que parecía haber robado por completo la atención de su hijo.

—No creo que a Lilah, nuestra querida reina de los escándalos, le moleste eso —replicó con una amplia sonrisa en su rostro—. Además, me encanta conversar con ella, es tan diferente de las demás damas. Y posee belleza, inteligencia y sentido de humor. Es lo más magnífico que hay en todo el Reino Unido —elogió Julian, y luego se dirigió hacia su hermana—. Lucinda, creo que tú y ella haríais buenas migas.

Aguantó la risa al imaginar el terremoto que se formaría si ambas se unieran. Sería increíble ver cómo su madre lucharía por intentar con toda su voluntad enseñarles a ser unas buenas damas.

—¡Sí, por favor! —respondió suplicante. Para Lucinda, Lilah era una diosa y lo que más deseaba en este mundo era entablar una relación de amistad con ella para que le enseñara como ahuyentar a sus pretendientes—. Siempre he deseado conocerla.

—No, Julian —Meghan negó con la cabeza. Ni loca iba a aceptar que su hija se juntara con Lilah. No porque Lady Lilah le cayera mal, solo le asustaba que su hija siguiera sus pasos—. Lady

Lilah es una gran jovencita, pero estoy en contra de verla relacionándose con mi hija. Ya tengo suficiente con enseñar a tu hermana a comportarse como una dama —se quejó.

—¿Cuántas veces te he dicho que no quiero ser una mujer sumisa que debe seguir las reglas de los hombres, sin reprocharlas ni decir nada en contra? —farfulló Lucinda—. Es aburrido y además me parece mal. ¿Por qué no puedo demostrar mi potencial? Si llega el día de casarme, no será con un marido para el que solo sea una máquina de bebés. Anhele encontrar a un hombre que me acepte tal como soy y se sienta cómodo con mi pasión por la escritura. Si no respeta mis condiciones, entonces con orgullo me declararé una solterona —expuso—. Nada ni nadie conseguirá que cambie de decisión. Solo el amor. Pero, teniendo en cuenta que todos los caballeros no son más que unos egocéntricos, que creen tener el mundo a sus pies, estoy convencida de que no encontraré nunca un esposo conforme a mis deseos.

Meghan decidió ignorar completamente a su hija. Aunque en el fondo estaba más que orgullosa de ella. Era inteligente, valiente y fuerte, como la versión femenina de su difunto marido. Sonrió para ella misma, recordando en el hombre al que había amado. Fue un gran hombre.

—Hijo, la condesa Aldrich ha decidido celebrar su regreso a Londres con una velada — comunicó Meghan, cambiando totalmente de tema, y pensando en un plan. Si llevaba a Julian a esa velada y lo ayudaba a buscar una esposa, conseguiría que se olvidara de la locura de tener como amiga a Lady Lilah—. ¿Qué te parece si acudimos y buscamos a una dama digna de casarse contigo?

Al ver el asentimiento de su hijo, siguió dando su discurso lleno de consejos y sabiduría.

—Tampoco deberías mantener una amistad con Lilah —aconsejó, pero al observar la triste mirada de Julian, tragó saliva porque no quería prohibirle nada a su hijo. Aunque tenía miedo de que esa amistad ocasionara un problema y Julian sufriera—. No tengo nada en contra de ella, es más, estoy preocupada por su situación — aclaró con sinceridad—. Solo tengo un mal presentimiento sobre este tema —susurró para sí misma.

Sentía que se enfrentarían a muchos problemas si seguían adelante con su intención de ser amigos, pero esperaba que solo fuera un mero presentimiento.

Si había algo que Julian odiaba con todo su corazón, era acudir a ese tipo de veladas y entablar conversación con personas de la alta sociedad inglesa. Además, se sentía increíblemente incómodo para mantener una charla personal con algún miembro aristocrático por miedo a convertirse en su enemigo si manifestaba su opinión en algún tema controversial.

Era mejor estar en el silencio que pronunciar palabras problemáticas y crearse enemigos.

—Iré, pero con una condición.

—¿Cuál? —preguntó curiosa.

A Meghan ya le extrañaba que su hijo aceptara acudir a la velada con tanta facilidad. Aunque lo amaba, siempre le había parecido solitario, y se volvió más asocial cuando regresó de su estancia escolar en Harrow. En ese instante no tenía nadie más que a su familia. Tal vez, en el fondo, Lady Lilah podía ser perfecta para él. Meghan reconocía que harían una gran pareja, uno podría enseñar al otro las cualidades que le faltaban, y viceversa. Sin embargo, estaba en contra de que fueran amigos. ¿Por qué amistad cuando podían casarse y darle los nietos que tanto anhelaba?

—Lady Lilah irá conmigo, como mi acompañante —anunció decidido.

Sin Lilah no iría a esa aburrida fiesta.

Al terminar de desayunar, se limpió la boca con la servilleta.

—¡Debo irme! Nos veremos más tarde. —Se despidió de ellas levantándose de su sitio sin esperar la contestación de su madre.

Mientras, en la mansión de los Bellamy, Lilah se encontraba en el jardín practicando el tiro con arco después de años sin hacerlo. Tarareaba una melodía con felicidad, disfrutando del agradable clima y, sobre todo, de que cada tiro le salía más perfecto que el anterior. Eso hacía que su rostro estuviera radiante, con la sonrisa más grande y sincera jamás esbozada.

Mientras tanto, sus hermanos la contemplaban estupefactos desde la amplia ventana que estaba en la planta baja del edificio.

Rara vez Lilah sonreía de esa manera tan ingenua. Casi todas sus sonrisas eran la maldad personificada.

—¿Qué le pasa? —murmuró James, sin dejar de mirarla desde el ventanal—. Rezo para que no sea nada grave, pero tengo miedo

—Es la muerte —afirmó Iker tenebroso—. El fin de mundo. ¿Debería casarme? No quiero morir sin ser un hombre casado —les comunicó Iker con preocupación. No deseaba morir, era muy joven para eso, tal solo tenía veinticinco años.

—Iker, ¿no puedes dejar de decir estupideces? No vamos a morir —replicó Leonidas, criticando su comportamiento infantil—. Además, lo que deberíamos hacer es preguntarle si está bien. Si no lo está, la dejamos en Escocia y nos volvemos aquí sin ella —anunció con orgullo, al encontrar con la perfecta solución.

—¿No sería más peligroso dejarla suelta por allí? —bromeó Iker, imaginando esa alocada situación.

—Sería más peligroso si la dejamos en el sanatorio, volverá locas a las personas sanas —repuso James reprimiendo las ganas de reír.

En poco tiempo los tres se echaron a reír a carcajadas. Cuando sus risas cesaron, se dirigieron donde se ubicaba su pequeña hermana. Si había algo que amaban hacer los tres juntos era molestar a su hermana porque siempre era divertido observar sus reacciones, aunque también tenían miedo de ella porque era capaz de devolver esa jugada mil veces peor.

Tras un par de horas sin parar de entrenar, Lilah se cansó y decidió descansar un rato.

Se sentó en la hierva y cuando estaba acariciando una rosa roja que tenía en la palma de la mano, escuchó la voz de su hermano.

—Lilah —La llamó Iker—. ¿Estás bien? —preguntó sin más, sin perder el tiempo—. Si no estás bien, te podemos ayudar. ¿Verdad? —inquirió mirando a sus otros hermanos—. Porque somos los mejores hermanos y nos preocupamos por tu bienestar —explicó Iker cuando notó la extraña expresión de su melliza, quien sonreía con inocencia.

—Sé que vuestra ayuda es abandonarme en Escocia o dejarme en un sanatorio porque pensáis que me he vuelto demente. —Lilah adivinó con facilidad las intenciones de sus hermanos—. Pero, para vuestra mala suerte, no estoy loca. Solo me siento feliz.

—Eres demasiada inteligente, estoy orgulloso de ti —proclamó James sin evitar sentirse orgulloso de su pequeña diablo—. ¿Feliz? ¿Estás planeando algo tenebroso que tiene como finalidad destruir a la humanidad?

—Lo sé, aprendí de los mejores. —Sonrió ampliamente, encogiéndose de hombros mientras ignoraba por completo el último comentario de James—. Ahora necesito vuestra ayuda —pidió, aunque era más bien un mandato—. Veréis, hoy vendrá un chico especial para mí. —Leonidas pensó que tal vez Iker no estaba tan equivocado. El fin del mundo estaba acercándose—. No me miréis así, no pienso casarme con él —corrigió para evitar que sus hermanos tuvieran ideas incorrectas sobre la relación que mantenía Julian—. Es un gran amigo mío. Pero pienso que necesita tener más amistades en su vida. Por eso he estado pensando que vosotros deberíais ser sus

amigos. ¿A que es una idea maravillosa?

—¿Y quién es el pobre hombre que te tiene como amigo?

James no pudo evitar sentir pena por el pobre joven.

Lilah le fulminó con la mirada. Más tarde, se vengará de él.

—El duque de Kent.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Leonidas, observándola detenidamente.

Según en su memoria, nunca había visto su hermana entablar una conversación con Julian en ningún sitio. Esperaba que ella no se hubiera ido a The Playnight Club ayer. Pero conociéndola, era más que seguro que había estado allí, cotilleando entre los secretos más oscuros de la sociedad. Solo esperaba que ella no se diera cuenta de que él también estuvo ahí, coqueteando con esa desconocida.

Lilah se quedó callada. No sabía qué contarles a sus hermanos. Pero antes de que pudiera abrir la boca, el mayordomo se dirigió hacia ellos, salvándola de una incómoda situación.

—Milady, hay un caballero que requiere su presencia. —Dicho esto, el mayordomo hizo una reverencia, y al instante se despidió de ellos con educación, alejándose del jardín.

—Ahora, si me disculpáis —pidió con falsa cortesía—. Parece que alguien me necesita. Luego arreglamos cuentas, ¿verdad, James?

Él tragó saliva, temeroso. Compuso una expresión que le causó gracia a Lilah. Se ausentó con elegancia del jardín y se dirigió emocionada hacia el salón principal, donde seguramente estaría Julian esperándola.

Se apresuró a recorrer con rapidez la entrada del edificio barroco. Una vez en el interior, decidió correr para recorrer deprisa los pasillos, hasta que por fin llegó a su destino.

—¡Julian! —saludó cuando entró en la majestuosa sala de estar, haciendo una leve inclinación.

—¡Lilah! —correspondió él, encaminándose hacia ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Julian había estado todo el día esperando ese encuentro, como un niño entusiasmado.

—¿Deseas algo? —preguntó intentando ignorar las sensaciones que había sentido cuando tomó la palma de su mano y depositó en ella un casto beso.

Deseaba alejarse de este lugar lo más lejos posible e ignorar los sentimientos que la dominaban cada vez que Julian se hallaba cerca de ella, atormentándola, haciéndola desear algo que solo le causaría sufrimiento: amar y ser amada.

—La verdad, necesito que me hagas un favor de suma importancia.

—Claro, puedes contar conmigo. —Trazó una amplia sonrisa, que fue totalmente correspondida por Julian—. ¿Cómo puedo echarte una mano?

—¿Te gustaría acompañarme a una velada? Estoy seguro que mi madre desea conseguirme una esposa. Sé que necesito una, pero no quiero a ninguna que no seas tú.

Julian soltó ese comentario sin poder evitarlo.

Desde el primer momento que la conoció en persona, supo que Lilah era única. Tenía un aura carismática que cuando te atrapaba no había ninguna salida.

Podía tener una mala reputación entre la sociedad londinense, pero eso no le quitaba lo divertida y segura que era en cada paso que daba.

Además, cuando estaba con ella, tenía un encanto especial que hacía que abriera su corazón sin darse cuenta.

—¡Milord! —exclamó «escandalosamente», empezando a utilizar su abanico verde y sintiendo cómo las mejillas se volvían cada vez más calientes.

¿Por qué estaba sintiendo esto? Lilah no podía entender el porqué de su reacción hacia el

cumplido de Julian.

Pero eso no causó que le temblara la voz ni tampoco perder el brillo de su seguridad en sí misma.

—Es un placer que un gran hombre como tú me quiera como esposa, cuando soy el monstruo del que un caballero debería huir si no quiere morir —bromeó haciendo que Julian reprimiera las ganas de negar. Solo los caballeros estúpidos no eran capaces de apreciar el arte que emanaba por las venas de Lilah.

—Y sí, estaré encantada de acompañarte a la fiesta y echarte un cable para librarte de esas locas madres casamenteras.

—Sabía que podía contar conmigo —manifestó Julian, alegre—. Te veré en ese baile, pero antes de marcharme, la velada es de la marquesa Aldrich.

Lady Julie era conocida por preparar las mejores veladas, pero solo invitaba a las personas más selectas de todo Londres. A pesar de que Lilah no era perfecta con esos estrictos modales que dictaba la sociedad, los marqueses Aldrich la admiraban desde que los salvó de un posible ladrón una noche oscura en medio del nada. Ese hecho le ganó el respeto de la pareja.

Esa mañana, cuando estaba en su aposento preparándose, una de las doncellas le entregó la invitación a la velada, pero entonces todavía no tenía ganas de ir.

Ahora había cambiado de opinión. Si iba con Julian, podían recuperar el tiempo perdido y ser amigos para siempre.

Esta vez, ella no dejará que ni el destino los separara.

Julian, al ver el semblante risueño de Lilah, decidió confesarle una anécdota que hizo que ella se riera al escucharla.

—Por cierto, mi hermana quiere conocerte.

—¿En serio? —inquirió asombrada—. Pensé que todas las familias me odiaban por dar un mal ejemplo a seguir.

—Mi familia es una especie excéntrica para el mundo. Mi madre se dedica a ejercer de casadera, mi hermana quiere igualdad y yo soy el duque asocial.

—Increíble —exclamó interesada por conocer más sobre los familiares de Julian.

Tal vez más tarde podría mantener una relación amistosa con ellas, y sería una grata idea para matar el tiempo cuando se encontraba aburrida, sin saber que hacer.

—Me encantaría quedarme a hablar contigo, pero debo irme —se excusó Julian.

—Te veo esta noche en la velada, entonces. Pasa un buen día.

—Igualmente.

Julian se despidió con un movimiento de sombrero antes de darse la vuelta y salir del salón, dejando a Lilah en soledad con sus pensamientos.

«Voy a conseguir que la fiesta de la marquesa Aldrich sea la mejor de la temporada», pensó Lilah decidida mientras se tumbaba en el sillón, abanicándose varias veces.

Capítulo 7

*Mira en tu propio corazón porque quien mira afuera,
sueña, pero quien mira adentro se despierta.*

Jane Austen

Había llegado el día de la primera presentación en sociedad de Lilah.

—Hacedme el favor de comportaos esta noche, milady —dijo Lady Swifton, aunque más bien lo gruñó.

Lady Swifton era una viuda que había contratado su tío para que le enseñara cómo debía comportarse una dama, ya que nunca la había mandado una escuela de señoritas. Es más, le permitió que fuese un joven estudiante durante varios años.

Aunque Lilah amaba causar problemas, le dio pena que Lady Swifton se preocupara tanto por ella. Por eso decidió esforzarse en no ser tan problemática. Pero, desgraciadamente, no pudo cumplir con esa promesa. No era su culpa que le hubiera tirado un enorme y grueso a un hombre que estaba maltratando a su mujer. Simplemente, se lo tenía merecido.

Si había algo que odiaba, era un hombre que se creía superior ante una dama. «Maldición, ¿dónde les cabe en su maldita cabeza que todos ante Dios somos iguales?»

Lilah se encogió de hombros. Su movimiento típico de indiferencia.

—Todo dependerá de mi inspiración —repuso bromeando—. Si ella me dice que debo causar problemas, con gusto lo haré.

—Pues hacedme el favor de no escuchar a vuestra inspiración —repuso gélida, sin ganas de escuchar las burlas de Lilah—. No os olvidéis, Lady Lilah, que debéis sonreír, bailar con todos vuestros pretendientes y no asustarlos hablando sobre política o cualquier otro tema masculino —ordenó la señora Emily, tajante—. Me vais a matar, me vais a matar —se quejó para ella misma, masajeándose las sienes.

Lilah soltó una carcajada al verla así, burlándose de su dramático comportamiento.

—Tampoco debéis reiros de esta manera tan varonil —reprochó—. Cuando sea vuestro deber sonreír, recordad hacerlo de una manera suave.

—Una sonrisa a lo dama perfecta —la interrumpió—. No se preocupe, Lady Swifton. Seré todo un Ángel, uno muy bueno.

«Entonces, serás todo un diablo, ¿no?», corrigió su conciencia. Por primera vez, su conciencia y ella estuvieron de acuerdo sobre algo.

—¡Eso es una gran noticia! —exclamó Emily sonriendo—. Por fin, Dios escuchó mis plegarias.

«Parece que no se ha dado cuenta de la ironía. Pero me da pena porque quién la escuchó no ha sido Dios, sino el diablo. El diablo personal de Lilah».

Lilah curvó los labios, formando una maliciosa sonrisa cuando oyó a su conciencia. Efectivamente, esa noche iba a convertirse en el comienzo de una nueva era.

La era de Lilah.

Horas después de la despedida entre Lilah y Julian, ella se encontraba en los aposentos de su hermano, mirándolo con expresión de pena, con la intención de que él tuviera la piedad de no rechazarla. Aunque ninguno de sus hermanos era capaz de ello si no quería sufrir las consecuencias.

—No me mires así, no iré contigo—replicó James, sacudiendo la cabeza varias veces—. ¿Por qué tengo que ser yo? Puedes pedirle a Iker o a Leonidas que te lleven —sugirió esperanzado, pero sus ilusiones fueron cruelmente rotas cuando Lilah negó con la cabeza—. No iré a ese baile —volvió a rechazar de nuevo la propuesta de acompañarla a la dichosa velada.

James tuvo que hacer un esfuerzo para no rendirse. Se negaba a ir a acudir a esa velada y ser cazado por alguna madre casamentera.

—¡Hermanito, hermanito! ¡Por favor! —suplicó componiendo una cara triste y angustiada, pero al observar detenidamente a James, que no se rendía, decidió que lo mejor era amenazarle—. Si no va a venir conmigo, iré a contrale a tu amante que quieres contraer matrimonio con ella porque la amas. Además, un pájaro me chivó que mi querido hermano cree en el amor. Susie se pondrá feliz al saber que la quieres como a la mujer de tu vida —advirtió Lilah, utilizando sus técnicas de chantaje, sin dejar de sonreír de esa manera que tanto la caracterizaba, malvada y traviesamente.

—Átrévete. No te va a creer —contestó James, animándola a hacerlo con tranquilidad, e inmune a esas advertencias—. Ella sabe muy bien que lo nuestro no tiene futuro y, además, yo no soy de enamorarme, pequeña.

—Es una dama, le diré que eres tímido para confesarle que la amas y...—Poco a poco, bajó el tono de voz hasta callarse. Solo para aumentar la tensión en el cuarto de su hermano y conseguir su rendición—. Digas lo que digas, sé que quieres enamorarte, encontrar a tu alma gemela y vivir juntos por toda la eternidad. Pero eso no existe, ¿verdad? Te duele no hallar a nadie a tu lado.

»Estamos malditos, hermano. Nunca vamos a poder amar a alguien sin hacernos daño. Solo debemos querernos a nosotros mismos. Esa es la solución para ser felices.

Sonrió para sus adentros al ver que James estaba rindiéndose por fin.

«Tal vez debería ser detective. Tendría un gran futuro trabajando como uno», pensó soñadora.

—Tú ganas. De verdad, eres increíble. Si fueras un hombre, tendrías éxito como detective o tal vez serías alguien importante —masculló entre dientes, maldiciendo para sus adentros. ¿Qué había hecho él para merecer ese sufrimiento?

—¡Genial! —exclamó con euforia—. ¿Qué haría yo sin mi hermano favorito? —Dicho esto, se despidió sin dejar de sonreír, complacida por saber que sus hermanos harían lo que fuera por ella, a la fuerza o sin ella.

En el camino hacia su alcoba, se encontró frente a frente con el mayordomo.

—Mark —lo saludó amablemente.

Él arrugó la cara en un gesto de desagrado.

—Sé que no te gusta que te llame así cuando hay criados cerca, pero es la costumbre —explicó Lilah, encogiéndose de hombros.

—¿Desea algo, milady? —Mark ignoró la explicación de Lilah y la miró sin expresar ninguna emoción.

—Voy a visitar a Lady Jane —respondió sonriente—. ¿Puedes prepararme el carruaje? —pidió mientras echaba a correr para llegar cuanto antes a la entrada de la mansión en busca de su carruaje.

—¡No corras, por el amor de Dios, Lilah! —exclamó el mayordomo preocupado.

Lilah esbozó una radiante sonrisa al conseguir que Mark dijera su nombre. Salió al patio, esperando impaciente. Tenía tantas ganas de contárselo todo a Jane que era incapaz de esperar tranquila

Cuando vio que por fin lo tenían todo preparado y listo para viajar, se subió con rapidez al coche. Los criados, sobre todo sus dos doncellas Emma y Sabrina, las que siempre estaban con ella cada paso que diera, la riñeron por no tener cuidado con su bienestar.

Llegó a su destino tras un largo trayecto el carruaje, escuchando con diversión los comentarios de Emma sobre lo ocurrido en una de esas veladas sosegadas que tanto odiaba, mientras se abanicaba observando el sublime paisaje, inmersa en sus pensamientos.

No importaba cuántas veces había estado en ese lugar, siempre abría la boca embobada contemplando detenidamente cada rasgo de belleza que predominaba la casa de Jane. Además, los tíos de Jane eran unas personas tan agradables que lo pasaba demasiado bien en su compañía.

Desde la ventanilla del carruaje, Lilah observó que en la fuente principal del grandioso edificio estaba Jane esperándola.

Cuando el coche se detuvo, Lilah se bajó del coche, emocionada y casi corriendo, y se tiró en los brazos de su mejor amiga. Emma y Sabrina exclamaron asustadas cuanto vieron como casi su señorita se tropezaba con las escaleras. Pero suspiraron aliviadas al ver que Lilah estaba intacta, charlando felizmente con su mejor amiga.

—Te necesito. —Fue lo primero que le dijo Lilah a Jane, asombrándola por esa confesión.

Antes de que pudiera responder, Lilah volvió a hablar, pero esta vez con un tono de voz alterado.

—Me han invitado a una velada. Y sabes que yo soy mala para elegir vestidos y como siempre eres tú la que me los eliges, pensé que me podías ayudar para estar deslumbrante esta noche —comentó con prisas, como si fuera una trabalenguas. Tanto que a Jane le había costado entender lo que le estaba diciendo. Parecía que por primera vez en su vida, Lilah estaba nerviosa por un insignificante baile que se celebraría esa noche.

Cuando por fin Jane comprendió lo que le pedido su amiga, asintió levemente. Jamás había pensado que veía a Lilah preocupada por su físico, cuando ella era una persona a la que no le importaba mucho si estaba presentable o no.

—Tranquila. —Jane sonrió—. Respira profundamente —pidió, intentando que su amiga respirara tranquilamente mientras se dirigían en su cuarto.

Emma y Sabrina se marcharon a recorrer el jardín, dejando solas a las ambas amigas.

Jane dejó pasar primero a Lilah, para cerrar la puerta tras ella.

—Ahora sí, cuéntamelo todo —exijo Jane curiosa, sin dejar de mirar a Lilah.

Lilah asintió y comenzó a narrarle todo lo ocurrido mientras Jane la escuchaba atentamente.

—¿Así que tu duque te invitó? ¡Qué hermoso! La verdad es que hacen buena pareja —dijo Jane, riéndose satisfecha al conseguir que el rostro de Lilah se tornara de un color rojizo.

—No es mi duque —replicó tumbándose en la amplia cama, en el mismo momento queabría su abanico para refrescar este intenso calor en su interior—. Es solamente un gran amigo. No es nada mío. ¿Lo comprendes? —inquirió gruñona Lilah.

—Entiendo —asintió Jane sin creerla por completo—. Entonces, voy ayudarte para que elijas el vestido más bonito. Esta noche serás la mujer más bella de todo Londres —comentó

emocionada por echarle una mano a ese amor destinado mientras le acariciaba el pelo con ternura.

Al instante, dejó de hacerlo, poniéndose de pie, y se encaminó hacia donde estaba el armario. Era donde solía guardar sus mejores vestidos, esos que nunca usaba ni tampoco tenía la necesidad de ello.

—Sabía que podía contar contigo —murmuró Lilah mientras su mente no dejaba de pensar en el rostro de Julian cuando se reía o sonreía.

Era un hombre fascinante. Estaba tan embobada con sus pensamientos, que no había escuchado que Jane la estaba hablando.

Parpadeó perdida mientras se reprendía a sí misma por andar pensando en Julian.

—¿Qué has dicho? —preguntó—. Estaba valorando si esta noche debo montar uno de mis escándalos o no... —mintió descaradamente mientras en su interior rezaba al cielo para que su mejor amiga no se percatara de que en realidad estaba pensando en él.

—Me di cuenta, Lilah —apuntó Jane—. Por cierto, parece que te he encontrado el vestido perfecto. —Le enseñó un vestido de diseño sencillo, pero con una combinación de colores que lo convertían en espectacular.

Lilah sintió cómo sus ojos brillaban al ver lo hermoso que era.

—Es muy bonito —murmuró levantándose de la cama—. Déjame adivinar. ¿Lo hiciste tú, verdad? —Esbozó una satisfecha sonrisa cuando vio cómo Jane asentía con la cabeza—. Tienes un talento increíble para esto. Yo soy un desastre para la costura, —La halagó riéndose—. Deberías dedicarte a esto —aconsejó mientras acariciaba la suave tela del vestido.

—¿Tú crees? —Le agradeció los cumplidos con una amplia sonrisa—. ¡Vamos a ponernos mano a la obra! —Jane manifestó sus ganas de hacer su magia para dejar a Lilah deslumbrante.

En la mansión del duque de Kent, Meghan y Lucinda se encontraban conversando en la sala de estar, o más bien cotilleando sobre la escasa, por no decir inexistente, vida amorosa de Julian, mientras él se hallaba en su recámara, preparándose para el gran acontecimiento de la noche.

—Parece que está muy preocupado por su aspecto —comentó Lucinda la cuarta vez que su hermano se cambiaba de ropa—. ¿Tanto le gusta Lilah? ¿Cree que hacen buena pareja, madre? —Suspiró, encantada con la idea de que Lilah y Julian se convirtieran pronto en un matrimonio e imaginándose cómo serían sus futuros sobrinos.

—Sí, hija, queda claro que Lilah le gusta a tu hermano —contestó su madre, dándole la razón—. ¿Crees qué deberíamos juntarles? Estoy segura de que ellos son unos cabezotas y no se darán cuenta de sus sentimientos hasta que sea demasiado tarde.

—Tienes razón, debemos ayudarles —concordó Lucinda con una amplia sonrisa—. Pero tengo una duda, madre. ¿Por qué no quiso que Lilah sea mi amiga, o la de Julian? —preguntó, sin comprender bien lo que realmente deseaba su progenitora.

—Lo dije porque tenía miedo, pero ahora veo que Julian de verdad quiere a Lilah. Tarde o temprano la tendremos en nuestras vidas y nos dará la alegría y la locura que le hace falta a esta aburrida familia.

Lucinda iba a responderle, pero cerró la boca en cuánto Julian llegó el salón.

—¿Por qué se callan? ¿Estaban hablando de mí, verdad? —exigió, pero ninguna contestó—. Madre, no intente emparejarme esta noche. No quiero ninguna debutante a mi alrededor ni deseo entablar conversación con ninguna, excepto con mi acompañante.

Julian se sintió complacido consigo mismo al ver cómo su madre asentía, aceptando la condición de su hijo mientras Lucinda intentaba esconder la risa, sabiendo que en realidad el plan de su madre era emparejar Lilah con Julian.

Durante lo que duraba el trayecto, Julian estaba impaciente por volver a encontrarse con su amiga, solo para escuchar sus ideas locas y excéntricas de desenmascarar la hipocresía de la alta sociedad.

Meghan y Lucinda cuchicheaban entre ellas, y Julian decidió ignorarlas. Seguramente estaban tratando temas de mujeres, ignorando el plan que ellas tramaban para la noche.

En el majestuoso salón de la mansión de la condesa Aldrich, se encontraba Lilah en un rincón de la sala, esperando con ganas la gran entrada de los Clark, junto con su hermano James.

—Ya no puedo más —clamó él de repente, en medio de un incómodo silencio.

—¿Qué te pasa?

Lilah frunció el ceño, extrañada por el comentario de su hermano.

—¿Cómo lo descubriste? Ya no eres la misma de siempre. Eres más inteligente, más madura. Eso me da demasiado pavor.

—¿Te refieres cómo averigüé tu secreto? —Él asintió—. Decidí ser una vidente gitana varias noches para rematar mi aburrimiento.

—No es demasiado extraño viniendo de ti, pero...

—Soy buena manipulando porque conozco todo sobre las personas. Sus miedos, sus sentimientos, sus gustos. Eso es el labor de un maestro manipulador.

James abrió la boca, casi helado en su sitio.

—Así que la gitana eras tú —dedujo—. Todo este tiempo he estado contándote mis sentimientos. ¿Por qué eres tan increíble? Cada vez me sorprendes más.

—No es mi culpa tener tantos talentos.

Lilah abrió el abanico en un elegante movimiento y comenzó a abanicarse sin volver a pronunciar ninguna palabra, hasta que James volvió a hablar de nuevo.

—No me dejes solo —le susurró en el oído al sentirse asfixiado ante tantas fémias—. Prometo ser tu esclavo durante toda una semana —suplicó James mientras Lilah sonreía maliciosamente, disfrutando de la sensación de sentirse una mujer poderosa.

—Nunca te voy a dejar solo, mi querido príncipe —bromeó tomándole del pelo mientras se reía a carcajadas, sin importarle mucho que las personas de su lado la criticasen por su poco comportamiento de dama.

Ya estaba acostumbrada a oír comentarios como: «¡qué sinvergüenza!», «¿acaso sus hermanos no pueden enseñarle los modales?», «A Lady Lilah debería darle vergüenza causar tantos problemas y ensuciar el apellido su familia».

—¡Mira, Lord Clark y su familia acaban de llegar! —exclamó James—. ¿Quién es la joven que está a su lado? —preguntó curioso, y sin apartar la mirada de Lucinda.

—Es la hermana menor de Julian —contestó Lilah sin dejar de contemplar la reacción de su hermano—. Vamos a saludarlos, mi príncipe baboso —le indicó, para luego dirigirse hacia ellos sin esperar a su hermano.

—¡Buenas noches, Lady Clark! ¡Buenas noches, Lord Clark! ¡Buenas noches, Lady Lucinda! —Los saludó a todos con una reverencia mientras James estaba a punto de llegar—. Os presento a mi hermano mayor, Lord James.

—Encantado de conocerlos —Hizo una reverencia, mostrándole sus respetos a Meghan, la duquesa viuda, y a Lucinda como un ejemplar caballero. Luego les depositó un leve y cortés beso en la mano a cada una.

—¡Julian, vamos! —Se exaltó Lilah de repente, llamando la atención por su alrededor.

De los labios de Julian salió un sonido de sorpresa cuando lo tomó del brazo sin dejar que

James lo saludara.

Se fueron donde se encontraban algunas parejas en la pista, bailando.

—¿Bailamos?

—¿Así que a nuestra querida Lilah le gusta tomar la iniciativa? Sería un placer bailar contigo, milady.

Julian aceptó encantado.

Comenzaron a bailar al ritmo de la melodía, moviéndose por toda la pista sin dejar de sonreír entre ellos, mientras conversaban en voz baja sobre cualquier interesante tema.

Pero todo cambió radicalmente cuando Lilah notó cómo la expresión de Julian pasaba de feliz a sombría. Eso la alarmó.

—¿Estás bien? —preguntó, pero fue totalmente ignorada—. ¿Julian? —Esta vez dijo su nombre elevando el tono de voz. Afortunadamente, él la miró alzando una ceja—. ¿Qué te pasa? Sabes que puedes confiar en mí aunque no nos conozcamos mucho.

—Es que acaba de llegar alguien que me hizo la vida imposible cuando era joven.

«¿Quién será ese bastardo? Nadie tiene el derecho de meterse con su gente». Lilah apretó sus labios mientras su mente maquinaba un perverso plan.

Como por arte de magia, se le ocurrió una maravillosa idea.

—Tengo un gran plan. Vas a entablar conversación con él mientras le preparo una sorpresa que nunca olvidará.

Al principio, Julian no estaba seguro, pero al final asintió con la cabeza. Él siempre había querido enseñarle unas lecciones por la crueldad demostrada en su juventud, pero no era lo suficiente valiente.

Ahora que tenía Lilah a su lado, sentía que podía cumplir todos sus anhelantes sueños porque ella era una genio y sería toda una joya para su futuro esposo.

Julian comenzó a sentirse celoso de ese futuro esposo. Quién fuera el afortunado, tendría mucha suerte.

—¡Vamos! —le animó Lilah, acariciándole las manos sin querer.

Se miraron el uno al otro, sorprendidos por sentir de nuevo esa increíble sensación que los envolviéndolos en un mundo donde solo existían ellos.

Lilah le sonrió con dulzura y le dio ánimos con la mirada mientras él asentía ligeramente, entendiendo lo que significaba esa mirada.

Ella suspiró mientras veía cómo poco a poco Julian se alejaba de la pista del baile en dirección de ese desconocido.

«¡Qué empiece la fiesta!», comentó para ella mientras se dirigía hacia una de las mesas llena de diversos y excéntricos manjares.

Se quedó parada, pensando cuál sería el alimento más repugnante y pegajoso.

Cuando lo obtuvo, dispuesta a iniciar con su venganza, se dio la vuelta y caminó hacia Julian, a quien se veía incómodo conversando con ese hombre.

Enseguida se dio cuenta de quién era. ¡Uno de los muchos lores que odiaban su comportamiento poco femenino! Siempre la criticaba, cuando sus hijas eran escoria, haciendo de menos a cualquiera persona que no tuviera dinero o título. Como si tener riquezas te hacía más humano. ¡Pero todos éramos iguales ante Dios!

¡Cuánto la exasperaba ese tipo de comportamiento a Lilah! Ahora, con más esmero, estaba más que decidida a enseñarle una inolvidable lección a esa familia.

Cuando estuvo cerca de ellos, fingió descaradamente que se había tropezado con sus tacones, manchando a todos los miembros que componían la familia Brown.

Gozó tanto al oír los gritos escandalosos de las hijas. ¡Era su parte favorita cada vez que montaba uno de sus escándalos! Era una emoción inexplicable, pero podía definirla como agradable y dulce.

—¡Discúlpenme! —fingió que estaba apenada por lo ocurrido mientras en su interior se moría de la risa.

—Está bien —replicó el señor Brown, reprimiendo las ganas que tenía de gritarla por ser una insensata e inmadura joven, pero imposibilitado de hacerlo porque lo último que deseaba era formar un escándalo que pudiera perjudicar a su familia. Se giró hacia su esposa e hijas, y con una firme voz les dijo—. ¡Vamos de aquí!

—Tengan una buena noche —se burló Lilah con dulzura mientras Julian la miraba fascinado.

Capítulo 8

No hay encanto igual a la ternura del corazón.

Jane Austen

Lilah apretó con furia sus labios. Estaba harta de escuchar a Lady Emily hablar sobre la lista de comportamientos que no debía adoptar en la velada de los duques de Sutherland.

¿Hablaba con seriedad? Lady Emily creía que ella iba a comportarse como una dócil «dama», siguiendo esas insignificantes y absurdas reglas.

¡Ja! Esa era su noche y no iba a dejar que nada ni nadie se la estropease.

Ese será el día en que iba a causar un escándalo, pero algo que no fuese tan llamativo. Algo silencioso. Algo como la muerte. ¿Debería aceptar las propuestas de baile y durante el preludio de la danza conversar sobre cualquier tema masculino? Sentía que debía hacer algo para atormentarlos. Quería demostrarles que las mujeres eran también capaces de hablar sobre un tema que no fuera la moda o el tiempo. Quería dejar una huella en la sociedad londinense.

En su rostro se dibujó una pícaro sonrisa cuando el carruaje se paró enfrente del palacio donde comenzaría el gran juego en breve.

«Tiembra Londres. Tiemblen hombres. Vuestra reina viene a enseñaros una inolvidable lección».

Julian se quedó unos instantes pensativo tras la actuación de Lilah. Gracias a Dios que nadie excepto esa familia se enteró de lo ocurrido, pero mentiría si no admitiera su temor al pensar que el escándalo podría perjudicar más la reputación de Lilah. Afortunadamente, todo salió bien.

—Lilah —la llamó Julian poniéndose a su lado—. ¿Te gustaría dar un paseo conmigo por el jardín?

Lilah asintió encantada.

—¡Claro!

Y eso hicieron, ambos caminaron en silencio hacia la salida sin importarles mucho las habladurías de la sociedad, aunque nadie se fijo en ellos, dado que todos se encontraban ocupados bailando o inmersos charlando con el uno al otro.

Al salir de la sala, siguieron andando callados hasta llegar al jardín.

Cuando llegaron, ambos suspiraron aliviados mientras cerraban los ojos por unos instantes, gozando del aire. Sentían como poco a poco se refrescaban de ese sofocante calor que padecieron durante su estancia en el salón lleno de personas.

Después de relajarse, se quedaron tumbados en el balcón observando el cielo lleno de brillantes estrellas, sin decir ninguna palabra. Solo querían disfrutar el silencio que predominaba

en ese lugar tan lleno de magia.

—Eres toda una dama traviesa —dijo Julian, después de un tiempo riéndose por todo lo ocurrido—. ¿No sueles tener miedo cuando haces estas travesuras?

Lilah negó con la cabeza.

—No —respondió con sinceridad—. La verdad es que me encanta exasperar a la gente. Un día de estos me secuestrarán por producirles tanto estrés y dolor de cabeza —rió encogiéndose de hombros.

La expresión de Julian se volvió sombría cuando oyó la palabra «secuestro».

Aunque aún no conocía demasiado a Lilah, ni tampoco se había encariñado con ella, no quería imaginar cómo alguien la secuestraba para torturarla. Se negaba aceptar que alguien deseara hacer tanto daño a una dama como Lady Lilah. Podía ser problemática y atrevida, pero había bondad y lealtad en ella. Solo lo ocultaba capa tras capa.

—No digas eso —masculló entre dientes—. No sé por qué, pero no me gusta imaginarte sufrir —murmuró en voz baja, esbozando una tímida sonrisa.

—¡Oh! —Lilah exclamó sorprendida cuando lo escuchó.

De nuevo volvieron a sumergirse en el silencio, mirándose detenidamente el uno al otro.

Poco a poco, sintieron cómo todo su alrededor dejaba de existir. Solo estaban ellos, nada ni nadie más que ellos.

Era la primera vez que alguien que no fuera de su familia o Jane se preocupaba por ella de verdad.

Sin evitarlo, Lilah comenzó a sentirse extraña por culpa de Julian. No tenía suficientes palabras para describir esa intensa emoción. Solo podía decir que era algo poderoso, algo fuerte. Había algo en él que la hacía sentirse diferente, eso le daba miedo, pero a la vez le gustaban las sensaciones que percibía cuando estaba a su lado.

—Me recuerdas a un chico que conocí —susurró Julian de repente, acercándose más a ella.

Lilah tragó saliva y empezó a rezar para que Julian no averiguara su secreto. Pero algo en su interior le decía que debía confesarlo.

—¿A Louis? —preguntó sin dejar mirarlo.

Julian abrió los ojos, sorprendido. ¿Lilah conocía al propio Louis? Tal vez se hicieron amigos durante un viaje o una fiesta. Sin embargo, hacía más de tres años que no sabía nada de él. Como si hubiera desaparecido del faz de la tierra.

Louis fue su primer y único amigo. Desde el primer momento que lo conoció comenzó a albergar sentimientos hacia él. Hasta llegó al punto de no desear a ninguna dama cuando sus compañeros estaban teniendo relaciones con viudas o simplemente con cortesanas. Julian siempre se encontraba deseando a Louis. Varias veces tuvo que fingir de que tenía amantes, pero en realidad él era virgen.

—Sí —afirmó ella—. ¿Cómo lo conociste? Hace tiempo que no sé nada de él.

Lilah bajó la mirada mordiéndose el labio, sin saber cómo decirle a Julian que Louis no era ella.

—En realidad, Louis... —susurró en voz baja.

—¿Qué?

¿Merecía la pena que Julian supiera la verdad? Lilah pensaba que sí, pero el problema era cómo confesarlo sin morir en el intento.

Entrecerró los ojos y soltó su secreto sin cuestionárselo más.

—Bueno... Yo soy Louis, más bien lo era.

«¡No me lo puedo creer!», clamó Julian para sus adentros, totalmente inmóvil en el sitio.

Ahora que la observaba fijamente, no podía negar que eran exactamente iguales. Esos ojos verdes que deslumbraban hasta en la propia oscuridad, esos rojizos y gruesos labios que estaban hechos para ser besados... Recordó cuantas veces había tocado ese cálido y delicado cuerpo entre sus brazos cuando jugaban durante los años de estudio en Harrow.

Aún no se lo podía creer. Llevaba años creyéndose que él prefería a los hombres y, sin embargo, la realidad era otra.

Se había enamorado de un joven que en realidad de una mujer.

¡Menuda locura!

—Pero... ¿Cómo conseguiste entrar en Harrow? —Fue lo único que pudo preguntar. Aún seguía sin creerse que Louis era Lilah—. ¡Eres increíble!

—Cuando crecí, mi tío quiso mandarme al colegio de señoritas, pero con carisma y encanto conseguí manipularle. Y así logré que me echaran una ayuda y me mandaran a Harrow. Además, conseguí la amistad del director con mi seductora personalidad.

—Eres toda una...

—¿Genio? Lo sé —Se idolatró—. Me lo pasé demasiado bien...

Se interrumpió al escuchar a su hermano James peleándose con Lucinda cerca de ellos. Los dos se giraron y se quedaron contemplando la escena con diversión.

—Parece que tu hermana quiere asesinar a mi hermano. —dijo Lilah.

—Eso parece. ¿Debemos hacer algo para separarlos?

—No —contestó—. Vamos a gozar viendo la pelea.

—Vuelvo a reafirmar que eres toda una dama traviesa.

—Lo sé —rio escandalosamente—. Lo que estaba diciendo era que cuando estaba Harrow me sentía muy afortunada de tenerte, Julian.

Él asintió tomándola de la mano. No sabía por qué, pero necesitaba sentir sus suaves manos entrelazadas con las del él.

Cuando Lilah giró su rostro mirándolo sorprendida, con sus brillantes pupilas verdes, Julian supo que acababa de volver a caer perdido ante los mágicos encantos de ella.

Tal vez era la emoción que predominaba en el alma, en un lugar sacado de un cuento romántico de hadas, pero no podía ignorar sus sentimientos.

Sin dejar de sonreír de oreja a oreja, le acariciaba la piel sin dejar de mirarla a los ojos, hasta que terminó entre sus brazos, envolviéndola lentamente.

Instintivamente, y siguiendo los dictados del destino, la besó. Fue apenas un roce, un suave beso, pero suficiente para hacer estallar una tormenta en el interior de ambos. Se olvidaron de todo y comenzaron a besarse apasionadamente, como si les fuera la vida en ello.

De repente, Lilah dejó de besarlo y se apartó de su lado sintiendo cómo sus mejillas era una fuente de lava.

Observó que Julian que tenía los labios hinchados, perplejo con lo que acababa de ocurrir. Lilah comprendía perfectamente ese pensamiento porque estaba sintiendo lo mismo.

Estaba tan enfadada consigo misma por dejarse de llevar, por haber sentido lo que sintió. Y lo peor de todo, por romper su regla de no abrir nunca su corazón.

—Yo... —susurró él.

—Yo... —Lo imitó ella tan sonrojada y avergonzada por lo ocurrido como Julian.

—Hace frío, ¿no crees? —preguntó él en un intento de olvidar lo sucedido, aunque era un imposible—. ¿Qué te parece si entramos de nuevo?

Lilah no le respondió, simplemente se marchó dejándolo solo en el balcón.

Julian esperó a que Lilah entrara primero para luego seguirla.

«¡Maldición! ¿Por qué la he besado?», se preguntó una vez y otra vez, enfadado con él mismo por haber sido incapaz de controlarse. Aunque en el fondo de su alma no se arrepentía de haberlo hecho. Había tenido su primer beso con la dama más fascinante de toda Inglaterra.

En el fondo de la escena se encontraba una pareja de desconocidas, escondidas entre los arbustos. Todo ese tiempo estuvieron observándolos, fascinadas con el gran acontecimiento.

—Parece que tenemos a quién emparejar, ¿no crees?

—Fascinante —respondió la otra voz, riéndose con picaría—. ¿Estás lista para el plan que tenemos preparado?

—Siempre lo estoy.

Las dos se echaron a reír disfrutando de la sensación que transmitía esa cálida noche.

Capítulo 9

Quizás son nuestras imperfecciones las que nos hacen tan perfectos el uno para el otro.

Jane Austen

—¡Qué carajo es esto! —exclamó Lillah indignada dirigiéndose a Jane, después de haberse pasado casi toda tiempo bailando con hombres aburridos. Aburridos no. Lo siguiente. Eran... No tenía las suficientes palabras para describir esa blasfemia. No podía aguantar más. Necesitaba salir de ese juego ahora mismo. ¿Pero cómo? Por primera vez, no tenía ninguna idea.

—Sabía que iba a ser horrible, pero no tanto. ¿Esto qué es? ¿Una granja matrimonial? Santo cielo, esto es prácticamente un granjero de la alta sociedad —se burló—. ¿Sería una buena idea traer conmigo varias gallinas para que me echen una mano para jorobar? Seríamos las mosqueteras invencibles.

Jane negó ligeramente con la cabeza, aguantándose una carcajada. A diferencia de Lillah, quién poseía una atractiva personalidad, ella. Era tímida y no le gustaba llamar la atención.

—No comprendo por qué te gusta tanto rebelarte —murmuró—, Sí, la sociedad es injusta con nosotras, pero no podemos hacer nada.

Lillah se encogió de hombros.

—Sí podemos —aseguró—. Nada es imposible en esta vida. Con sudor y esfuerzo se consigue todo lo que deseamos. El mito de que los sueños no se cumplen no es más que una insignificante mentira. Nosotras somos las dueñas de nuestros corazones y nadie puede detenerlo. Si yo quiero una sociedad justa, lucharé por ella como tú lucharas por el amor que sientes hacia mi hermano. —Lillah soltó una carcajada al ver cómo el rostro de Jane se volvía rojizo de vergüenza—. Entonces, ¿te encanta mi idea de formar un grupo de la justicia con unas gallinas? Solo imaginarme los escandalosos gritos de las damas y las miradas reprochadoras de los estirados hombres ya sé que valdrá la pena. Es divertido verles actuar con dignidad frente la multitud cuando ellos son la verdadera deshorna de esta sociedad.

Jane le hizo gestos a Lillah para que se callara.

Al principio Lillah no comprendió por qué su amiga le hacía esas señas. Era demasiado extraño para ella, a Jane siempre le habían fascinado sus charlas sobre las injusticias. Pero al girar su rostro se encontró con la reprochadora mirada de Lady Emily, quien se acercaba acompañada de un Lord. Él expresaba en su mirada, y sin ninguna prudencia, terror absoluto.

«Ops», exclamó Lillah internamente.

De vuelta al salón, Lillah seguía en estado de asombro y confusión sobre sus propios

sentimientos. «¡Debe de ser un sueño!», pensó. Seguía sin creer que Julian la había besado y en vez de separarse y gritarle por su atrevimiento, simplemente correspondió al beso con fervor, como si sus labios estuvieran destinados a tocarse.

Lentamente acarició sus labios sintiendo todavía el sabor de él.

Se mentiría a sí misma si hubiese dicho que solo sintió asco cuando él se acercó a ella para robarle su primer beso, porque no era así. Había sentido cómo poco a poco una fuerte entidad cambiaba su interior. No sabía cómo explicarlo con las palabras exactas, pero solo podía decir que era una sensación llena de calidez.

A pesar de que su corazón se encontraba encerrado en lo más profundo del lago, Julian consiguió debilitarla con tan solo un beso.

Oh, Dios. Cada segundo que pasaba al lado de Julian, sentía su corazón palpar más rápido, asustándola, pero a la vez haciéndola gozar de las sensaciones que solo él era capaz de producirle.

Era como si su alma se volviera más humana, más real.

Al rato contempló entre la multitud cómo Julian entraba en el salón. Sin poder evitarlo, se quedó observándolo fijamente, contemplando todos sus movimientos. No importaba cuántas veces lo negara, Julian había conseguido ganarse completamente su amistad para toda la vida. Aunque era el lord perfecto, había algo que solo ella podía percibir. Algo real y fiel.

Esbozó una traviesa sonrisa tomando la decisión de sacar a la luz la verdadera personalidad de Julian.

Al día siguiente, Julian comprobó cómo su madre no dejaba de observar durante el desayuno, con esa expresión que siempre le dedicaba cuando se metía en algún lío.

Como aquel día en compañía de Luke y Louis, cuando casi fueron expulsados de Harrow por haber pintado todas las paredes de la institución. La idea se le había ocurrido a Louis. Al principio Luke y él se negaron a participar, pero el carisma y las dotes de manipulación de Louis, los embarcó a ambos a participar en esa broma de mal gusto.

Julian se movió de su sitio algo incómodo. Su madre no dejaba de echarle miradas llenas de reproche. ¿Qué pasaba? ¿Qué había hecho? Nada recordó al instante. ¿Entonces qué? Estaba completamente perdido.

—¿Madre? —preguntó con una expresión de temor—. Me asustas. ¿Qué le pasa? ¿Qué hice? ¿Es por el escándalo de Lilah? ¿O el de Lucinda? —se reprochó a sí mismo por haber aceptado las alocadas ideas de Lilah.

Parecía que estaba destinado a seguir de pie a la letra todos los alocados planes de Lilah para toda la eternidad.

—No hablemos de ese escándalo —ordenó Meghan fríamente—. Solo con pensar en eso me duele la cabeza, pero lo que me preocupa es sobre tu compromiso, Julian. ¿Cuándo pensabas en decírmelo? ¿No te da vergüenza dejarme preocupada?

«¿Qué? ¿Compromiso? ¿De qué está hablando mi madre?», caviló. Tenía que ser obra de Lilah. Pero ¿cómo y cuando? En cuanto la viera de nuevo iba a matarla.

—¿Qué?

—Lo sabe todo Londres —siguió—. No sé cómo empezó el chisme, pero todo el mundo sabe que eres el prometido de Lilah.

Julian comenzó a contar hasta cien para poder calmarse y no ir ahora mismo a por Lilah a exigirle respuestas.

Pero su respiración se relajó al recordar que mañana iba a encontrarse con ella y una vez la

tuviera frente a frente, averiguaría el porqué del chisme.

Las labios de Meghan se curvaron en una sutil sonrisa mientras se llevaba la taza de té a su boca. Había cumplido su parte de plan.

Lilah se quedó contemplando a la gran luna que iluminaba la oscuridad del cielo desde el amplio ventanal.

Desde su regreso de la velada no podía concentrarse al recordar cada momento de la noche anterior.

Cerró los ojos pensando en cómo su vida había cambiado de forma tan radical en poco tiempo, pero inconcebiblemente, estaba conforme con el cambio. Tenía otro gran amigo en su vida para siempre.

Oh, Julian.

Pero lo más importante de todo era que seguía siendo el mismo joven que conoció cuando era un muchacho.

De repente, Lilah escuchó unos ruidos haciéndola alejar sus pensamientos.

«Seguramente será de un animal hambriento», razonó sin preocuparse sobre ello.

Pero, de pronto, oyó el ruido que la puerta de su habitación hacía al abrirse.

En ese instante, Lilah se giró paralizada para observar detenidamente al intruso. Era Julian, elegantemente vestido, como siempre. Pero esta vez su pelo estaba despeinado. Todo un semblante salvaje.

En cuanto se recuperó de la sorpresa inicial, Lilah se acercó a él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Sabes el riesgo que corres si alguien te pilla deambulando en los aposentos de una dama? Se formaría un escándalo y estaríamos obligados a casarnos.

Solo con pensar en ello se ponía nerviosa y sentía cómo poco a poco sus manos comenzaban a sudar, como una reacción de nerviosísimo al imaginarse casada.

Aunque tener un marido como Julian no era tan mala idea.

—Ya saben que estamos prometidos, todo el Reino Unido —replicó él, intentando controlarse. No debía alterarse—. Así que, querida, ¿qué hiciste? —preguntó Julian acercándose cada vez más a ella, hasta que pudo sentir su suave aliento—. Si no nos casamos, seré repudiado de la sociedad. ¿Eso deseas? —Lilah abrió la boca para explicar que no tenía la más remota idea de qué le estaba hablando. ¿Compromiso? Sin embargo, Julian no le dejó hablar—. Si no también te van a repudiar y no voy a dejar que hagan eso —murmuró.

Después, con la voz suficiente alta, Julian comenzó a enumerar todos los escándalos que se formarían si se enteraban de que no existía ningún compromiso.

Lilah no sabía cómo hacerle callar, solo había una forma. ¿Debería hacerlo? Qué más daba, era la única manera.

Temblando de los nervios que la atacaban como nunca, se acercó al rostro de Julian y le silenció con un beso. Al comienzo, Lilah notó cómo se tensaba el cuerpo de este, pero comenzó a corresponder enseguida al beso, sorprendiéndolos a los dos.

Como pura magia, empezaron a profundizar el beso, como si los labios de Lilah estuvieran hechos para ser besados por los de Julian.

Los besos que estaban compartiendo se convirtieron cada vez en más ardientes y apasionados.

Era una sensación que jamás había experimentado ninguno de los dos.

Cuando el beso se dio por finalizado, Lilah parpadeó asombrada por lo ocurrido. Julian se

quedó allí callado y pasmado. Sin saber ni qué hacer, mirando a la nada. Se sentía tan apasionado. Jamás pensó que iba a apasionarse tanto como se hallaba en este momento.

—Yo... —balbuceo Lilah mientras movía las manos con temblor—. Lo siento. —Se disculpó y luego se armó de valor para explicarle que no sabía nada sobre el compromiso—. ¿De verdad en el ojo de todo el Reino Unido estamos comprometidos? Te juro que yo no tengo nada que ver con eso —afirmó con sinceridad.

—Está bien —asintió él, creyéndola.

Julian sabía que Lilah no era capaz de mentir. Al fin y al cabo, ella era también conocida por confesar la verdad sin ningún decoro. Si iba a hacer daño o no, no era su problema.

Por eso si le decía que el compromiso no era su obra, entonces era la verdad.

Ahora lo importante era averiguar quién era el culpable del rumor. Sería una tarea complicada, pero como un buen duque lo averiguaría cuanto antes. O, si no, sería demasiado tarde para frenar las habladurías.

—Debo irme, intentaré buscar soluciones. Espero verte mañana.

Julian se despidió de ella y sin esperar a su despedida se giró hacia la salida marchándose de su alcoba.

Necesitaba alejarse de allí antes de hacer una locura como besarla lentamente o como acariciarle todo el cuerpo con dulzura...

¡Maldición! Debía irse antes de que cometiera una deshorna. No quería ni podía arrepentirse de ello más tarde.

Había cometido el pecado más atroz. ¿Por qué? Por estar allí, mirando cómo ese camión blanco se apegaba perfectamente a sus curvas. Una tentación que debía evitar sentir si no quería asustarla.

—¿Julian?

La frágil llamada de Lilah hizo que él se parara en medio de su habitación.

—¿Qué? —inquirió impaciente, sin haberse dado la vuelta ni enfocado su vista en ella.

—Lo siento por el beso, fue mi culpa.

—No, es mi culpa. Yo... —dijo algo incómodo—. Correspondí al beso y no debía. Lo siento —susurró furioso consigo mismo.

—Bueno, adiós —suspiró Lilah dejándose caer en la cama en cuanto vio a Julian marcharse de su recámara.

«¿Cómo ha conseguido entrar?», se preguntó mientras se entregaba a los brazos del mundo de los sueños.

Ya en su alcoba, Julian se quedó examinando al techo mientras en su mente no dejaba de pensar en el increíble beso que había compartido con Lilah. Era normal su reacción. Desde que conoció a Louis, bueno a Lilah, tuvo la tentación de probar esos dulces y rojizos labios. Y ahora que los había probado, dudaba de que pudiera olvidar su aroma y su sabor.

De pronto le sobrevino una increíble idea. «¿Por qué no me caso con ella? Es bella, inteligente y demasiado divertida. ¿Por qué no? Tiene todas las cualidades que necesito».

Pero primero debería irse a dormir, y por la mañana le pedirá la mano a Lilah.

Sonrió satisfecho imaginando cómo sería la cara de Lilah en cuánto se enterara.

¿Tristeza? ¿Felicidad? ¿Odio? Solo esperaba una expresión positiva.

Con esperanza, exclamó entre susurros «¡Qué comience la guerra del amor!».

Capítulo 10

Nuestras cicatrices nos hacen saber que nuestro pasado fue real.

Jane Austen

Lilah estaba a punto de estallar de alegría cuando su tío le comunicó que dentro de poco se marcharán de este horroroso y tedioso baile. Para ella, eso significaba el paraíso.

Buscó entre la multitud a Jane para despedirse de ella, pero no la halló por ningún sitio. Todo había sido culpa de Lady Emily. Si no la hubiese obligado a bailar con ese Lord, que era más aburrido que una ostra, ahora estaría al lado de su mejor amiga planificando sus perversos planes. Pero al menos había gozado cuando ese desdicho lord se indignó de sus comentarios un pocos afeminados.

Sin fijarse bien por dónde pisaba, se tropezó con sus propios zapatos, y aterrizó sobre una mesa. No solo tiró el mantel cuando intentó encontrar su punto de equilibrio, sino que también provocó una lluvia de platos llenos de extravagantes manjares.

Y, justo en ese mismo instante, se descubrió a Julian bailando con una debutante en la pista. Ninguno de los dos vieron el desastre que había creado Lilah hasta que sintieron la sopa manchando sus vestimentas. Y el silencio predominó por todo el salón al instante. Todos las miradas reprochadoras de la gente se enfocaron en Lilah y en el catástrofe que había creado con un simple movimiento.

Ella esbozó una incómoda sonrisa. Aceptaba la realidad. Quería montar un escándalo, pero solo en la zona de los hombres. No quería que todo el mundo se enterara del amor que profesaba hacia los escándalos.

Leonidas parpadeó varias veces para comprobar que Julian de verdad se encontraba allí, en su despacho. Tal vez estaba escuchando mal. Era imposible que un hombre deseara pedir la mano de Lilah sabiendo cómo era ella. Tal vez era por el hecho de que estaba volviéndose loco, seguramente sería eso.

—Entonces, Lord Clark —prosiguió Leonidas—. ¿Desea la mano de mi hermana? —preguntó asombrado—. Sin ofender, ¿se ha vuelto demente? —Volvió a hacerle otra pregunta, pero en inmediato se la contestó a sí mismo—. ¿Qué clase de pregunta era esa? ¡Claro que usted está demente! Si no lo estuviera, ¿por qué desearía contraer matrimonio con ella?

Julian observó divertido la reacción de Leonidas. Dejó que se calmara para luego explicarse.

—Contestando a su pregunta de si padezco una enfermedad mental, la respuesta es no, Lord Bellamy —respondió con una amplia sonrisa en su rostro—. Lady Lilah es perfecta para mí. Es

inteligente, fuerte, tiene un sentido de humor que me fascina y, lo más importante, la considero una gran amiga.

—¿Está enamorado de ella?

—No estoy enamorado de ella, pero la aprecio mucho —se sinceró con él—. Prometo cuidarla y mirarla por toda la eternidad.

Julian se quedó pensando cómo sería despertar cada día al lado de Lilah. Sería un paraíso, además de un placer tener que ver esos bonitos y magníficos ojos verdes cada momento de su vida.

—¿Me dará el permiso de cortejarla?

«Cortejarla va a ser muy divertido ,pero muy divertido», pensó jovial Julian.

—No sé qué decirle, pero tiene toda mi bendición, Lord Clark —accedió Leonidas—. Le aviso de que mi hermana le va a complicar la vida —advirtió preocupado.

—Muchas gracias —dijo Julian levantándose de su asiento—. Pero antes de irme, ¿puedo pedirle un favor? —Leonidas asintió con un silencioso movimiento de cabeza—. Sería mejor si usted le diera la noticia. Yo, yo... —intentó explicar la razón por la que él no podía comunicársela.

—Tiene miedo. —Terminó por él la oración—. Descuide es normal, aunque yo también le tengo miedo. —Leonidas sabía perfectamente cómo se ponía Lilah cuando se enojaba—. Pero no se preocupe. Se lo diré mediante una carta mientras me escapo a América —bromeó causando que ambos se echaran a reír a carcajadas.

Después de conocerse, hasta terminaron siendo buenos compañeros. Se despidieron con cortesía, esperando reencontrarse pronto.

Julian salió del despacho con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba satisfecho de haber conseguido la bendición de cortejar a Lilah. Ahora solo faltaba que ella le aceptara. Sería un complicado trabajo teniendo en cuenta su personalidad. No obstante, al final merecería la pena el esfuerzo.

Mientras tanto, Lilah se encontraba con Jane en la casa de esta, sentada con ella en los amplios y refinados jardines, donde la sublime naturaleza de la vegetación predominaba, sobre todo, las bellas, pero atroces rosas con sus pinchos. Era arte sentir, ver y tocar la perfecta, a la vez que imperfecta esencia natural. El sol iluminando la cristalina agua, el aire movía de un lado a otro las hojas de los árboles y el tacto humano acariciaba la suavidad de la natura.

Suntuosa y cómoda por el agradable clima de primavera, Lilah le contó a Jane sobre lo ocurrido anoche, sin ocultar ningún dato importante. Al principio, no quiso hablarle sobre los besos compartidos entre ella y Julian, pero al final pensó que no podía guardar ese acontecimiento tan especial para ella.

—Era la única manera para hacerle callar —se excusó Lilah al fijarse en cómo Jane la miraba. La hacía sentir como si estuviera mintiendo y estaba comenzando a odiar cada vez más esa sensación de sentirse como la mala del cuento—. Por Dios, te juro que no lo besé porque quería, simplemente quería callarle, pero no sabía cómo.

Lilah se negó a sí misma a aceptar a la realidad de que ella quería besarlo. Bueno tal vez sí quería, pero eso solo sería por curiosidad, además de sentir algo de emoción en su vida. Simplemente era ese el motivo.

—Te creo —respondió Jane no demasiado convencida de la explicación de Lilah.

Estaba firme sobre su tesis de que su mejor amiga estaba completamente enamorada del duque, aunque lo negara una y otra vez. La intensidad, el tono, el timbre de su voz y los ojos emocionados y brillantes la delataban.

—Pero antes cuéntame cómo ha sido el beso. ¿Te gustó? ¿Te encantó? ¿Sentiste lo que las protagonistas describen en sus libros? ¿No has sentido nada, verdad?

Lilah la observó como si estuviera valuando la escena. No podía creerse lo que estaba viendo. Jamás había visto a Jane tan apasionada.

—Mmm... —No sabía qué decirle para salir de ese interrogatorio. Simplemente podía mentir sobre lo que había sentido al ser besada por Julian, pero hacerlo sería deshonesto. Era demasiado noble como para caer tan bajo. ¿Por qué mentir cuando podía decir perfectamente la verdad? Decidió que lo mejor sería utilizar excusas para salvarse de ese cuestionario—. ¡Dios mío! Me he olvidado que debía hacer algo. —Se puso de pie—. Prometo contártelo todo más tarde — prometió Lilah, sabiendo que Jane era una olvidadiza.

Se despidió con tantas prisas que a Jane no le dio tiempo a contestar.

Salió corriendo, nerviosa hasta llegar donde estaba su carruaje esperándola. Por primera vez durante muchos años, sintió miedo. Demasiado. Sobre todo cuando se dio cuenta de que ella ya no era la misma de siempre. Todo había cambiado desde que lo conoció.

Cerró los ojos atosigada. Sintió cómo su corazón latía con furia, asustándola.

Estaba rompiendo sus propias reglas, dejando que alguien se acercara a ella más de lo que debía.

«Ay, Julian, ¿qué me has hecho?», murmuró mientras se tumbaba contra el ventanal del coche, aún con los ojos totalmente cerrados.

Al llegar a la mansión lo primero que hizo al bajar con temblor fue dirigirse al sitio donde solía esconderse desde que tenía ocho años, cuando se enteró de la muerte de su querido padre.

Era una pequeña casa veraniega, ubicada a lado del amplio jardín que poseían.

Un sentimiento nostálgico la atacó al adentrarse en ese diminuto y cálido lugar.

A cada paso que daba, estaba más abrumada por los recuerdos de su padre, imaginándose su dulce risa al contarle anécdotas de su madre y su amor por los libros.

En el momento en que necesitaba tomar un punto y coma de su vida, Lilah se sumergía en la biblioteca llena de historias que guardaría para siempre en su subconsciente.

La sala de la biblioteca estaba como la última vez que la había visitado. Ordenada, limpia de polvos asfixiantes y con aroma a jazmín. Según su padre, era la fragancia de excelencia de su madre.

Siempre que se bañaba, pedía a las doncellas que pusieran en el agua aceites con olor a jazmín solo para sentir esa cercanía que nunca podría mantener con su madre.

Lilah se tumbó angustiada en el cómodo sofá, al mismo tiempo que su vista se enfocaba solamente en el techo. Desde lejos parecía tan quebrado y tan frágil como su alma.

—No sé qué hacer —empezó a hablar a la nada—. Cuando me besó me sentí extraña, pero disfruté gratamente de la sensación. ¿Qué debería hacer? ¿Seguir los dictados de mi corazón o los de mi mente? —preguntó con un crisis de identidad, sin saber cuál era la decisión correcta.

Entre suspiro y suspiro, pasó toda el atardecer contemplando el más allá.

En el momento en que el sol se ocultó entre las tinieblas de la oscuridad, exhaló su último suspiro antes de ponerse de pie y regresar de nuevo a su dulce hogar. Directamente, sin demasiadas ganas de entablar ninguna conversación con nadie.

Raramente se comportaba de esta manera tan deprimente. No se parecía a la Lilah de siempre. Una gigantesca sonrisa trazada en su rostro o donde su piel brillaba de la seguridad que transmitía. Sino, era su peor versión. La mirada baja, los hombros casi en el suelo y su brillo se había convertido prácticamente en un agujero negro.

Poco a poco subió a las escaleras y, al llegar al primer piso, caminó hacia su habitación para

cambiarse después de darse un buen baño caliente.

Pero al estar adentro de su aposento, desechó la idea. Lilah prefería bañarse por la noche y así podía dormir sin ninguna preocupación.

Sentada enfrente del tocador, comenzó a peinar su pelo desordenado por el viento hasta que lo dejó de nuevo liso y sedoso.

Por un buen tiempo, Lilah se quedó mirando su reflejo pensativa.

Odiaba fingir indiferencia. Odiaba mostrarse siempre amigable. Odiaba tener que fingir que todo estaba bien. Ella necesitaba una mano de voluntad para salir del hoyo que cada vez la atraía más hacia dentro.

Sacudió su cabeza, decidida a seguir luchando contra las injusticias de esta sociedad tan opresora con su género.

Lilah tenía claro que jamás dejaría que sus malos pensamientos tomaran el control de su vida.

Sin la ayuda de su doncella, se puso un divino vestido de noche. ¿Cuál era la razón? Solo quería sentirse especial, querida y amada por ella misma.

Verse en el espejo con este vestido de color blanco, con lindos adornos en el cuello, hizo que volviera a sonreír como si nunca hubiera perdido el control de sus emociones.

Con la espalda erguida y con la vista levantada, salió de su cámara demostrando en su caminata seguridad y confianza.

Durante el recorrido, Lilah decidió que esa noche iba a cenar tranquilamente con sus hermanos, comportándose bien.

—Mira, allí viene la futura esposa de Lord Clark —bromeó Iker en cuanto Lilah entró a la sala de estar.

A Lilah le entraron ganas de asesinarlo lentamente y de la peor manera cuando escuchó ese comentario, pero se prometió que solo por hoy iba a ser una hermana ejemplar, así que ignoró completamente a Iker.

—¿Cómo qué futura esposa de Lord Clark? Ah, seguramente es por el rumor que está circulando.

—¿Qué rumor? ¿Qué hiciste esta vez, Lilah? —preguntó James con un tono de preocupación—. ¿Le desfloraste al Lord Clark?

Lilah no sabía si ponerse a reír o a llorar. Su hermano, en vez de preocuparse por ella, se preocupó por Julian. Aunque, la verdad era que comprendía a sus hermanos.

—No tengo ni idea —replicó Lilah jugueteando con sus dedos—. Pero no tiene tanta importancia.

—Ahora entiendo porque Lord Clark quiere cortejarte y casarse contigo —comentó el mayor de los hermanos—. Porque le has mancillado la reputación —siguió con humor.

—Espera... ¿Qué? —Elevó su tono de voz sin poder controlarse.

Lilah intentó calmarse. Alterarse no le iba a servir de nada. ¡Era imposible que Julian quisiera casarse con ella! No porque él era duque, sino porque ambos había decidido a ser solo amigos. No le importaba si iban a criticarla más si la sociedad no la viera casada con él después del rumor. Ya estaba acostumbrada a ser la oveja negra de la alta élite.

—No pienso casarme con él. —Negó varias veces con la cabeza—. Dime que no has aceptado que él me corteje —exigió casi amenazante.

—Sí, lo hice —respondió Leonidas, comenzando a sentir temor en sus entrañas.

Lilah se levantó de su sitio y salió de la sala sin dejar que Leonidas terminara lo que iba a decir a continuación

—¿Deberíamos rezar por Julian? —preguntó una vez a solas con sus hermanos.

—Creo que deberíamos —contestó James.

—Alguien va a sufrir —añadió mientras los otros dos lo afirmaban con un ligero movimiento de cabeza—. ¡Ahora a comer!

Comenzaron a comer como si nada hubiese ocurrido.

—Por cierto me llegó una carta de nuestro tío —dijo Leonidas, interrumpiendo el silencio del comedor—. Se va a vivir a Escocia durante una temporada.

—Me encantaría estar con él —confesó Iker haciendo un triste mohín con sus labios.

Julian se encontraba en su habitación, revisando algunos documentos importantes.

Sabía que debería estar durmiendo a estas horas de la noche, pero sentía que le iba a pasar algo ahora mismo. No sabía el por qué, pero lo presentía.

Efectivamente, se le cumplió su presentimiento cuando vio cómo la puerta se abría abruptamente, apareciendo ante él una enfadada Lilah.

—¿A qué se debe el placer de la visita, querida? —inquirió fingiendo inocencia. Julian sabía perfectamente la causa.

—¿Tu esposa? ¿Te has vuelto loco? —explotó Lilah con unas enormes ganas de quitarle esa estúpida sonrisa que tenía en ese momento—. Todo este tiempo fingiste ser mi amigo cuando lo único que deseabas era que yo fuera tu esposa. —Dejó de hablar por unos instantes para recuperar su agitada respiración—. Para tu información, me niego casarme contigo —espetó cruzándose de brazos, sin dejar de fulminarle.

Julian no dijo nada. Simplemente se limitó a apretar los labios, furioso. No podía creer lo que le estaba diciendo Lilah. ¿Fingir ser su amigo? Él nunca había fingido. Además, cuando estaba a su lado su verdadero ser flotaba fuera de su cuerpo.

—Cálmate —le pidió levantándose del sillón—. Nunca he fingido ser tu amigo —enfaticó con seguridad—. De verdad, quiero serlo. Además, si lo piensas bien, nuestro matrimonio sería todo un beneficio para ambos. Nos estimamos, somos buenos amigos, lo pasamos bien juntos y tenemos mucho en común. —Se acercó a ella y tomó su mano con delicadeza—. Solo déjame cortejarte. Si al final no quieres casarte conmigo, lo entenderé.

Julian no pudo reprimir las ganas de abrazarla. Apretó el cuerpo de ella contra el suyo.

Lilah se sorprendió por el abrazo cálido que le estaba proporcionando Julian, pero no se separó de él. Era la cura que necesitaba, pensó ella cerrando por unos instantes sus párpados, aspirando la dulzura de su fragancia.

Julian tenía razón. Contraer nupcias con él era lo ideal.

Podría seguir siendo la misma dama que era sin la necesidad de cambiar su personalidad, nunca se iba a enamorar de él y Julian sería su fiel amigo hasta que la muerte los separara.

—Acepto —murmuró dejándose llevar por los furiosos latidos de su corazón—. Dejaré que me cortejes, pero solo porque me parece buena idea. Pienso que un matrimonio entre nosotros sería perfecto. —Se separó de sus brazos. ¿Por qué se estaba sintiéndose vacía ahora que se había separado de Julian?—. Entonces nos vemos mañana, adiós.

Se marchó con la misma rapidez que había venido, como si nunca hubiera ocurrido.

Julian quería preguntarle cómo consiguió entrar con tanta facilidad, pero no pudo cuando Lilah desapareció como por arte de magia.

—Por lo menos he conseguido su permiso de cortejarla. Eso es todo un logro.

Julian estaba más preparado que nunca. Iba a ganar sí o sí.

Capítulo 11

*Sus propios pensamientos y reflexiones eran habitualmente sus mejores compañeros.
Jane Austen*

—¿Estás segura de esto, Lilah? —preguntó James al verla confundida—. Si quieres puedes regresar...

Lilah lo interrumpió.

—Debo hacerlo, James —replicó convencida—. Ella nos necesita, ¿no? Y ese desgraciado no se puede quedar sin castigo.

James asintió, sintiendo cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Por qué se dejaba convencer por su hermana? Sabía la respuesta: nadie rechazaba a Lilah. Esa bruja andante era un as de la manipulación emocional.

—Pero es demasiado...

Lilah volvió a cortarle el hilo, impaciente.

—Como digas que es demasiado peligroso para una dama, te juro que te arrancaré la cabeza ahora mismo. Oví? —pronunció lo último con un impecable acento francés, dejando a su hermano mudo.

James no comprendía cómo un rostro tan angelical como el de Lilah podía tener una personalidad tan demoníaca. Quién fuera el esposo de su hermana, que Dios lo protegiese. Aunque dudaba de que Lilah se casara alguna vez. Solo con entablar unos segundos de conversación con ella, cualquiera desearía huir a América antes que unirse a una mujer como Lilah.

—No —negó para su salvación—. Iba a decir que esto será demasiado para mí, capitana —mintió descaradamente, esbozando una incómoda sonrisa para que no se notara.

—Sé que estás mintiendo, pero solo por esta vez te lo voy a perdonar. ¿Sí? —dijo lo último en Italiano, acercándose a él. En un solo movimiento lo cogió de la camisa—. Vuelve a mentirme y lo último que verás será a mí. Ahora compórtate como es debido y vamos a darle una lección a ese desgraciado —añadió con una sonrisa que daba demasiado temor.

James tragó la saliva, nervioso, pero se recuperó en el momento en que empezó a pensar en ese canalla. Lo odiaba como nunca había odiado a alguien. Ese sinvergüenza desfloró a la mujer que él quería. Tal vez no la amaba, pero sí la tenía en la alta estima. Y había llegado el día de hacerle pagar sus pecados con la ayuda de su invencible hermana, Lilah.

Antes de comenzar la dulce venganza, James rezó. No por ellos, sino por Lord Riley, porque su destino ya estaba determinado. Lilah lo iba a desterrar vivo solo con observar su sombría expresión.

Esa misma noche, las desconocidas de la fiesta estaban en su aposento, festejando por su logro. Habían logrado que el plan saliera a la perfección. Y en un solo momento habían conseguido que más de la mitad de la alta sociedad pensara que Lilah y Julian se iban a prometer.

—Por fin —dijo Noelle a su hermana Cornelia, quien se encontraba tumbada en su amplia cama matrimonial, leyendo un libro—. Según lo que me han comentado varias criadas, Lord Clark ya ha ido a casa de Lord Bellamy para pedir la mano de Lady Lilah.

—Lo sé, lo sé —repuso Cornelia esbozando una traviesa sonrisa—. Llevamos años deseando que esta unión se haga realidad.

—Cierto —respondió—. Ojalá nos inviten a la boda, pero antes necesitamos convertirnos en su amiga. Pero la cuestión es cómo lo conseguimos.

—Causando escándalos.

—Eres una genio, hermana.

Cornelia se encogió de hombros.

—Lo sé, lo sé —rio—. Parece que pronto nuestra pareja estará junta en Hyde Park.

No era un hecho, sino una suposición. Un don especial que poseía Cornelia.

Noelle se tiró encima de su hermana, abrazándola delicadamente.

—Vamos a unir a la pareja más perfecta de todo el Reino Unido.

Cornelia asintió, correspondiendo al abrazo.

—*No es el tiempo ni la ocasión los que determinan la intimidad: es solo el carácter, la disposición de las personas* —citó la frase de Jane Austen.

Al día siguiente, Lilah bajó a desayunar temprano. En el comedor se reunió con sus hermanos.

—He decidido aceptar que Julian me corteja, pero con una condición —anunció mirándolos con una sonrisa llena de pura maldad.

—¿Cuál ¿? —preguntó Iker contemplando con miedo a Lilah.

Conocía perfectamente esa mirada. Era la que siempre utilizaba cuando tramaba un malévolo plan.

—He tomado la decisión de cortejar a Julian. —Observó cómo sus hermanos tragaban sus propias salivas—. ¿Qué? ¿Solo los hombres pueden hacerlo? No es justo —se quejó cruzándose de brazos y mirándolos con una expresión divertida—. Además, solo quiero cortejarlo. Será muy divertido, ¿no creéis mis queridos hermanos?

—Nosotros te apoyaremos en cualquiera decisión que tomes, ¿verdad chicos? —comentó James.

Sabía perfectamente que nunca debían decir no a algún plan de su hermana o las consecuencias serían muy crueles.

Leonidas e Iker asintieron con un ligero movimiento de cabeza.

—Perfecto —comentó ella con una amplia sonrisa—. Entonces, nos vemos después —se despidió de sus hermanos dejándolos atónitos con su comportamiento digno de una reina.

Se dirigió al jardín para recoger flores que luego les regalará a la familia Clark.

Todo estaba yendo cómo lo tenía planeado, conseguiría a Julian y tendrá un gran aliado como esposo. Aunque nunca había deseado casarse, Julian era perfecto para ella. Todo iría bien mientras no se enamorase de él.

Después de recoger las flores, caminó hacia la cocina. Al llegar, se encontró con la cocinera limpiando un desastre que había en la encimera.

—Emma —la saludó sonriente—. Necesito cortejar a alguien y quiero conquistarlo mediante comida —comentó sin dejar que la pobre cocinera respondiera su saludo—. Déjame preparar la comida —pidió haciendo un tierno puchero.

—Lady Lilah, ¿cuántas veces he de decirte que debe comportarse como una dama? —la regañó Emma. Se sintió mal consigo misma al ver cómo Lilah seguía haciendo un triste puchero—. ¡No me mire así, jovencita! —exclamó levantando las manos en el aire—. Vale, puede preparar todo lo que desee.

—¡Gracias! —Le agradeció mientras se tiraba encima de ella para darle un breve abrazo—. ¡Vamos! —animó al lugar con su alegría.

Antes de comenzar todo lo que Lilah tenía pensado, Emma limpió el desorden para poder comenzar la preparación de los manjares sin ningún problema.

En cuanto finalizaron con la preparación de diversos dulces, Lilah se despidió de Emma y se encaminó a su habitación para ponerse uno de sus mejores vestidos que poseía. No solía preocuparse demasiado por la ropa o por su físico, pero esta vez merecía la pena. Quería que todo estuviera perfecto. Quería dejar a Julian deslumbrado. Quería ser especial para él.

En su aposento, pidió a una de sus doncellas que le preparara el baño.

Mientras la doncella traía el agua caliente, Lilah se quedó pensando en cómo podía ganarse la familia de Julian. ¿Siendo ella misma o fingiendo ser otra persona? Sacudió la cabeza. Jamás fingirá en algo que no era. Su futura familia debería amarla por lo que era.

Lilah no entendía por qué estaba un poco insegura sobre sus capacidades sociales. ¿Por qué la familia de Julian iban a odiarla? No era una mala persona, solo una dama transparente, demasiada sincera. No ocultaba su descaro, ni era hipócrita ni tampoco ocultaba su lema de vida. Su único pecado era haber nacido mujer y con la suficiente razón para luchar contra las injusticias que ejercía el sexo dominante.

Después de un refrescante baño, Lilah se sintió más cómoda. Todas las malas vibraciones se habían esfumado en el momento en que su piel se impregnó de dulces fragancias.

Lilah pidió a la doncella que la ayudara a vestirse.

—Manos a obra —exclamó risueña.

La joven doncella de ojos castaños amaba trabajar para Lilah. Era divertida, amable y respetuosa. La trataba como si fuera una persona, no como una sirvienta.

Esperaba que su señorita se casara con un buen caballero y velaba por su bienestar.

—¿Me quedará bien este vestido, Anna?

La doncella se quedó en silencio, contemplando fijamente el vestido. Era de color rosa claro, con una textura floral. Tal vez era un diseño simple, pero era demasiado lindo. Además, con la piel sedosa y pálida de Lilah, el vestido le sentaría como a una diosa.

—Sí, milady —asintió con seguridad, curvando sus labios en una tenue sonrisa.

—*Parfait*.

Otra perfecta cualidad de Lilah era su dominio en las lenguas.

Lo primero que hizo Anna fue ponerle una camisola blanca de algodón, después varias capas de enaguas y finalmente el corsé y el vestido que había elegido anteriormente.

Llegó el momento de retocar el pelo, después de que Anna lo secara varias veces con la toalla hasta que no quedó ni una gota de agua.

—Con su belleza, la trenza francesa le quedará divina, milady.

Lilah aceptó la sugerencia de Anna. Confía plenamente en ella y en sus talentos.

—Listo, milady —dijo Anna al terminar los últimos detalles del peinado.

Lilah admiró su físico en el espejo del tocador. Como siempre, Anna había hecho un gran

trabajo sacando a relucir toda su belleza. Sonrió como nunca lo hubiera hecho. Sus ojos verdes brillaban de la emoción. Estaba tan hermosa como segura, y sintió la necesidad de irse a luchar por todos sus deseos.

Como Anna era tan eficiente y perfeccionista, Lilah decidió que estuviera con ella en el viaje. Cosa que alegró a Anna a quien estar con su señorita la hacía más feliz que una regaliz.

Cuando lo tuvieron todo preparado, Lilah bajó las escaleras con tranquilidad, seguida de estaban Anna y las criadas, quienes cogían las cestas. Le habría gustado ayudarlas, pero conociendo como eran, dudaba de que la dejaran hacerlo.

En la fuente principal de la mansión la esperaba el carruaje esperando. Se despidió de ellas y se subió junto con Anna al coche en dirección a casa de los Clark.

Estaba tan emocionada que quería llegar en ese mismo instante.

Meghan y Lucinda se encontraban tomando el té y charlando entre ellas sobre cualquier tema que fuera lo suficiente interesante cuando la puerta se abrió de repente. El mayordomo reclamó su atención para anunciar la visita de Lady Lilah.

Sin esperar la contestación de la dueña, Lilah entró en el salón como si fuera la dueña del lugar, dedicando coquetas sonrisas a las meras espectadoras.

—¿Qué tal se encuentran? —preguntó con amabilidad, sentándose a lado de Meghan—. Espero que bien

—Me encuentro bien, pero ¿es verdad que le diste permiso a mi hermano para que te corteje? —preguntó Lucinda, curiosa. Se había sorprendido mucho cuando se enteró de ello.

—Sí.

—¿De verdad? Me alegra escuchar eso. Eres perfecta para él —repuso Meghan satisfecha con la idea de que Lilah se uniera a la familia.

—Pero él no me va a cortejar —declaró—. Yo soy la que le va a cortejar a él.

Fue todo un escandalo de declaración. Lilah contempló divertida las caras atónitas de Meghan y de Lucinda y prosiguió hablando, pero esta vez sobre otro tema.

—Os he traído una cesta llena de comida hecha por mí y otra llena de flores que he recogido personalmente —explicó mientras señalaba las cestas que tenía su doncella—. Tengo hambre, ¿desean probar las galletas que he hecho?—preguntó Lilah.

—Sí. —Le contestaron las dos a la vez, así que Lilah, junto con Anna, cogió las galletas que habían en la cesta y las puso en el plato.

Tanto Lucinda como Meghan comenzaron a comerlas, saboreando su rico sabor.

—Esto está muy rico —elogió Meghan.

—Es verdad —afirmó Lucinda.

—¡Muchas gracias! —agradeció Lilah, sonrojada por los cumplidos—. La verdad, cocinar siempre se me ha dado bien, aunque todo lo hago se me da magnífico —dijo sin modestia alguna.

Meghan y Lucinda se echaron a reír a carcajadas por la alta autoestima que Lilah poseía.

En ese momento, Anna se disculpó pidiendo a su señorita permiso para regresar a casa, ya que había recordado que debía realizar un recado para el señorito. Lilah asintió, dejándola marchar.

Se quedaron toda la tarde conversando entre ellas, sobre todo mientras Lilah esperaba que Julian apareciera, así podría comunicarle la decisión que había tomado.

Julian se pasó toda la mañana trabajando en su despacho. Deseaba con toda su alma llegar a su habitación y tomar un descanso.

En cuanto pudo terminar con el interminable trabajo, caminó hacia el salón para hablar con su familia antes de irse a dormir, sin saber que el destino le tenía preparada una gran sorpresa.

Julian entró a la sala de estar con una expresión de cansancio, pero su rostro se iluminó cuando vio a Lilah riéndose con su madre y su hermana. «¡Qué sonrisa más bonita tiene!»», pensó Julian quedándose embobado con la belleza de su futura esposa.

—¿A qué se debe el gran placer de tu visita, milady? —preguntó con educación, acercándose a ella.

La melodiosa y ronca voz de Julian causó que el corazón de Lilah se sobresaltara.

—¡Madre! Debemos ir a la modista, ¿recuerda? —Meghan miró confundida a su hija, pero al final se dio cuenta de su plan—. Hijo, la dejamos en tus manos. ¿La cuidarás bien, verdad?

Lucinda tomó del brazo a su madre y salieron del salón para dejar a solas a la pareja como niñas ilusionadas.

—Deseo cortejarte, Julian —le comunicó Lilah en el momento en que la puerta se cerró.

Al principio no sabía cómo decírselo, pero en cuanto Meghan y Lucinda se marcharon de allí, recuperó la confianza.

Dejó a Julian estupefacto por su comunicado. Tal vez su oído había escuchado mal, era imposible que ella deseara cortejarlo. Ese era el trabajo de un caballero, pero conociendo que a Lilah le encantaba romper las reglas establecidas, no era tan extraño que quisiera hacerlo.

Julian se acercó tanto a ella, que Lilah tragó saliva, nerviosa y anhelante de sus caricias.

—¿Tienes fiebre? —Las cálidas y fuertes manos de Julian tocaron la frente de Lilah para comprobarlo.

—Estoy bien —susurró Lilah.

Sintió cómo sus mejillas comenzaban a sonrojarse, convirtiendo su pálida piel en un color rojizo pasión.

—No me toques, no me gusta —mintió descaradamente, intentando alejarse de allí, pero sus pies no se movieron.

Se quedó en su sitio paralizada, deseando que la besara.

—Lo siento —se disculpó Julian avergonzado. Quitó sus manos de su frente—. ¿Te estoy poniendo incómoda?

—No es eso —negó—. Es que cada vez que me tocas, cada vez que estoy cerca de ti, mi corazón no deja de latir de una manera inexplicable, y me vuelve loca —se sinceró Lilah.

Julian abrió la boca, anonado por la confesión. No sabía qué decir ni qué hacer. Aunque la comprendía perfectamente. Cada vez que se encontraba a su lado solo pensaba en besarla, en compartir momentos especiales juntos y en ser parte de una fuerte unión.

—¿Entonces, quieres cortejarme? —A Julian solo se le ocurrió decir eso—. Sería todo un placer ser cortejado por ti —pronunció con sinceridad y ternura.

Estaba tan encantado con todo eso que no podía dejar de sonreír con dulzura.

Cuando vio el rostro sonriente de Lilah, su interior se iluminó como las estrellas.

—Gracias. ¿Qué tal un abrazo para celebrarlo?

Julian aceptó maravillado. Solo con pensar en tener a Lilah entre sus brazos se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Poco a poco, se fundieron en un cálido y delicado abrazo. Cuando los dos levantaron la vista, la mirada de Julian se fijó en sus ojos verdes. Profundizó en ellos, contempló cada movimiento de sus pestañas, cada facción de su rostro, de sus labios. Sus manos fueron a parar a su cintura y pegó su cuerpo al de ella, notando cómo las manos de Lilah le acariciaban el rostro.

—¿Sabes cuán loco me tienes? —susurró en una voz varonil.

Sin más espera, besó sus labios con delicadeza mientras sus almas se unían en una espiritual danza de movimientos.

Cuando el beso se dio por acabado, Lilah se separó de él y lo miró sorprendida, pero con una expresión alegre en su rostro.

—Por primera vez, estoy de verdad feliz, y todo es gracias a ti.

—No —negó—. Es gracias a ti, Lilah.

Julian le acarició el rostro con suavidad, muy lentamente. Dicha caricia provocó que Lilah sufriera agradables sensaciones recorriendo su cuerpo.

—No sé qué he hecho para merecerte, pero eres increíble. Eres una gran chica y estoy encantado de tenerte como mejor amiga. ¡Tengamos un gran futuro!

Después de que su relación se volviera más estrecha, se quedaron charlando hasta que Lilah se dio cuenta de que debía regresar a su hogar.

Al llegar a la mansión y, antes de irse a su aposento, Lilah se dirigió donde solía ir cuando quería dedicar algunas palabras a sus padres.

—Estoy feliz —su sonrisa se ensanchó—. Voy a cortejar a un gran hombre. —Se calló unos segundos y luego retomó la conversación—. La verdad, deseo casarme con él porque nuestro matrimonio sería maravilloso, ¿no lo creen? Nos respetamos, nos estimamos y lo más importante es que nunca lo amaré —cerró los ojos dejándose llevar por el sueño.

Capítulo 12

*Conoce tu propia felicidad.
No desea nada más que paciencia,
o darle un nombre más fascinante, llámalo esperanza.*
Jane Austen

Lilah miró el cielo despejado donde en él habían estrellas por todo el alrededor pero la luna era la protagonista de la noche.

Suspiró cerrando los ojos, disfrutando del refrescante aire antes de volver a esa aburrida y sofocante fiesta.

Gracias a Dios que hoy sería el última día de la temporada donde sería declarada oficialmente como solterona.

Las propuestas de «amor», si alguna vez las recibió, dejarán de existir.

Ya no tendría que fingir que le agradaba estar en compañía de caballeros sosos que solo le producían sueño cuando intentaba entablar una interesante conversación con ellos.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo una voz masculina, interrumpiendo el momento de paz de Lilah—. Una buena noche, ¿no, querida?

Lilah se dio la vuelta, encontrándose con Lord Riley. Era el hombre más desagradable y cruel que jamás pensó que conocería. Pero no sintió ni una pizca de miedo cuando vio su oscuro semblante. Le era totalmente indiferente. Ni tampoco tragó saliva al verle cerca de ella con las manos apretadas,

Analizándolo en silencio podía notar su enfado.

Le sonrió, orgullosa de haberle dado esos golpes. Se lo tenía merecido por intentar forzar a una pobre dama.

—Pensé que no ibas a aparecer en la fiesta después de lo ocurrido. ¡Tu rostro está hecho un desastre! ¿Qué te pasó, milord?

Lilah fingió no tener ninguna idea cuando en realidad ella había sido la principal protagonista de que Lord Riley tuviera el rostro casi desfigurado. Aunque debía sentir remordimiento por haberse comportado de esa manera tan salvaje, cada golpe que le había propinado fue un regalo de bienvenida. Un ser como él merecía vivir en el infierno.

—¿No debería estar oculto en el bosque? ¿O acaso quiere asustar a inocentes niños? —inquirió con falsa inocencia.

—¡Basta ya de fingir inocencia, diablo! Usted fue la que me destruyó la vida. Me vengaré de usted. No sé cuándo, pero lo haré. Tú, bruja, mereces sufrir lo que he sufrido estas últimas semanas.

Lilah soltó una carcajada. Fría e insensible. La imagen que amaba dar a todo el mundo.

—¿Sufrir? Si le he dejado perfecto. Como debió estar siempre. Usted no merecía de la belleza que poseía cuando su corazón está podrido por dentro. ¿Cree que hice un buen trabajo con usted? Ahora tanto su físico como su alma se complementan.

—Usted es...

Lilah lo paró, riéndose con saña.

—Calma, bestia. ¿No querrá que le metan en el calabozo por atacar a una inocente dama, verdad? —preguntó, negando ligeramente la cabeza—. Bueno, me encantaría seguir hablando con usted, pero debo irme. ¡Cuidese pequeña bestia! Le hace demasiada falta.

Lilah se alejó de él caminando hacia la entrada de la casa, cuando de repente la voz de Lord Riley la detuvo.

—Te prometo que te vas a arrepentir de esto.

—No haga promesas que no puede a cumplir, milord —provocó Lilah antes de desaparecer de allí.

Jane no podía dejar de observar la sonrisa embotada de su mejor amiga. Desde que Julian había entrado en su vida, se había convertido en otra persona completamente diferente. Se la veía muy feliz, y Jane estaba contenta por ella. Se lo merecía por todo lo que le había pasado en la vida. Aunque los padres de Jane habían muerto también, al menos ella pudo conocer a su madre.

—Entonces, ¿os habéis besado? —preguntó con emoción—. ¿Y cómo fue? —volvió a preguntar, queriendo saberlo todo.

Desde el primer día, Jane sabía que Lilah se encontraba totalmente enamorada de Julian, como Julian lo estaba de ella, pero eran demasiado ciegos para aceptar lo que sentían.

—El beso que nos dimos fue increíble —confesó Lilah sin poder evitarlo—. Sentí como..., como si solo nosotros existíamos en este mundo. —Sacudió varias veces la cabeza viendo la expresión de Jane—. No, no estoy enamorada de él, simplemente lo quiero como amigo

A Jane le entraron ganas de matarla por ser tan ciega con sus sentimientos.

—Claro que te creo, Lilah —ironizó.

—No me gusta esa mirada —le espetó gruñona—. Te estoy diciendo la verdad.

Al sentir que aún no convencía a su mejor amiga, soltó varios gruñidos. ¿Por qué era tan complicado de entender que jamás iba a enamorarme?

Amor era dolor. No amor, no dolor.

—Sí, acepto que me hace sentir cosas extrañas, pero eso es solo amistad.

Lilah esperaba que con ese comentario podría demostrarle a Jane que lo único que profesaba por Julian era una pura y bonita amistad. Nada más que eso.

—Quedamos en encontrarnos mañana en Hyde Park. ¡Estoy tan emocionada! —comentó entre suaves risas.

—Y yo te voy a poner demasiada bella —repuso Jane, decidida a ayudar a su mejor amiga.

Lilah no necesitaba ponerse hermosa cuando poseía una increíble belleza que hubiera conseguido muchos pretendientes, pero dada su personalidad, los caballeros se alejaban de ella en cuanto se acercaba. Le tenían mucho miedo.

—Vale —aceptó al instante, sin cuestionárselo.

Lilah confiaba plenamente en que Jane era capaz de dejarla hermosa para Julian.

¿Por qué estaba haciendo eso? No quería ser como las demás damas, pensó Lilah enfadada consigo misma por convertirse casi como las otras féminas de la sociedad.

Decidió dejar de lado esos pensamientos rebosantes de frustración.

—¿Debería aceptar el matrimonio con Julian? Siento que debería hacerlo.

—Lo mejor que puedes es hablar con él —aconsejó Jane—. Pero si quieres mi consejo, cástate con él. ¿Te parece mejor si tú le pides matrimonio?

Jane sabía que se iba a arrepentir por esa loca idea, pero ya que Lilah había decidido cortejar a Julian, ¿qué importaba si Lilah también le pedía la mano?

—Estás aprendiendo de la mejor, o sea, de yo. —Se echó a reír—. Me siento muy orgullosa de ti. —Tocó sus ojos fingiendo que estaba limpiando lágrimas de felicidad—. Sí, le voy a pedir la mano. ¿Deberíamos celebrar una boda o fugarnos? Puedo ir a por él para secuestrarlo y llevarlo a rastras hasta a Greta Green si no acepta mi propuesta de matrimonio. ¿Sabes? Me voy a mi casa a planearlo todo.

Jane se rio, asintiendo.

Lilah se despidió de Jane con un cálido abrazo.

Cuando llegó a la mansión, lo primero que hizo fue ir a la cocina, donde necesitaba todas las armas para que sus hermanos la ayudaran, excepto Iker, ya que el maldito había huido a Escocia. Pero James y Leonidas la iban a ayudar sí o sí, no tenían elección si querían sobrevivir.

Entró en la habitación de James, quién desde ayer había regresado a la casa principal para descansar antes de volver a su residencia de soltero.

Lilah observó desde lejos cómo su hermano dormía tan tranquilamente, pero pronto estaría todo mojado con agua. Rio cruelmente solo con pensarlo.

Al llegar a la cama de James, le echó encima toda el agua que había en la vasija.

—¿Qué carajo? —maldijo James levantándose para ver quién era el culpable—. ¡Delilah! ¿Por qué lo has hecho?

Lilah, sin poder evitarlo, comenzó a reírse a carcajadas. James estaba muy gracioso todo mojado. Parecía todo un tierno gatito.

—No te rías —espetó—. Si no fueras una mujer, te hubiera golpeado.

—Tú no puedes golpear ni una mosca. Además, sabes que golpeo mejor que tú. —James no podía negar esa afirmación, Lilah era muy buena peleando—. Necesito tu ayuda —dijo, alejándose de la cama.

—¿Ayudarte? —inquirió arreglando su pelo despeinado.

—Si te sirve de consuelo, iré a molestar a Leonidas también. Vístete y baja lo más rápido que puedes. ¡Te veo en la biblioteca! —ordenó sonriendo con triunfo, y saliendo de la habitación.

James suspiró. No tenía elección. Solo le quedaba rezar para que Lilah se casara pronto y todo estaría bien.

Antes de ir en busca de Leonidas, Lilah se dirigió hacia el lago, situado al lado de la casa, para coger una rana, el animal que su hermano más odiaba en este mundo. Eligió a la más fea y la más pequeña que había en el charco. Y luego, llena de maldad, se encaminó al despacho para darle una gran sorpresa a Leonidas.

Al llegar a su destino, se adentró sin pedir permiso. Después de todo, ella era la reina de este lugar. Halló a su hermano mayor concentrado, escribiendo en unos papeles de suma importancia, sentado en su escritorio.

—¡Leonidas! Dame tu mano, por favor —pidió Lilah haciendo un tierno mohín, fingiendo que era un ángel devoto. Uno que para nada creaba problemas.

Leonidas iba a preguntar por qué necesitaba su mano, pero en cuanto vio la cara de Lilah, no pudo preguntárselo. No perdía nada haciendo caso a su hermana, aunque era a siempre era el diablo personificado. Así que le dio su mano, confiando en ella.

Lilah le puso algo que se le movía en la mano y se la cerró, sin dejar que él viera qué era. Cuando sintió cosquillas, decidió abrir el puño, encontrándose con una horrible rana.

—¡Delilah! ¡Ayúdame! ¡Por favor! —comenzó a gritar mientras pedía ayuda—. Por favor —suplicó con temor—. Prometo hacer lo que quieres, pero quítamela.

Lilah, orgullosa de su otro logro, le quitó la rana.

—Te veo en la biblioteca. ¡No tardes! —Salió Lilah mientras acariciaba con ternura a la rana.

Más tarde, en la biblioteca, los dos hermanos se quedaron esperando a la joven que tenía la capacidad de producirles terror y miedo con solo sentir su respiración.

—¡Me ha despertado tirándome un cubo de agua encima! —exclamó James enfurecido—. Estaba durmiendo tan a gusto —lloriqueó—. ¿Por qué es tan cruel? No comprendo cómo Lord Clark quiere casarse con ella. Aunque es bella, su personalidad asusta a cualquier caballero. Estoy seguro de que Julian va a terminar en un sanatorio en cuanto se case con nuestra hermana.

—Lord Clark es perfecto para Lilah —replicó Leonidas—. Solo tenemos que ayudar a Lilah con lo que quiere y seremos libres de ella en cuanto se case. ¡Celebrémoslo!

Leonidas oyó como una voz femenina carraspeó. Al girarse se topó con los ojos de una alegre Lilah.

—¡Cuánto amor me tienen! —Cuando Lilah terminó de aplaudir, se sentó cruzando sus piernas. Antes de hablar, tosió para preparar mejor el tono de su voz—. La razón p.o. la que estáis aquí es porque quiero pedirle matrimonio a Lord Clark y vosotros me ayudareis a preparar la mejor fiesta de compromiso.

—¿No es eso el trabajo de una mujer, preparar las fiestas? —preguntó James.

Lilah cogió un gigantesco libro que tenía a su lado y se lo tiró a la cara.

—Eso te pasa por abrir la boca cuando no deberías —musitó ella.

—¿No ese no era el talento de Iker? —contraatacó él.

—¿Pueden dejar de pelear como niños pequeños? —gritó Leonidas. No tenía ánimos para aguantar otra tonta pelea de sus hermanos—. Te vamos a ayudar a preparar a la mejor fiesta. Te lo hemos prometido.

—¡Gracias! No os vais a arrepentir de vuestra decisión. —Esbozó una sonrisa poniéndose de pie—. ¡Ahora podéis iros! —Se alejó de la biblioteca con elegancia, dejando atónitos a sus hermanos.

—Si Lilah fuera una reina, tendría a todo el mundo bajo control —comentó James, asombrado por el comportamiento de su hermana.

—Tal vez es hija de unos reyes. ¿Por qué no investigamos y se la damos a ellos? —dijo en voz alta lo que estaba pensando Leonidas.

—Tal vez, pero Lilah es igualita físicamente a nuestro padre —murmuró James, extrañando a sus padres.

De repente, la biblioteca se quedó en total silencio.

—Los extraño —dijeron los dos a la vez, rompiendo el incómodo silencio que hizo acto de presencia—. Por nuestros padres haremos que Lord Clark y Lilah tengan la mejor ceremonia.

Capítulo 13

El odio es la demencia del corazón.
Lord Byron

Lilah gritó furiosa después de leer la correspondencia. Ella no solía ser una persona que perdía los estribos, pero esta vez lo hizo.

Empezó a romper la carta a pedazos. ¡Maldita sea! ¿Cómo podía hacerle eso a ella? Lilah juró ante Dios que no iba a descansar hasta conseguir su dulce venganza. No iba a dejar que su mellizo sufriera por culpa de una «fulana» que le había destrozado el corazón. Sin pensarlo, se puso de pie. Respirando profundamente, intentó calmar su respiración agitada.

La maldita Lady Brianna no iba a salirse con la suya. No, con sudor y lágrimas lograría jorobar su vida por completo. Pero se quedó en el sitio paralizada cuando un pensamiento se le coló de repente en su mente. ¿Era una mala persona? ¿Era cruel?

Negó varias veces con la cabeza. Ella era buena persona. Sí, lo era. Simplemente buscaba justicia en ese cruel e injusto mundo. Sería una batalla dura, pero lo lograría. Toda bondad vencería a la maldad.

Abrió el primer cajón de su escritorio, que era de un estilo barroco, y sacó de él unas afiladas tijeras. Comenzó a cortarse el pelo mientras se miraba fijamente en el enorme espejo de su tocador. Una sonrisa afloró a sus labios cuando vio lo magnífico que era su nuevo cambio de look. Su sedoso pelo estaba en la altura de su barbilla.

Se sentía libre. Como si fuera una mariposa. Solo le faltaba tener alas para volar al más allá.

Se levantó del enorme sillón, encaminándose hacia su cama y, en un instante, se tumbó en ella cerrando los ojos, sin dejar por un momento sonreír.

—El Fénix renació, preparaos para la nueva guerra. Empezaré contigo, Lady Brianna.

Tras recibir una carta de Lilah, donde le explicaba que quería encontrarse con él para hablar sobre algo importante, Julian pidió ayuda a su madre y a su hermana para que hicieran de carabinas mientras se encontraba con ella paseando por Hyde Park. Un parque de excelencia en Londres.

Ahora se encontraban paseando juntos y con Meghan y Lucy cerca, encantadas con la situación.

—Se nota que se quieren mucho, madre —dijo Lucinda observando detenidamente a la pareja feliz—. Solo falta que acepten sus sentimientos. ¿Deberíamos hacer algo para ayudarles?

—No, hija Ellos tarde o temprano se darán cuenta de sus sentimientos —dijo Meghan con sabiduría.

—Tiene razón, madre.

—Por cierto hija, ¿qué tal te ha parecido Lord James? Haríais una gran pareja.

—¡Madre! —exclamó Lucinda indignada—. ¡James es el caballero más idiota y engreído que hay en todo Londres!

—¿James? —Inquirió—. ¿No debería ser Lord Bellamy? Para ser alguien que odias, te tomas demasiada libertades para tutearle —indicó Meghan con picaría.

Seguramente su hija había sentido atracción por el joven en cuanto lo vio por primera vez, pero había preferido ocultar esa atracción bajo millones capas de un supuesto odio.

—Madre. De veras no quiero hablar sobre ese joven, por favor—suplicó Lucinda suspirando pesadamente—. ¿Cree que Julian le pedirá la mano pronto? —preguntó cambiando de tema.

—Esperamos que sí porque tengo que preparar la mejor boda —dijo la duquesa viuda, tomando la decisión de conseguir sus objetivos.

Estaban tan inmersas conversando sobre el futuro enlace que no se dieron cuenta de que Julian y Lilah se escaparon de ellas.

Julian y Lilah estuvieron manteniendo charlas sobre temas que solían solo interesarles a los hombres, hasta que llegó el momento de la verdad.

—Julian —susurró Lilah—. Necesito decirte algo urgente. ¿Conoces un sitio al que solo tú puedes acceder? —Le miró con detenimiento, esperando con impaciencia su respuesta.

—¡Claro! —respondió—. ¡Vamos! —Agarró la mano de Lilah y se encaminaron al sitio que solía ir cuando quería pensar solo.

Julian sabía que estaba muy mal visto que un hombre y una mujer tuvieran contacto íntimo, tal como cogerse de la mano en frente de la multitud, sin embargo, a Lilah no le parecía importar el hecho de que él estaba tomándola de la mano, así que no había necesidad de preocuparse, aunque eso era todo un escándalo entre la alta sociedad.

Después de hacer una larga caminata, llegaron a su destino. Era el lugar más bonito que jamás Lilah pudo conocer. Oír el melodioso sonido que hacía el río era como música para ella. Y cuando observó por unos instantes la perfección que presentaba la pequeña casita. Era como si estuviera en el paraíso.

Sonrió tímidamente contemplando a Julian. «¡Qué raro! ¿Por qué solo me pasa esto cuando estoy con él?», pensó nerviosa.

—Julian, ¿te quieres casar conmigo? —dijo de pronto, sin darse tiempo a pensar.

Él se quedó con la boca abierta al escuchar la propuesta de Lilah. Pero la verdad, no debió haberse sorprendido teniendo en cuenta cómo era ella.

—Primero me pides que sea tu mejor amigo, después me pides permiso para cortejarme. ¿Y ahora me pides matrimonio? ¡Eres increíblemente especial! —comentó sonriente, mientras en su interior sentía deseos de saborear y besar de nuevo esos labios que lo estaban volviéndolo loco.

—¿Eso es un sí o no?

—Creo que ya sabes cuál es la respuesta. —Se acercó tanto a ella que pudo percibir los alocados latidos de Lilah—. Jamás pensé que una dama me iba a pedir matrimonio, pero siempre en esta vida hay una primera vez, ¿no? —Rió abrazándola por la cintura—. Entonces, futura esposa, ¿no crees que deberíamos celebrar nuestra unión con un beso?

Lilah, en vez de contestarle, se acercó a los carnosos labios del joven y le robó un tierno y dulce beso. Julian lo aceptó encantado y saboreó a su pequeña y dulce Lilah. Unos segundos después se separaron mirándose el uno al otro sin dejar de sonreír.

—Deberíamos volver para darles la buena noticia a tu familia, futuro esposo —bromeó

Lilah.

—Me gusta cómo suena eso, futura esposa. —Le siguió el juego.

Volvieron de nuevo a Hyde Park, donde hallaron a Meghan y Lucy preocupadas por su desaparición.

—¿Dónde habéis ido? Casi me da un ataque —dramatizó Meghan, dándose aire con el abanico.

—Madre —Julian decidió que lo mejor era ignorar la tendencia que tenía su madre a exagerar las cosas—. Lilah me ha pedido matrimonio y he aceptado encantado. Dejamos nuestra boda en vuestra mano —comunicó orgulloso de haber conseguido la mejor novia que todo un hombre desearía.

—Perdona, pero mis hermanos también van ayudarles a preparar la boda. Me lo han prometido. —Le interrumpió Lilah, encogiéndose de hombros.

Aunque en el fondo, Lilah tuvo que usar sus técnicas para conseguirlo.

—Entonces nosotras, junto con tus hermanos, prepararemos la ceremonia —aceptó Meghan—. ¿Y si la celebramos en cinco meses? Es el tiempo necesario para prepararla.

—¡Perfecto! —respondieron los dos al mismo tiempo.

No elle y Cornelia se encontraban junto a Emily, la duquesa Devonshire, contemplando a la pareja feliz.

—Son tan lindos. —Suspiró Noelle—. Ojalá se casen pronto y tengan muchos hijos.

—Me pido ser la institutriz de sus hijos —repuso Cornelia cruzándose de brazos—. Igualmente estaba destinada a ser una solterona.

—Esa es tu decisión, Cornelia —murmuró Emily—. Con tu belleza y tu porte dudo que ningún hombre te haya pedido la mano.

—Lo han hecho, pero en cuánto me hablan huyen como si yo fuera un lobo hambriento listo para morderles —dijo riéndose.

—Ladras mucho, pero muerdes poco —comentó Emily.

Cornelia asintió.

—Exactamente, pero ellos no lo saben. —Se burló con un guiño.

Las tres se echaron a reír a carcajadas.

—Sin embargo, hay rumores de que el Conde Strafford desea contraer matrimonio con usted. ¿Es cierto?

—Sí, pronto será mi esposo —respondió Cornelia con una expresión sombría—. Mi padre me obliga y no tengo más remedio que aceptar.

Después de eso, un silencio incómodo las invadió. Se quedaron calladas, observando los árboles que había en Hyde Park, ya que Julian y Lilah parecía que se habrán escapado de allí.

—¿Y si Emily hace una fiesta para invitarlos? Allí podemos conocerlos —sugirió Noelle, interrumpiendo al silencio.

—Buena idea —concordó Cornelia, asintiendo con un movimiento ligero de cabeza—. Me muero por conocerla.

—Ya somos dos —suspiró Emily.

—No se olviden de mí —gruñó Noelle—. Entonces, ¿estamos juntas en esto?

—Sí. —Afirmaron las otras dos a la vez.

Todas ensancharon una traviesa sonrisa y empezaron a planificarlo todo.

Capítulo 14

*El amor es lo único que hay que ganarse en la vida,
todo lo demás se puede conseguir robando.*

Lord Byron

Cuando sus hermanos vieron el nuevo cambio de su hermana, se quedaron pasmados y abrieron la boca en par para decir algo pero ninguna palabra salió.

Lilah terminó de bajar la escalera y caminó hacia ellos con un porte seguro.

—Cierren la boca antes de que una enorme mosca entre en ella —se burló Lilah, tomando el pelo a sus hermanos—. Esas caras de embobados... ¿Son porque me veo preciosa? Ay, ¡Santo cielo! ¿Por qué siempre se me ocurren magníficas ideas? Soy tan inteligente que...

Iker la interrumpió. No era divertido, ya no. escuchar a su melliza hablar sin cesar sobre sus maravillosas cualidades.

—Efectivamente. Te queda divino, pero... ¿a qué se debe el honor del corte de pelo?

—Porque la maldita me envió una invitación a su boda. ¡Ja! —exclamó indignada, sin poder creerse que esa bruja tuviera la piedad de hacerlo—. Y pensé que tenía que enseñarle una inolvidable lección. Quién juega con el diablo, se quema en el infierno. Y eso fue lo que hizo Lady Bruja. Pronto arderá en el infierno de Lilah.

—¿Quién es «la maldita»? ¿O la Lady Bruja? —preguntaron Leonidas y James a la vez, perdidos.

Iker solo se quedó en silencio, apretando sus manos con furia. Se mordió el labio, aguatando las lágrimas que estaban a punto de salir.

Lilah se dio cuenta del sufrimiento de su mellizo. Y tenía que hacer algo por él lo más pronto posible, antes de perder para siempre a su compañero de travesuras.

—Nadie importante —replicó cortante—. Iker, ¿deseas acompañarme a dar un paseo en Hyde Park? Tal vez, más tarde, necesitaría ir de compras. El diablo necesita sus instrumentos para que el hechizo funcione —bromeó, guiñando un ojo pícaramente y asustando a sus otros dos hermanos.

Iker estaba inmerso en su dolor y como, una marioneta, asintió varias veces.

—Perfecto. —Lo cogió del brazo y empezó a caminar hacia la salida, pero antes se despidió de Leonidas y de James—. Nos vemos en la cena, hermanos. ¡Comportaos bien!

En vez de digerirse a Hyde Park, Lilah le dijo al cochero que los llevara a un veraniego palacete en las fueras de Londres. Ambos hermanos la compraron para disfrutar plenamente de su libertad.

Cuando llegaron a su destino, Lilah se despidió al cochero, pero antes le indicó que debía regresar a por ellos antes del anochecer. El joven asintió, haciendo una reverencia con el

sombrero, y se marchó enseguida con el carruaje a cumplir su cometido.

Lilah tosió por culpa del polvo acumulado al abrir la puerta. Hacía años que no pisaba el lugar, desde su última temporada. Ahora era una mujer de veinticuatro años, una dama orgullosa de su vida, con hermanos pasivos, que nunca la obligaran a contraer un matrimonio indeseado. Ni tampoco tenía ninguna propuesta de ningún caballero. Aunque había recibido algunas de unos libertinos que pensaron que ellos iban a domarla, pero en cuanto la conocían, huían y para nunca regresar. ¿Acaso pensaban que por ser una solterona sería facilona? Por el amor de Dios, era Lilah, el diablo personificado.

Lo primero que haría después de volver de la boda de Lady Bruja sería limpiar todo esa basura y dejar la casa como nueva. Soltó un suspiro de alivio cuando vio que al menos la alcoba estaba decente.

—Está bien —aseguró dándose la vuelta y sonriendo a Iker—. Puedes llorar, hermano. Puedes desahogar todo el dolor que siente tu alma, pero será la última vez que lo hagas, ¿entendido? —Se tumbó en la cama mientras lo tiraba a su lado, abrazándolo con cariño—. Todo estará bien. Me tienes a mí.

Iker no lo pudo aguantar más y empezó a sollozar sin cesar. Era doloroso. Demasiado. No tenía las suficientes palabras para explicar lo destrozada que estaba su alma. Abrazó con fuerza a su melliza.

—La amé —susurró entre lágrimas—. Pero ahora la odio. ¿Es normal lo que siento, hermana? ¿Acaso me estoy volviendo loco?

Lilah se mordió la lengua. No quería hablar ni tampoco hacer sentir mal más a su hermano. Lo mejor sería olvidar lo sucedido y nunca más nombrarlo. Pero antes, debía hacer pagar a Lady Bruja por todos sus pecados. ¿No era ese el trabajo de un diablo?

Lilah le acarició el pelo a Iker con dulzura.

—No quiero verla, Lilah. Quiero irme de aquí.

—Hazlo, hermano. Sigue tu corazón. —Las cálidas manos de Lilah tocaron donde se hallaba su corazón latiendo con violencia—. Sabes que puedes confiar en mí y siempre estaré para ti, mi alma gemela.

—¡Oh! —Soltó un leve sollozo—. No sé que haría sin ti pero no quiero irme sin ti. ¡Te necesito!

Poco a poco, Lilah le limpió las lágrimas caídas de un inocente ángel. Lo miró fijamente y, ese instante, supo que Iker era el único hombre al que siempre querría. Podía querer incondicionalmente a sus otros hermanos, pero nadie era como su mellizo.

—¿Irte sin tu Lilah? ¡Ni de sueños! Vamos a viajar por todo el país, luego irnos a Escocia y finalmente a Irlanda. ¿Te parece?

Iker asintió con un murmullo.

—No me importa el lugar. Yo solo quiero estar contigo.

—Entonces, perfecto —aseguró Lilah—. Estés donde estés, siempre mi corazón estará a tu lado, protegiéndote.

Se quedaron abrazados hasta que finalmente ambos terminaron en el mundo de los sueños. Anhelando un nuevo futuro.

Desde que salió en los periódicos sobre el compromiso de la nueva pareja, Lilah recibió muchas invitaciones para asistir a algunos bailes que solo eran organizados por la alta nobleza. Solo habían pasado tres días desde la petición y Lilah ya se había vuelto querida entre la alta sociedad londinense. Solo por ser la prometida de un duque.

—¿Está lista, milady? —preguntó su doncella—. Recuerde que debe llegar pronto.

—Lo sé —contestó retocando los últimos detalles de su maquillaje antes de salir de su aposento decidida a tener una gran noche en la velada.

—Se ve divina, milady.

Esa era el propósito de Lilah. Quería brillar entre la oscuridad con su propia luz, pero no le dijo nada a la doncella, solo le sonrió como agradecimiento por el sincero halago.

—Me han comentado que Lady Rudloff es conocida por sus magníficas celebraciones, ¡estoy muy emocionada! —Susurró lo último para ella misma.

Con un porte elegante, bajó las escaleras con una expresión de confianza en su rostro. Lo que más le gustaba a Lilah de sí misma era su alta autoestima.

En la entrada de la mansión, ubicó a su hermano Iker con su esposa, Gretha, una irlandesa con quien se casó con ella cuando se fue a Irlanda para visitar a su tío. Le caía bien, era divertida y también una mujer de armas tomar.

Los saludó con cortesía y sonrió orgullosamente de sí misma cuando escuchó los elogios que le dedicaron. Aunque no los necesitaba, porque ella ya sabía que era una belleza, y por esa razón le gustaba sacar el máximo provecho de ello.

Con la ayuda de su doncella, se subió al carruaje. En cuanto se sentó en él, ordenó al cochero que empezara el recorrido hacia la mansión donde vivía Lady Rudloff. Mentiría si negara que no tenía ganas de ir a esa fiesta con la intención de divertirse y molestar a los falsos estirados. No solo eso, también estaría Julian allí, ayudándola a exasperar a la multitud. Se echó a reír solo con imaginarlo.

Lilah se quedó contemplando la ventanilla del carruaje, escuchando con atención la conversación que su hermano mantenía con su esposa. Más bien eran reproches de parte de ella por haber soltado un comentario fuera de lugar. Se encogió de hombros, risueña al ver cómo Gretha le regañaba como si fuese un niño.

Lo primero que Lilah hizo al llegar al lugar, donde estaría toda la eternidad poniendo nerviosas a las personas que se encontraba allí, fue dirigirse directamente al salón, seguida de Iker, Gretha y su doncella. Cuando ella era Louis, se solía decir que quien se acercaba a él se volvía una víctima de manipulación y sufrimiento. En cierta parte, era cierto. Amaba manipular y hacer sufrir a las personas que se lo merecían.

A medida que se acercaba a la sala de los Rudloff, la música y el rumor de la gente sonaban más alto. Eso la hizo sonreír, pero cuando llegó y lo vio sonriendo y charlando con su hermana, sintió cómo su corazón comenzaba a latir cada vez más fuerte.

Sacudió ligeramente la cabeza y se encaminó hacia él con seguridad, ignorando por completo los furiosos latidos de su corazón.

—Julian —susurró su nombre con una voz tan suave como el terciopelo—. ¿Me concederías esta pieza de baile? —preguntó un rato después.

—Lilah —murmuró Julian a modo de saludo mientras aceptaba la mano que ella le tendía—. Sería un placer, milady.

Julian esbozó una amplia sonrisa cuando la había visto entrar, pero lo que estaba sintiendo ahora mismo era mucho más fuerte que una simple atracción, era... ¡Amor! Durante todo este tiempo, había estado enamorado de ella.

Estaba sorprendido y conmovido con la noticia de su supuesto enamoramiento porque siempre había deseado encontrar su alma gemela, amándola con sinceridad y profundidad como lo hicieron sus progenitores, pero a medida que el tiempo pasaba, perdió la esperanza de encontrar ese amor que tanto anhelaba y ahora sin esperarlo lo tenía delante de él.

Cuando llegaron a la pista de baile, abriéndose paso entre las parejas que estaban allí bailando, Lilah levantó la mirada y se concentró por unos segundos en las lámparas de araña. Luego la bajó despacio y contempló el rostro de Julian como si quisiera memorizar cada uno de sus rasgos y así tenerlo para siempre en su memoria.

El corazón de Julian dio un vuelco cuando la pilló mirándolo de esa manera, tan enamorada. Tal vez ella también lo quería. No, Lilah solo amaba la libertad. Simplemente se casaba con él por amistad.

Cuando sus cuerpos se unieron al son de la celestial música, todo el mundo dejó de existir. Solo estaban ella y él, unidos cada vez más por la fuerza del amor.

Lilah cerró los ojos por unos segundos al percibir la mano enguantada de Julian en su espalda, provocándole una oleada de deseo por todo su cuerpo. De repente sintió calor y comenzó a sentirse desesperada por sentir sus caricias. Aquello no era solo un baile, sino el prelude de algo mucho más sensual.

Cuando abrió de nuevo los ojos, sintió que algo dentro de ella cambiaba. Sentía sensaciones extrañas, pero eran a la vez placenteras. Nunca había sentido algo así por un hombre. Por supuesto, tampoco había conocido de ese modo tan íntimo a ninguno, pero estaba segura de que no tenía nada que ver con la magia del baile. Era él y lo había sido desde que lo conoció.

Era amor. Lo que sentía por él no era más que el amor.

«Te amo, Julian», pensó Lilah aún conmocionada por el descubrimiento de que todo ese tiempo había estado perdidamente enamorada de él.

Se separaron cuando los músicos dejaron de tocar esa pieza. Lilah decidió utilizar la separación como excusa para pensar muy bien qué hacer con sus sentimientos.

Durante toda su vida había huido del amor porque lo último que deseaba era amar apasionadamente como lo hicieron sus progenitores para luego contemplar cómo su amado fallecía sin que pudiera salvarlo. Sin embargo, parecía ser que el amor tenía otros planes.

—Julian —dijo sintiendo como su voz temblaba cada vez más—. Necesito ir al jardín —susurró. —Julian asintió con un ligero movimiento de cabeza—. Vamos entonces —sugirió mientras este comenzó a caminar hacia el balcón.

Lilah sacudió su cabeza, negándose a tener la compañía de Julian en estos momentos. .

—No —contestó—. Quiero estar sola, si no es mucha molestia.

Julian asintió mientras le dedicaba una amplia sonrisa, como si quisiera animar el tormento que él presentía que padecía.

—Gracias —dijo antes de desaparecer de allí.

Julian se dio cuenta del cambio radical del humor de Lilah. Algo en su interior le decía que durante el baile le debió ocurrir algo de mucha importancia. Pero ¿qué? ¿Y por qué se comportaba como si quisiera huir de él? Tal vez la había asustado. ¡Maldición! Él estaba tan enamorado de ella y en vez de conquistarla, solo la alejaba de él.

Lilah le rompió el corazón cuando decidió caminar en soledad hacia el exterior. Ella siempre había sido sincera con él. Debía sí o sí contárselo, pero antes debía pensar muy bien qué hacer con esos sentimientos tan inesperados.

Cuando Lilah llegó a terraza, suspiró con alivio al encontrársela solitaria. El silencio era agradable y fue una ayuda para su mente tormentosa.

—Al menos el aire puede ayudarme a tomar una decisión, ¿no? —murmuró.

Pero lo que Lilah no sabía era que detrás de ella estaban tres damas que tenían como propósito ser su amiga y ayudarla.

Capítulo 15

La amistad es el amor, pero sin sus alas.
Lord Byron

—¿Acaso no tiene vergüenza? ¡Cortarse el pelo como un hombre! No sé por qué mi hija la invitó teniendo en cuenta sus escándalos. —Escuchó Lilah cuando entraba en la enorme sala donde se celebraba la boda de su «amiga».

Sin descuidar sus picaras sonrisas esbozadas, saludó a todos los invitados con varios movimientos de la mano y se encogió de hombros, como si nunca le hubiera importado las críticas.

Al observar a la pareja de recién casados con expresiones felices, Lilah apretó las manos con furia.

Esa bruja había ilusionado a su mellizo para luego dejarle en la estacada, pero no iba a vengarse de ella. Esa fue su primera intención, sin embargo, no quería ensuciar sus manos por alguien que no merecía. El destino ya se encargará de hacerle pagar por todos sus pecados.

Caminó con seguridad hacia ellos. Cuando llegó a lado de la feliz pareja, hizo una ligera reverencia.

—Me encantaría felicitarles y desearles buena suerte en su matrimonio—comentó con una voz suave, y luego se dirigió solo a ella—. Pero no soy una persona falsa. No he venido por venganza. Bueno, esa fue mi primera intención, pero ahora que os he visto, milady, he cambiado de opinión. Dejaré que el karma haga su trabajo. —Amplió su sonrisa incluyendo al novio en su mirada—. Les deseo un feliz matrimonio, porque van a necesitar suerte cuando el destino toque en su puerta exigiendo su paga.

Lilah se despidió con cortesía. Al darse la vuelta, no paró de reírse, disfrutando de todo mientras se alejaba de allí, y dejando a la multitud con la boca abierta.

—¿La saludamos? —preguntó Noelle nerviosa a su hermana mayor y a la amiga de ambas, quién también estaba contemplando a Lilah desde lejos.

—Sí —asintió Cornelia—. Esta es nuestra ocasión para poder por fin entablar una conversación con ella y así podremos ser finalmente su amiga.

—Además, parece triste —indicó Emily suspirando—. ¿Creen que debemos hacer algo para animarla?

Cornelia, la líder de la hermandad, afirmó.

—Sí. Esta es la única oportunidad que tendremos para que ella se convierta en nuestra amiga —comentó con una amplia sonrisa en su rostro, segura de sí misma.

—Tienes razón, hermana —concordó Noelle—. Llevamos años queriendo hablar con ella,

pero jamás pudimos. —Soltó un bufido cargado de resignación.

—Y tampoco vino a la fiesta que hemos preparado para ella —añadió Emily con un tono triste—. Entonces, ¿estamos listas?

—Eso no se pregunta —respondió Cornelia sonriendo con seguridad y comenzando a caminar en dirección de Lilah mientras las otras dos la seguían.

Lilah estaba demasiado inmersa en sus pensamientos para escuchar los pasos decididos de las tres jóvenes dirigiéndose hacia ella.

—¿Está bien, milady? —preguntó Noelle apareciendo a su lado.

El corazón de Lilah dio un vuelco cuando escuchó una dulce voz femenina. Se dio la vuelta con suficiente prisa, tocándose el pecho con la mano y temblando.

Se encontró con tres damas mirándolas con una expresión de pura felicidad. Tal vez eran sus admiradoras. Durante años había conocido a bastantes chicas que le agradecían su representación del género femenino ante los hombres, aunque algunas la odiaban por ser una total desvergüenza. Seguramente era eso. Perfecto. Eso era lo justo que necesitaba. Podían ayudarla con el dilema que tenía.

Pero antes quería desahogarse. ¿Por qué el destino quiso enamorarla? Ella nunca quiso amar, sin embargo, ahora estaba perdidamente enamorada de su prometido. ¿Y si él falleciera dejándola sola? Su corazón no podrá aguantar el sufrimiento de perder a la persona que más amaba.

—Sí —respondió con una suave sonrisa.

No estaba mintiendo. Gracias a ellas, se dio cuenta de que huir no le haría ningún bien. Era una mujer adulta, no una niña que perdió trágicamente a sus padres.

—Me gustaría hacerles una pequeña pregunta —dijo, esperando que ellas pudieran ayudarla a tomar la decisión más ideal en estas circunstancias. —Las tres asintieron entusiasmadas por haber conseguido la atención de Lilah—Perfecto —aseguró—. Digamos que una persona no es capaz de amar a alguien porque tiene miedo de perderlo. ¿Debía enfrentarse a esos temores o simplemente fingir que nunca le amaré para protegerse? —Soltó su duda mordiéndose el labio, indecisa y nerviosa.

Cornelia carraspeó antes de empezar con su respuesta.

—Mm —murmuró pensativa—, Creo que merece la pena enfrentar sus miedos para finalmente estar con la persona que ama.

—Exacto —apoyó Noelle mirando fijamente a su hermana mayor—. No sería una vida digna si ignora sus sentimientos. Si esa persona no la ama, deberá conquistarlo. ¿No cree?

—Sí, debería luchar por él —concordó Emily—. Esa sería la única solución. Y si elige la otra opción, estará destinada a una vida vacía. ¡Eso sería más horrible que perder a alguien con quien tuviste tantos buenos recuerdos!

Lilah se quedó callada, estudiando atentamente los consejos de esas desconocidas. Tenían razón. Bastante. Con un ligero movimiento asintió aceptando la tregua que su corazón le había declarado.

—No os conozco, pero os lo agradezco mucho —se sinceró con ellas sintiéndose cómoda en su presencia—. Me presento, soy Lilah. —Hizo una ligera reverencia de cortesía.

—Cornelia —se presentó la dama esbozando una amplia sonrisa—. Esta es Noelle, mi hermana menor —dijo señalándola—. Y por último esta es Emily, nuestra amiga.

«Son perfectas», pensó Lilah al contemplarlas detenidamente. Se iban a convertir sin duda en sus amigas y así podría tener la ayuda que necesitaba para lograr enamorar a Julian. ¿Debía hacerlo? Sí. Quería vivir un romance digno. Y la única forma era enamorar a su prometido. Aunque siempre había estado en contra del amor, ahora que estaba enamorada. No sería una

locura querer tener el corazón del caballero de su vida, ¿verdad?

—Me caéis bien —volvió a ser sincera con ellas—. Me encantaría seguir entablando una conversación con vosotras pero tengo hacer algo de suma importancia. Si me disculpáis, me gustaría que vosotras mis bonitas nuevas amigas me visitéis mañana. ¡Tengan una buena noche! —se despidió con elegancia, sin esperarlas.

Al girarse hacia la entrada del salón, miró la puerta por unos instantes y caminó hacia allí con una sonrisa cariñosa, pensando en Julian, quien estaría esperando su regreso a la velada.

Su corazón estalló como los fuegos artificiales, literalmente, cuando vio desde lejos a Julian conversando con Iker.

Suspiró varias veces, intentando calmar a su agitada respiración y notó cómo Julian dejaba de enfocar su atención a Iker, solo para dedicarle una cálida sonrisa desde lejos.

—Te gusta, ¿verdad? —susurró Gretha en su oído, haciéndola sonrojar violentamente.

Podía perfectamente mentir sobre sus sentimientos, pero eso no era lo suyo.

—Lo amo —confesó angustiada—. Además, no es raro amar tu prometido, ¿no?

—Claro que no —respondió entre risas—. Me alegro por vosotros. Estáis destinados a tener un cuento feliz de hadas. Confía en mí, lo lograrás.

—Ojalá —respondió algo incómoda al hablar sobre sus sentimientos con su cuñada, pero también era un alivio desahogarlos con alguien cercano—. Va a ser un largo camino, pero he decidido luchar hasta el final.

—Eso es maravilloso, Lilah.

Al día siguiente Lilah se encontraba sentada en el enorme sillón, esperando a que sus nuevas amigas aparecieran. Se había levantado más temprano de lo habitual para mandarles unas misivas donde les indicaba el lugar de la reunión.

Soltó un bufido. Odiaba esperar. ¿Por qué el tiempo parecía como si se hubiera congelado?

Lilah volvió a soltar otro gruñido, pero cambió su expresión al ver al nuevo mayordomo adentrándose en la sala del comedor. Mark había decidido dejar su puesto para recorrer el mundo. Le entristecía al hecho de que ya no estará más con ella. Pero siempre estará en su corazón. Era un gran apoyo para ella. A su lado, sentía que sus padres jamás habían muertos.

El nuevo trabajador era un caballero de veintitantos años. Era alto, esbelto, de ojos cálidos y con una agradable presencia. Totalmente diferente a los otros mayordomos con esos semblantes tan serios, sin alma ni corazón.

Su nombre era Thomas.

Había estado durante su juventud trabajando en el ejército, pero al perder a sus amigos cercanos en la guerra tomó la decisión de alejarse de allí. Al no saber qué hacer con su vida después de su salida en el ejército, pensó que trabajar como mayordomo sería una gran opción para matar su aburrimiento. Al mantener una estrecha relación con los hermanos Bellamy, terminó trabajando para ellos.

Al principio le pareció extraño, pero cuanto más tiempo pasaba, más cómodo estaba con todos, sobre todo con Lilah. Era una dama especial, llena de enigmas y secretos. Además, tenía un aura de simpatía. Ella era el factor que logró que se adaptara perfectamente a su nuevo trabajo. Antes era un joven solitario sin familia, pero ahora tenía gente a su lado. Para él no estar solitario era felicidad.

—Milady —saludó Thomas haciendo una venia—. Quería informaos de que tenéis visita.

—¡Perfecto! —exclamó poniéndose de pie emocionada—. Diles que entren, por favor.

—Ahora mismo, milady. —Asintió y se despidió de su señorita con otra leve inclinación.

Las tres estaban tan emocionadas que pensaron que iban a morir de felicidad. Por fin, lograban estar presentes en la vida e Lilah.

—¡Mis bonitas damas! —las saludó Lilah guiñándoles el ojo—. Venid, venid. No seáis tímidas. —Palmeó el cuero del alargado sillón, indicándolas que se sentaran en él.

Las tres bajaron la cabeza, sonrojadas. Lilah, al notar esa reacción, soltó una pequeña carcajada. Su vida cada vez estaba mejor. Tenía un gran prometido que solo con su presencia la hacía feliz. Tenía una familia que se preocupaba por ella y velaba por su salud. Y pronto tendría el escuadrón que siempre había soñado.

Cerró los ojos deseando que no ocurriera nada malo, sin tener en cuenta que las cartas del destino tenían otros planes.

Capítulo 16

*El amor halla sus caminos, aunque sea a través de senderos
por donde ni los lobos se atreverían a seguir su presa.*

Lord Byron

—Quería comunicaros algo de suma importancia —notificó Lilah con una tenue sonrisa a sus nuevas amigas después de invitarlas a tomar un té—. Los ojos de las tres damas brillaron de ilusión al oír el comentario de Lilah. ¿Qué era lo que quería notificarles? Estaban nerviosas por saberlo—. Tal vez parezca una persona segura de mí misma, pero no suelo confiar en la gente. ¿Para qué? Para que luego me apuñalen la espalda. ¡No, gracias! —Sacudió ligeramente la cabeza, mareando a las pobres chicas que estaban algo perdidas—. En fin, lo que deseo deciros es que... ¡Estoy terriblemente enamorada de mi prometido! Eso es horrible.

Noelle y Emily, abrieron la boca sin creer lo que estaban oyendo. Para ellas, el amor era bello. Mientras Cornelia simplemente se encogió de hombros haciendo varias muecas con la boca. La mayor de las tres comprendía perfectamente el punto de vista de Lilah.

—¿Por qué tuve que enamorarme? No era ese mi sueño. —Se puso de pie rápidamente, causando que su taza de té se cayera y mojando todo la alfombra—. ¿Por qué? —gruñó levantando las manos al aire—. ¡Dios! ¿Qué hice para merecer esto? ¿Ser una mujer confiada y segura de sí misma? ¿No ser la esclava de un hombre? ¡Ay, santo cielo!

Noelle, con las mejillas rojas por la actuación dramática de Lilah, interrumpió su interesante discurso.

—Tampoco es malo el amor, Lilah —balbuceó nerviosa—. ¿No es el sueño de toda mujer enamorarse y casarse con su amado? Creo que deberías estar contenta. ¡Vas a contraer matrimonio con alguien a quien amas! ¿No es eso bonito, chicas?

—No lo es —dijo Cornelia tajante—. No lo es cuando el amor es el culpable de todos los males de una persona. Vivimos en una sociedad hipócrita, donde las mujeres creemos que amar es algo magnífico, romántico, pero no es así. ¡Oh! Imaginaos esta situación. Te casas con esa persona pensando que vivirás un cuento de hadas, cuando en realidad será lo más terrible. Tu esposo podría ser violento o un alcohólico que al que le encante utilizar su fuerza contra ti, creyéndose que eso le hace más hombre. O, tal vez, podría ser un hombre indiferente, que solo te use para tener descendencia y cuando lo consiga, se vaya detrás de otras mujeres o de prostitutas.

»Comprendo que Lilah tenga miedo, ¿quién no lo tendría? Cualquiera mujer con sensatez se comportaría así, analizando con lujo de detalles a la persona con la que compartirá toda una vida. Todas nosotras queremos sentirnos seguras, queridas y, lo más importante, ser escuchadas. Eso es amor. —Se puso también de pie, dirigiéndose donde estaba Lilah tumbada y con su rostro en el cristal del ventanal, pensativa—. Por eso creo plenamente que Lord Clark es el caballero perfecto

para ti. No dejes que el miedo te controle, Lilah.

Ella asintió y, en un acto impulsivo, la abrazó.

—Gracias —susurró en su oído—, Gracias por escucharme.

Casi cinco meses después del compromiso de Julian y Lilah duró el cortejo. Ella, con la ayuda de sus amigas, había utilizado todos sus ardides, pero aún así él nunca le había confesado si sentía algo por ella o no.

Aunque Lilah tampoco le había dicho nada sobre sus sentimientos. Tal vez para muchos era una persona segura y valiente, pero esa vez no lo estaba siendo. No podía abrir la boca y decírselo. No tenía la suficiente confianza para ello. ¿Y si Julian no la amaba a pesar de todo el esfuerzo que había hecho?

Si la correspondía, tampoco se quería arriesgar a perderlo si éste sufría un accidente, dejándola sola en este mundo como lo hicieron sus padres.

Sacudió ligeramente la cabeza. Hoy era su boda. El día más especial. Aunque todos los días eran especiales para Lilah porque siempre estaba a lado de Julian.

Se miró al espejo barroco y alargado que le había regalado Julian cuando por un accidente demasiado torpe se rompió el suyo.

Su prometido siempre estaba para ella cuando más lo necesitaba. Si iba a caer por correr rápido entre los arbustos, ya se encontraba él tomándola entre los brazos. La protegía, la estimaba y la hacía feliz con solo su presencia. Pero no estaba conforme del todo. Deseaba tener su amor.

Lilah suspiró, esperando que el agua aromatizada con flores pudiera relajarla. No podía aguantar más esos nervios.

Después de un buen tiempo en la bañera, relajándose por los suaves masajes de sus sirvientas, volvió a ser la misma de siempre. Alegre y con unas enormes ganas de vivir la vida.

Toallas suaves de algodón le secaron el cuerpo hasta no dejar ni una gota de agua.

Después de eso, la doncella, junto las sirvientas, le pusieron varias capas de enaguas, luego el corsé y finalmente su vestido de novia. Era de tela de seda, con una textura suave y agradable al tacto y de un color entre el crema y el blanco. Era simple, pero sublime.

Lilah abrió la boca, sorprendida. Sabía que era bella, pero nunca había estado tan hermosa. Sus mejillas se tintaron de rojo vivo al ver cómo el vestido se ceñía a la perfección a su cuerpo. Sobre todo, en la parte de sus turbulentos pechos. Por poco estaban a punto de salirse del corpiño.

—Gracias —sollozó dándose la vuelta y, al hacerlo, miró a su doncella con los ojos llorosos.

La joven estaba retocando los últimos detalles de su peinado, feliz por ayudar a su señorita en su día especial.

—Está usted muy bella, milady —la elogió haciéndola feliz—. Lord Clark es afortunado por tener una novia tan radiante como usted.

Lilah no le respondió, simplemente se quedó callada. No sabía qué decir. ¿Y si Julian se arrepentía de haberse casado con ella? ¿Y si...? Negó la cabeza. No iba a dejar que esas incertidumbres le amargasen el día de su boda. Levantó la cabeza, venciendo otra vez esos miedos que llevaban años atormentándola.

La boda transcurrió tranquilamente.

Después de casarse en la iglesia, los recién casados se dirigieron en el carruaje al lugar donde se celebraría el baile. Lilah estaba radiante. ¿Quién no lo estaría? Se había casado con el hombre de su vida.

Después de un tiempo saludando y recibiendo felicitaciones, Lilah bufó cansada y Julian, al

verla tan agotada, se acercó a ella con la decisión de marcharse de allí y empezar juntos su nueva vida. Eso exactamente hicieron. Se despidieron de los invitados y se encaminaron hacia la salida.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Julian preocupado, tomándola de la mano.

Lilah sintió cómo un escalofrío le recorrería todo el cuerpo cuando la cálida mano de Julian tocó su mano enguantada.

—Sí —tartamudeó nerviosa—. Simplemente estoy demasiada feliz como para hablar.

Julian también lo estaba. Se había casado con su primer amor. ¿Había algo más bonito que eso? No, nadie ni nada era capaz de igualar ese sentimiento de casarse por amor con una persona tan brillante y tan especial como una joya de rubí.

Poco a poco sus rostros se acercaron. Lentamente, sus labios se rozaron, estallando en una tormenta de sensaciones. Julian, con valentía, la atrajo hacia él, besándola con fervor, saboreando el aroma de los labios de Lilah. Sabían deliciosos. Demasiados ricos.

Gimió sobre sus labios.

—Debemos parar —susurró Lilah—. No quiero hacerlo en un carruaje.

—Ni yo —aseguró—. Pero no puedo parar. ¡Carajos! —exclamó gruñón, diciendo por primera vez en su vida una palabra malsonante—. El deseo que siento por ti es incontrolable —murmuró sin dejar de acariciarle todo el cuerpo.

Lilah simplemente se dejó de llevar por sus caricias, cerrando los ojos. Tampoco ella quería parar. Sentirlo era lo mejor que le podía haber ocurrido en la vida.

—Esto es el paraíso —gimoteó con la voz ronca.

Julian paró de tocarla en contra de su voluntad, antes de que se hubiera descontrolado por completo. Afortunadamente, en ese instante el carruaje se paró frente al pequeño palacio que Julian poseía en el ducado de Kent.

Con movimientos torpes, arreglaron su ropa y sus despeinados pelos. Ninguno de los dos quería parecer demasiado fuera de lugar frente al servicio.

Ella abrió la boca, embobada, cuando bajó del carruaje y observó la gloria donde viviría una buena temporada. Era como un cuento de hadas. Una especie de palacio con unos increíbles arbustos llenos de hermosos florales. ¿Qué más podía pedir?

Julian, con orgullo, presentó a Lilah como esposa y señora de la casa. Cuando el mayordomo les preguntó si querían cenar después de la presentación, ambos negaron con la cabeza. Solo querían ir a su aposento y no salir de allí por toda la noche.

Julian la tomó por la cintura al entrar en la recámara. Era una habitación grande, con bastantes comodidades y una enorme cama matrimonial. Justo lo que necesitaban.

—¿Qué te parece el lugar, esposa mía? —susurró, acariciándole suavemente el brazo.

Lilah se mordió el labio, dejándose llevar. Oh sí. Más caricias. Justo lo que ella necesitaba.

—Es maravilloso —respondió con sinceridad.

Y lo era. Literalmente.

—Perfecto —dijo con voz ronca—. Eres tan hermosa. Estoy seguro que ya lo sabes, pero eres la única mujer que puede tocar lo más profundo de mi alma —confesó, besándola el cuello lentamente.

—Julian —gruñó con los ojos oscurecidos de placer.

—Shh —la calló besándola en los labios con pasión.

Lilah le correspondió el beso devorador y carnal, empezando a tocarle también por todo el cuerpo. Sin dejar de besarse, se tumbaron en el lecho mientras con devoción se quitaban la ropa del uno al otro.

Julian dejó de respirar por unos instantes al contemplar el rostro de Lilah. Con ternura, sus

dedos acariciaron lentamente sus mejillas sonrojadas.

—No te haré daño —prometió Julian.

—No tengas cuidado —masculló entre dientes—. Solo quiero que me demuestres lo mucho que me deseas, solo te pido eso.

Julian se adentró en su cuerpo poco a poco, con cuidado de no hacerle daño. Pero aún así, no pudo evitar que Lilah soltara un grito de dolor cuando le rompió su inocencia.

—Perdón —susurró, acariciándole el pelo lentamente con ternura.

—Está bien —respondió Lilah—. Deja de ser tan llorica y hazme el amor como es debido.

Su chica mandona había regresado. Julian soltó una carcajada al oír el mandado de Lilah.

—Solo soy el esclavo de tus deseos. —Sonrió antes de comérsela a besos.

Y eso hizo. Ambos cuerpos cabalgaron rítmicamente, adentrándose cada vez más al mundo de la pasión, volviéndose dementes de deseo. No eran dos cuerpos dando placer. Sino dos almas unidas en éxtasis.

—Nunca pensé que iba a sentir algo así por alguien, Lilah —se declaró Julian a su esposa cuando esta se encontraba durmiendo.

Se acurrucó entre sus cálidos brazos, abrazándola mientras poco a poco viajaba al mundo de los sueños.

Capítulo 17

*Cuando la edad enfría la sangre y los placeres son cosa del pasado,
el recuerdo más querido sigue siendo el último,
y nuestra evocación más dulce, la del primer beso.*

Lord Byron

—¿Cómo se conquista a un caballero? —le preguntó Lilah a Cornelia, quién se encontraba tumbada en su cama leyendo un libro bastante indecente para una dama.

A Lilah le hubiera gustado que Jane, Emily y Noelle estuvieran allí con ellas, pero desgraciadamente Noelle estaba en cama debido a la gripe, que la atacó la semana pasada, Emily se encontraba fuera de Londres, exactamente en York, junto con su esposo, disfrutando de su luna de miel y, por último, Jane estaba demasiado ocupada conquistando a su hermano mayor.

Solo le quedaba Cornelia, su otra alma gemela, la cual cada vez estaba más callada. Seguramente sería porque dentro de unos meses se casaría con ese asqueroso viejo conde, quién era uno de los hombres más ricos del Reino Unido. Lilah quería ayudar a su mejor amiga, pero sabía que Cornelia no le iba a dejar que lo hiciera. Por eso no tuvo más remedio que aceptar su derrota y rezar sin cesar para que Dios pudiera salvarla de un matrimonio forzada.

¿Quién sabía que ese bastardo podía ser el más cruel de los seres? Lilah suspiró abatida y se tiró encima de ella, abrazándola. Si había algo que ambas compartían, era que a las dos les encantaba divertirse, olvidándose por unos momentos de los graves problemas que invadían sus vidas. Usaría su plan de «conquistando a su prometido» para que Cornelia dejara de pensar en ese futuro que le esperaba.

—¿Dedicarle poemas? ¿Canciones? ¿Mandarle flores? Ay, no sé qué hacer para enamorarle.

Cornelia dejó de leer, cerrando el libro de un solo golpe. Levantó la vista, contemplando a Lilah en silencio.

—Mmm —murmuró pensativa—. ¿Qué te parece una salida al Hyde Park? No me dijiste que queríais escandalizar a la sociedad. ¿Por qué no le cortejas públicamente? Cántale una canción romántica y será el escándalo de la temporada. Estarás matando a dos pájaros en un solo tiro.

Por esa misma razón, Cornelia se había convertido en su otra mitad. Era una genio como ella.

—Eres lo mejor que puede existir en esta vida —comentó emocionada, abrazándola todavía más—. Tiembla Londres, la reina de los escándalos está de regreso —bromeó Lilah

haciendo reír a carcajadas a su compañera.

—¿Y cómo se llamará el reino, mi majestad? —inquirió Cornelia burlona.

—Escandalla —respondió jovial—. Mezcla entre Escándalo y Lilah. ¡La mezcla perfecta!

Al día siguiente de la boda, Lilah se despertó gracias a la luz solar. Gimoteó cansada, entreabriendo poco a poco sus párpados, y al hacerlo observó el bello rostro de su marido.

En ese mismo instante, sintió mariposas en el estómago al pensar en lo bonito que sería la vida casada con el hombre de sus sueños. Se acurrucó entre sus brazos, buscando la sensación de la calidez que él sol le transmitía. Suspiró enamorada, cerrando de nuevo los ojos mientras sus manos empezaron a acariciar lentamente el torso desnudo de Julian. No podía dejar de tocarle. Era una emoción inexplicable, como una acción imposible de realizar.

—Mmm —murmuró él con la voz ronca. Las delicadas y suaves manos de su esposa acariciándolo le despertaron de un dulce sueño.

—¿Te gusta? —preguntó con una falsa inocencia.

Julian se mordió el labio.

—Sabes que sí —gruñó—. Es más, me fascina —aseguró haciéndola feliz. Lilah se echó a reír traviesamente—. Me gusta ser el protagonista de tu locura. —Con un solo movimiento, la atrajo más a él. Desde que te conocí, no como Lilah, sino como Louis, nunca he podido llevar una vida normal. Siempre que lo intentaba, te recordaba y te deseaba.

Lilah abrió la boca sorprendida. ¡No se lo podía creer! Julian la había deseado cuando fue un chico.

—¿En serio? ¡Santo cielo! Pero estoy segura de que después de dejarme deseaste a alguna. ¿Sería raro que no estuviera celosa sobre ello? Al fin y al cabo confío en ti. Sé que no me engañarás, ni yo a ti.

Julian soltó una carcajada. ¿Engañar a Lilah? Eso sería de lo más absurdo. ¿Cómo iba a hacerlo cuando siempre había deseado a la mujer que tenía abrazada? Ninguna era capaz de hacerle sentir las emociones que solo Lilah podía crear.

—De hecho, era virgen hasta ayer —se sinceró con ella, sonrojándose.

Lilah abrió los ojos desorbitadamente. No se lo podía creer. Todo ese tiempo, él le había esperado. Si hubiera sido otro hombre, hubiese estado con muchas mujeres, pero Julian no lo hizo. Eso debía ser amor, ¿no?

Abrió la boca para preguntarle si la amaba ahora que estaba preparada, pero fue cruelmente interrumpida cuando la puerta se abrió de golpe, apareciendo en ella Lucinda, llorando.

—¡Hermano! —exclamó sollozando sin cesar.

—¿Lucinda? —inquirió él sorprendido por la aparición de su hermana menor.

Le dolió en lo más profundo de su alma verla llorar de esa manera. Temió lo peor. Su cuerpo empezó a temblar.

Lilah se dio cuenta de sus temblores y le dedicó un apretón de mano, dándole la fuerza que le hacía falta.

—¿Todo bien? ¿Es nuestra madre, verdad? ¿Ha falleció...do? —tartamudeó lo último, rezando en su interior por que su progenitora estuviera bien.

Lucinda negó con la cabeza varias veces, sollozando desgarradoramente.

—No —susurró con la voz entrecortada—. Gracias a Dios nuestra madre se halla perfectamente.

Julian pudo suspirar tranquilo al saber que su madre se encontraba bien. Pero aún estaba preocupado. Era la primera vez que veía así a su hermana menor. No sabía qué le había ocurrido,

pero lo que estaba seguro de que debía protegerla con todas sus fuerzas. Nunca dejaría que ella conociera de antemano el significado del sufrimiento.

—Espérame abajo, ¿sí?

Lucinda, balbuciendo entre sollozos y lágrimas asintió.

Julian, desnudo, se puso de pie cuando su hermana menor se había marchado de su habitación. Recogió la ropa tirada del suelo y se la puso rápidamente. No quería hacer esperar a su hermana.

Lilah se levantó también, poniéndose el vestido con una sorprendente rapidez. No iba a dejar solo a su esposo. Sabía que él la necesitaba y ella debía estar allí para darle su apoyo. Porque eso era amar. Dar y recibir amor.

—Todo estará bien, cariño —le animó con unas reconfortantes palabras—. Sea lo que sea, ella tendrá siempre nuestro apoyo.

Julian, con pasos torpes, se acercó a su esposa y la abrazó.

—Gracias —susurró agradecido por tenerla en esos momentos en su vida.

Lilah le dedicó una sonrisa.

—Vamos. ¿No quieres hacer esperar a Lucinda, verdad?

Julian sacudió la cabeza.

Ambos salieron del cuarto, tomándose de la mano, y bajaron la escalera dirigiéndose directamente hacia el salón principal donde seguramente estaba Lucinda sentada, esperándolos.

—¿Lucinda? —dijo Lilah, llamando su atención.

Ella levantó la vista, con los ojos enrojecidos de tanto llorar. Se puso de pie y corrió hacia Lilah, abrazándola con fuerza.

—No es justo —masculló entre dientes—, ¿Por qué de todas personas que hay Londres tuve que ser yo?

Lilah correspondió el abrazo, masajeando su espalda con ternura. Aún sin comprender a qué se refería.

—¿Qué pasó? —Tomó la cara de la joven llorona entre sus manos y la miró fijamente.

—Sabes que puedes confiar en mí. Para mí, no solo eres mi cuñada, sino que eres como mi hermana menor.

Lilah le limpió las lágrimas con delicadeza, sonriéndole, esperando pacientemente a que Lucinda comenzara con su relato para así pudiera comprenderla y ayudarla si hacía falta.

—Tengo que casarme con tu hermano —dijo por fin después de un incómodo silencio—, o mi reputación será totalmente repudiada.

Capítulo 18

*Por tu propio respeto, no ofrezcas tu amor a quien
no te lo pide y acaso te lo despreciara.
Charlotte Brote*

Lilah sonrió cuando vio las azuladas y saludables nubes desde el alféizar de su ventana. ¡Por primera vez, el clima no estaba en contra de sus traviosos planes! Y hoy era el gran día. Hoy iba a conquistar a su prometido utilizando sus encantos debajo de la manga del as.

Bostezó regresando a su cama, donde se estiró por toda la superficie como si fuera una gata. Aún estaba algo agotada dado que había dormido poco. A decir la verdad, casi nada. Pero mereció la pena.

Ahora tenía el plan tejido de principio a fin. Solo esperaba que el destino estuviera con ella esta vez.

A pesar de que muchos la conocían como el demonio perfecto, al que le salía todo a la perfección, Lilah no creía completamente en esa afirmación. Era demasiado torpe. Sin poder evitarlo, se metía en líos donde nadie le llamaba. Pero al tener su fama de rebelde, mucha gente pensaba que ella solo buscaba problemas.

Sí, vale, lo aceptaba. Ella amaba meterse en líos, pero a veces los dichosos problemas la buscaban a ella.

Como la última vez, cuando una noche aburrida se vistió de hombre, recordando los viejos momentos, y se fue en dirección a uno de los clubes más populares de York. Se llamaba Set pleasure's, y allí también aceptaban a las mujeres. Habían pocos locales que lo hacían.

En el momento que Lilah pisó ese club, literalmente las damas se le echaron encima. No las culpaba. Lilah sabía cómo llamar la atención de una mujer y conquistarla lentamente, haciéndola sentir especial. No como esos aburridos y sosos libertinos.

Como le decía una anciana que había conocido viajando a Irlanda, «la mente de una mujer siempre será entendida por otra dama». Y Lilah pensaba que tenía toda la razón del mundo.

Se levantó de la cama, ya con ganas. Corrió hacia todas las ventanas y los abrió. Empezó a tatarrear melodías de la sinfonía de Beethoven con pasión mientras sentía el refrescante aire recorrer por todo su dormitorio.

La joven doncella entró en el aposento de su señorita sonriendo. Le gustaba verla tan feliz después de tantos años sufriendo en silencio por la muerte de sus padres. Estaba agradecida con Dios por haberle dado la oportunidad de conocer la felicidad a lado de un gran hombre.

Lilah se separó de Lucinda y, en cuanto la miró, le dolió bastante verla tan triste.

Era normal que lo estuviera. El maldito de su hermano le había hastiado el sueño de ser una mujer libre viviendo ajena de la sociedad inglesa.

Ese también fue su sueño, pero dejó de serlo en el momento en que volvió a encontrarse con Julian. Ahora solo quería estar con él, compartir momentos especiales juntos. Tal vez porque ciegamente estaba enamorada de él. Solo esperaba, rezando sin cesar a Dios, que no le ocurriera nada malo a Julian. Sabría perfectamente como vivir sin él, pero no quería esa vida tan aburrida, tan vacía. Quería sentir su presencia, su característico olor, su voz ronca, su sublime risa. Quería tenerlo para ella siempre.

Esa era la cara negativa del amor. Cuando amas a alguien profundamente y lo terminas perdiendo, no tienes más elección que superarlo. Eso no era lo que ella deseaba para su futuro. Pero no tenía más remedio que ser fuerte y afrontar cada día sus miedos. Eso era el verdadero significado de vivir con actitud.

Julian se acercó a su esposa tomándola de la cintura. Se dio cuenta de que estaba sufriendo por lo ocurrido a su hermana y él no quería verla triste. Por encima de su cadáver.

Lilah tragó saliva al sentirlo detrás. Sacudió ligeramente la cabeza volviendo a enfocarse en el problema de Lucinda.

Julian abrió la boca para preguntarle a su hermana qué fue lo que en realidad había ocurrido, pero Lilah se le adelantó.

—¿Es broma, no? Dime que no es cierto —inquirió impaciente.

—Ya me gustará que fuera una mala broma pero... ¡Estoy comprometida a casarme con el imbécil de tu hermano! —estalló furiosa, limpiando sus lágrimas—. Todo fue culpa de esa maldita chismosa.

Julian, tranquilo, se separó de su esposa y se encaminó hacia Lucinda con los brazos abiertos. Ella se tiró lo abrazó con fuerza, sollozando de nuevo. Julian le acarició el pelo con delicadeza, esperando a que desahogara todo su sufrimiento.

Siempre, después de una tormenta, vendrá el arcoíris.

—Mi pequeña bebé —dijo, intentando calmarla—, ¿Qué ha ocurrido? Sea lo que sea, siempre estaré a tu lado.

—Exacto —aseguró Lilah con una voz dulce, uniéndose a la conversación—. Nosotros seremos tus guardines y no dejaremos que nadie te critique. ¿A qué sí, Julian?

Julian asintió sonriente. Tenía una gran esposa a su lado y eso le hacía el hombre más feliz de toda Inglaterra.

—Además, yo personalmente puedo ayudarte a buscar una solución. ¿Sí?

Lucinda miró su hermano y este se encogió de hombros. Julian dejaría que su mujer se encargara de todo, al fin y al cabo era una experta buscando soluciones a los problemas.

Lucinda les agradecía con todo el corazón por el intento de ayudarla, pero no había otra solución que casarse con ese bastardo que solo existía para jorobarle la vida.

—Gracias —balbuceó con la respiración agitada—, pero ya no puedes ayudarme. Todo fue culpa de esa vieja chismosa. Ni siquiera estábamos en una posición comprometida, él solo estaba ayudándome. ¿Por qué está mal visto que una mujer esté a solas con un hombre? ¿Por qué los componentes de la alta sociedad fingen ser unos ángeles cuando en realidad son los demonios personificados, esperando la oportunidad de poder destruirte sin piedad? ¿Por qué? —volvió a desahogarse entre llantos.

Tras unos minutos de conversación, Lilah dejó que Lucinda se fuera a descansar a uno de sus dormitorios de invitados, al día siguiente ya buscarían juntas la perfecta solución de este grave problema.

Ya era de noche. Lilah se encontraba en el comedor, iluminado por enormes lámparas de velas arañas, cenando junto con Julian y conversando sobre lo ocurrido.

—¿Qué vamos hacer ahora, Julian? —preguntó mientras cortaba el filete de carne y se lo metía a la boca.

—Nada —No quería ni iba a declararle un duelo a James por diversas razones. Primero, él era su cuñado. Segundo, le caía bastante bien como para hacerle daño. Y, por último, porque James era incapaz de hacerle daño a su hermana. Un matrimonio entre ellos hasta podía ser beneficioso para ambos.

—¿Cómo que nada? —gritó alterada, poniéndose de pie. Con ese movimiento provocó que la copa de vino se derramara manchando el mantel.

—No me lo puedo creer —farfulló entre dientes, tocándose la sien—. Julian, debemos hacer algo. Ellos ni se quieren —argumentó con el propósito de hacerle ver que un matrimonio entre ellos sería un desastre.

—Nosotros nos casamos sin estar enamorados —repuso Julian, mintiendo con una tranquila sonrisa.

Él la amaba, pero ella nunca lo iba a hacer. ¿Por qué iba a amarlo?

A Lilah le dolió saber que Julian no estaba enamorado de ella. Eso era bueno, ¿no? Así tendría la esperanza de desenamorarse y vivir la vida que siempre quiso. Una vacía, sin amor y sin emociones.

—Pero nosotros somos amigos —replicó contrariada, sin que su voz temblara—. Por eso, creo que ellos se odian si se casan. Eso si ya no lo hacen. Además, ¿no le habías prometido a tu hermana que no le ibas a casar sin su consentimiento? ¿De verdad quieres romper esa promesa? Eso sería un golpe demasiado bajo, esposo.

Julian se encogió de hombros, divertido con todo esto. Le encantaba ver cómo Lilah intentaba argumentar los contras de ese matrimonio. Era un encanto cuando ella quería.

Aspiró el aire percibiendo su fragancia. Olía a jazmín. El aroma de su esposa. Cerró los ojos, enamorado y totalmente encantado por ella.

—Vale, cariño. —a Julian no le quedó más remedio que aceptar—. Pero debes prometerme que no te vas a entrometer en sus asuntos. Dejarás que ambos solucionen sus diferencias y tomen la correcta decisión.

Lilah puso una cara pensativa, pero finalmente accedió a las condiciones de Julian. Caminó en su dirección y al llegar, se tiró encima de él.

—Tengo el mejor esposo —confesó Lilah.

Y era cierto. La escuchaba, la hacía feliz y siempre estaba a su lado, apoyándola. Así cómo le había demostrado durante esos últimos cinco meses. Pero solo quería una cosa de él. La más importante. Su corazón. Deseaba con una increíble pasión que la amara. Aunque ese deseo era cada vez más imposible. Durante todo ese tiempo, aprendió que nunca se podía forzar a una persona a que te amara. Solo se podía dejarlo ir si no te correspondía. Pero Lilah quería intentarlo por última vez. Siempre la última jugada era la ganadora. Sin perder la fe, conseguirá que su esposo la amara sin condiciones, sin fuerzas, sin nada importante. Solo con la unión de corazones y mentes.

Capítulo 19

*Hasta en una vida tan triste como la mía
no faltaba alguna vez un rayo de sol.*
Charlotte Brote

«Es una locura», pensó Lilah demasiado nerviosa con el plan mientras se dirigía con pasos decididos hacia Julian, quién se encontraba sentado en un enorme banco al lado de su hermana y de su madre. Los tres se ubicaban en el célebre parque de Londres, charlando entre ellos sin fijarse en nadie más. Los brillantes rayos del sol caían sobre sus cabezas creando un inolvidable arte.

¿Debía hacerlo? No estaba segura. ¿Y si a Julian le molestaba ser el centro de atención? Si era ese el caso, lo mejor sería romper el compromiso. Ella no iba a cambiar su forma de ser por alguien. Si a esa persona no le gustaba su personalidad, pues que se jorobara. Pero Lilah sabía que ese no era el caso de Julian. Parecía que él sí disfrutaba estando con ella. ¿O tal vez estaba fingiendo? ¡Maldita esta inseguridad! ¿Desde cuándo se había convertido en una persona insegura? Ella no era así y nunca lo será.

Sacudió violetamente la cabeza en el mismo instante en que Julian giró su rostro en su dirección y se sorprendió al verla parada en medio del camino. Lilah lo saludó sonriéndole desde lejos, con un movimiento de manos, mientras se acercaba más a él. En cuánto estuvo más o menos a su altura, dejó de caminar y se quedó quieta en su sitio.

—¡Caballeros y damas! —exclamó Lilah de repente, con voz tierna y lo suficientemente alta para que la gente que estaba a su alrededor la escuchara—. ¿Vieron a ese caballero sentado de allá? —Señaló a Julian, quién bajó la mirada avergonzado. No quería que nadie viera sus rojizas mejillas. Era un hombre, no una mujer. Si alguien lo viera, será tachado como un afeminado—. Es mi prometido y aquí, enfrente de todos, lo cortejaré como se debe.

La gente que paseaba de un lado a otro disfrutando del buen clima de otoño se detuvo al escucharla. Unos estaban interesados en escuchar el discurso, lo otros simplemente seguían los pasos de sus familiares cotillas.

Julian pensó que iba a morir de la vergüenza. Pero aún así, estaba feliz. Tal vez, porque la mujer que amaba estaba esforzándose por cortejarlo sin saber que él ya estaba rendido a sus pies, anhelando con una increíble fuerza que correspondiera sus sentimientos. Esa era su fantasía, su verdadera meta en la vida, estar con ella, disfrutar de su grata compañía, compartir su vida con ella, sonriendo y disfrutando juntos el matrimonio.

Eso lo podía poseer, pero tener el corazón de esa rebelde que tanto amaba era una misión imposible. Se conformaba con de tal de tenerla en su vida. No podía imaginarse una vida sin su Lilah. Jamás de los Jamases.

Poco a poco, levantó la vista y lo que vio le hizo reír como un tonto enamorado. Verla con esa expresión tan radiante, recitando ese poema tan característico de ella, evaporó toda su tristeza.

Podía no tener su amor, pero ella lo eligió y deseaba compartir con él momentos de su vida. Eso era lo único que podía tener.

Julian se encontraba en el comedor desayunando tranquilo, como si nada hubiera ocurrido el día anterior. ¿Cómo podía estar tan sereno cuando su hermana estaba sufriendo? Lilah no podía comprenderlo.

Julian levantó la mirada y, en ese instante, pilló a su esposa contemplándolo desde la entrada del comedor. La sonrisa que le dedicó le rompió lentamente su corazón. Era tan inocente. Tan bonita. Tan maravillosa. Era su hermoso sueño.

Lilah tenía demasiado miedo de despertar de ese magnífico sueño y encontrarse con la pesadilla de que le esperaba la dura vida. Julian se dio cuenta enseguida de que su esposa estaba a su lado cuando aspiró su dulce aroma de jazmín, que invadió todo el lugar.

Le hizo gracia cuando vio su recriminatora mirada, por eso le había proporcionada esa jovial sonrisa. Debía ser él quien estuviera enfadado por lo ocurrido, no ella. Pero qué iba a hacer, esa era su Lilah, la mujer a la que le encantaba cambiar los roles tradicionales de un matrimonio.

—¡Buenos días, princesa! —saludó bromista, consiguiendo como respuesta un gruñido—. ¿Has dormido bien? —inquirió travieso.

Él sabía que no, teniendo en cuenta que habían estado toda la noche con risas y diversión. Se sonrojó al recordar que su esposa había estado confesándole sus pensamientos de cuando se conocieron de jóvenes. No solo tenía una rebelde de esposa, sino también era una dama más inteligente. ¿Cómo podía recordar todos los detalles con esa claridad? Julian tenía una buena memoria, pero nada comparado con Lilah. Era realmente afortunado por tener esa mujer tan única y especial, que lo iluminaba como el sol más brillante su sosa y aburrida vida.

Lilah apretó las manos, furiosa. ¿Por qué se estaba enfadando? Ayer le gritó y ahora lo mismo. Él no dijo nada fuera del lugar, pero aún así, le exasperaba que estuviera tan calmado cuando ella estaba ardiendo en llamas.

—¿Cómo puedes comer con tranquilidad sabiendo que tu hermana está arriba, destruida? No te entiendo. Debes estar furioso, con ganas de matar a mi hermano. No así, silencioso como si nada había ocurrido.

Julian se encogió de hombros, sonriente. Después de convivir tanto con Lilah, se le había pegado también esa manía.

—¿Qué debo hacer, mi querida esposa? —preguntó con una inocencia fingida.

Y allí fue cuando Lilah perdió totalmente los estribos.

—No sé —respondió con un refunfuño—. Tal vez, podías retarle a un duelo para proteger la honra de tu hermana. Pero solo fue una sugerencia —ironizó.

Julian soltó una carcajada.

—¿Acaso no me prometiste que no te ibas a meter más en ese tema? Debes confiar más en tu hermano.

Lilah bufó de nuevo. No quería escucharle ni tampoco aceptar la realidad.

—Ninguno de nosotros sabe lo que ha ocurrido, así que antes de victimizar a mi hermana o echarle toda la culpa a tu hermano, debemos saber qué fue lo que pasó y luego buscaremos la solución ideal. ¿Sí, amor?

En contra de su voluntad, Lilah asintió. «¡Maldición!», blasfemó mentalmente, Julian tenía la razón absoluta. No debió haber pensado mal sobre su hermano. Aunque él era uno de los libertinos más conocidos, nunca rompería sus principios forzando a una mujer. Fuera lo que fuera lo que hubiera pasado, iba a investigarlo con todo lujo de detalle. Esa sería su primer trabajo como detective.

—Tienes razón —aceptó farfullando como una niña pequeña.

—Perfecto —aseguró él con una leve sonrisa—. ¿Por qué no te sientas? Verte de pie me marea.

Lilah le sacó la lengua infantilmente.

—No quiero —negó.

Julian soltó otra fuerte carcajada. A lado de Lilah, la diversión estaba asegurada.

—¿Acaso no tienes hambre? —inquirió elevando una de sus cejas.

A pesar de que Lilah estaba famélica, negó ligeramente con la cabeza

—Deja de comportarte como una niña y empieza a comer antes de que te desmayaras —la regañó Julian con un tono humorístico.

Lilah le volvió sacar la lengua.

—Solo desayunaré en cuanto salgamos de aquí —respondió con un mohín triste en los labios.

Aunque Julian tenía hambre dejó de comer por Lilah, para que ella pudiera desayunar con tranquilidad. Dejó el tenedor y el cuchillo en la mesa y luego se limpió con tranquilidad los labios con la servilleta. Acto seguido, se levantó, y antes de marcharse del salón, caminó hacia su esposa y cuando llegó a pocos centímetros de su rostro, la tomó de la cintura, atrayéndola hacia él, y le robó un beso saboreando la dulzura de sus labios.

A pesar de que Lilah aún estaba algo enfadada con él, algo que no tenía lógica ni explicación, correspondió al beso con ganas, comenzando a profundizarlo cada vez más. Se pegó a él, frotándose contra su cuerpo. Necesitaba sentir su calor. Era como si la necesitara para respirar.

—Me tengo que ir —susurró Julian con la voz ronca. En un lapso, ya tenía el pelo despeinado, los labios hinchados y unas ansias de estar con ella durante todo el tiempo—. Nos vemos esta noche —prometió separándose de ella.

Mientras Lilah lo contemplaba con los ojos casi negros por la luz, y mordiéndose el labio inferior, Julian no quería marcharse, quería estar con ella, besándola, acariciándola, verla entre sus brazos, sentirla.

Antes de que Julian se hubiera ido, Lilah le propinó un travieso golpe en su trasero, sonrojándolo en el acto por su atrevimiento. Lilah le guiñó el ojo para luego encogerse de hombros, jovial.

Después de desayunar con un gran apetito, Lilah se encaminó hacia el aposento de Lucinda, algo preocupada. Estaba nerviosa. Su corazón empezaba a latir cada vez más rápido.

Y cuando llegó a la habitación, tocó la puerta varias veces, pero Lucinda no le abrió.

Ahora sí que estaba angustiada.

Negó la cabeza, no iba a pensar en cosas negativas. No. Tal vez, Lucinda estaba profundamente dormida, era normal por la culpa de la tristeza que sentía o por el cansancio de haber viajado desde Londres hasta Kent. Un viaje agotador con un mal humor. Eso era peor que estar en el infierno, quemándose.

Pero Lilah, al entrar al dormitorio, no halló ningún rastro de Lucinda.

Corrió hacia la enorme cama matrimonial, alarmada. Como loca, rebuscó en cada rincón del cuarto, esperando encontrar alguna que otra nota. Necesitaba una explicación. ¿Acaso se había

suicidio? Esperaba que no. Lucinda era una dama valiente. Era imposible que lo hiciera.

Pudo finalmente pudo respirar cuando ubicó en el suelo un sobre a su nombre.

Antes de leer la carta, intentó calmar su respiración agitada. Con las manos temblorosas, leyó el contenido y cuando terminó la cerró de golpe con la boca abierta.

No se lo podía creer. ¿Lucinda se había fugado con su amante italiano?

Capítulo 20

¡Qué frágil es el corazón que arde, embriagado de intentos y anhelos!
Charlotte Burnë

Después de lo ocurrido en Hyde Park, había sido una semana demasiado agotadora para Julian.

En este momento, se encontraba en su cuarto desvestiéndose, a punto de irse a dormir.

Esos últimos días habían sido una locura para él, jugando sin querer a los traviesos juegos de Lilah. Aún así, había logrado pasar momentos divertidos, inolvidables e increíbles. Todo gracias a Lilah.

Todo comenzó cuando los dos fueron a Almacks, uno de los primeros clubes que aceptaban tanto a caballeros como damas. Era el lugar de excelencia para pasar una buena noche. Aunque la pareja no solía ir a estos sitios, decidieron probar nuevas cosas.

Para ellos significaba vivir antes de que fuera demasiado tarde para hacerlo.

Al llegar al salón lleno hasta los topes, Lilah dejó caer su rostro sobre el hombro de Julian, haciendo muecas extrañas y robándole más de una vez una fuerte carcajada.

Ese era el encanto de su prometido.

Paso tras paso, movimiento tras movimiento, sonrisa tras sonrisa, el tiempo pasó guardando en una caja los momentos más imborrables. Pero el jovial ambiente cambió de repente a sombrío cuando Lilah, algo extasiada por las copas que tomó de más, confesó todos los secretos de las personas más influyentes de alta sociedad frente a los asistentes del salón de Almacks. En ese instante, esas mismas personas nombradas se encontraban allí, rojos de la vergüenza. Cada palabra que pronunciaba Lilah, más indignados estaban.

Julian intentó pararla, preocupado por ella. Pero no pudo hacerlo. Falló en el intento, sintiendo la horrible ansiedad atacándolo. Solo con pensar que tal vez uno de los lord fuera capaz de contratar un matón solo para vengarse de Lilah.

No solo ella, sino también él se había ganado enemigos mortales solo por ser simplemente su prometido. No lo podía entender. No les había hecho nada ni tampoco planeaba hacerles una insignificante broma. Ese era el trabajo de Lilah, no el suyo. Podían odiarle, pero a Julian le era indiferente ese odio.

Si se tuviera que ganar el cariño de ellos sería perdiendo a Lilah. Pues morirán esperando porque no necesitaba a nadie más que a Lilah.

Suspiró agotado, cerrando poco a poco los párpados. Bostezó estirando los brazos antes de tumbarse en su amplia cama. Pero antes de que pudiera hacerlo, la ventana se abrió de golpe y por ella entró Lilah, vestida como un hombre.

¿Ahora se volvía un hombre? ¿Acaso se había vuelto loca? Si alguien la pillaba, se meterá

en más líos de los que ya estaba metida.

—¡Lilah! —exclamó en un susurro. No quería despertar a nadie y que pillaran a su prometida vestida como un muchacho. Suspiró con desgana, tocándose su sien. La amaba pero a veces, casi siempre, Lilah le producía quebraderos de cabeza cuando intentaba protegerla, a pesar de que no había necesidad de tener que garantizar su seguridad, sabiendo que esa mujer podía defenderse a la perfección. Hasta tenía una especie de pequeña escuela donde enseñaba a las damas sus técnicas de lucha.

Era toda una multiusos. Todo se le daba bien y eso hacía que todo Londres tuviera un creíble miedo de ella.

Podía ser la dama más inmadura metiéndose en problemas, pero de repente te asombraba siendo toda una mujer madura, decidida a luchar contra las injusticias sociales.

—¿Qué haces vestida de esa manera? Si tienes planificado alguna que otra idea, te aviso que estoy demasiado exhausto como para caminar. Así que, si vas a comportarte como una dama sumisa, puedes quedarte, pero si no lo vas a hacer, te lo pido por dios que me dejes descansar aunque sean unas horas.

¿Lilah? ¿Ser una dama sumisa? ¿En serio se le había sugerido? El sueño lo trastornaba, haciéndole decir barbaridades como pedir que su prometida, conocida por ser una nata habladora y una mete todo en la vida de todos, se comportara como una tímida y silenciosa dama dejándolo descansar en paz.

Lilah se acercó traviesamente a él, sonriéndole con su típica sonrisa. Esa misma que le prometía que esta noche no conseguirá obtener la tranquilidad que deseaba. Pero en un momento, Lilah dejó de caminar después de notar el cansancio que había en los ojos grises de Julian.

Quería divertirse con él yendo a locales como Sweet Pleasure's o como Play Pleasure's, pero no era una mala persona ni obligaba a una persona cansada a salir. Tal vez, había un montón de rumores donde la tachaban de ser alguien cruel, pero ella no era así. ¿Desde cuándo luchar por sus derechos era una muestra de crueldad? Ella solo quería un mundo mejor, lleno de bondad y amor. ¿Eso era pedir mucho?

—Perdón —se disculpó, avergonzada.

Se mordió el labio inferior, sintiéndose culpable por haber pensado solamente en ella, sin cuestionar que su juguetón comportamiento podía perjudicar la reputación de Julian. De repente, sintió cómo sus ojos se nublaban por las lágrimas que caían sin cesar. ¿Por qué lloraba? Ella nunca lo hacía.

—Esto no funciona. —Su voz temblaba, sollozando. Julian merecía alguien mejor que una dama que tenía el alma desastrosa. Él necesitaba conocer a otra que tuviera la capacidad de conocerlo todo sobre él, no como ella, que en vez de conquistarlo como debía, conociéndolo más a fondo, solamente hacía las cosas que la hacían feliz a ella. Eso era egoísmo.

Al ver su mirada asombrada, decidió explicárselo. No quería que malinterpretara sus palabras.

—Yo no soy la dama que buscas, Julian. Tú necesitas alguien menos egoísta, alguien que te garantice la felicidad, no una que te meta en graves problemas. Desde que nos hemos prometido, te has convertido en un hazmerreír de la sociedad inglesa. No deseo eso.

Julian se quedó parado en su sitio, pasmado. ¿En serio esa loca pensaba eso? La culpa de todo era suya, por no confesarle sus verdaderos sentimientos. ¿Tendrá alguna vez la voluntad que necesitaba para decírselo? ¿Y si eso hacía que Lilah dejara de hablar con él? Tenía demasiado miedo. No era una jugada segura decirle la verdad pero tampoco quería que Lilah

pensara en cosas que estaban muy lejos de la verdad.

«¿Egoísta? ¿Infelicidad?», gruñó. Él no necesitaba hallar la felicidad ni en otro sitio ni con otra mujer. No. Lo que más deseaba era a Lilah. Solo con tenerla en su vida, ya era feliz.

—Niña boba —masculló Julian entre dientes—. Vuelve a decir algo así y te juro que te meto en un sanatorio, niña boba —gruñó, acercándose a ella.

Y, en un rápido movimiento, la tomó de la cintura atrayendo su diminuto cuerpo contra el suyo.

—No me importa mi impecable reputación ni quiero a una estúpida mujer sumisa, solo te deseo a ti. Me fascina cuando te burlas de la hipocresía de la alta sociedad, eso te hace valiente ante mis ojos. Me enloquece cuando te escucho reír. Eso es lo que deseo, observar a cada momento tu expresión de felicidad, sonriéndome con esa sonrisa que me llena la vacía vida con la que llevaba décadas conviviendo, esperando con anhelo tu regreso.

Lilah tragó saliva, nerviosa. No eran palabras de amor, pero Julian la necesitaba como ella a él. Tal vez, al final, cabría la esperanza de que él correspondiera sus sentimientos.

—Tu presencia es como el aire que necesito para respirar —continúo él—. No quiero vivir una vida con reglas, tú haces que sea libre como las mariposas. A tu lado soy el hombre que siempre había deseado ser, no el estirado y frío duque de Kent que todo el mundo conoce. ¿Te ha quedado claro que tú eres la única mujer que deseo como esposa?

Con la carta en la mano, Lilah corrió en dirección al despacho donde solía trabajar Julian, administrando la naviera que había heredado de su padre, junto con el ducado de Kent.

Con un sentimiento de opresión en el corazón, bajó las escaleras con rapidez, sin pensar en las consecuencias fatales si se tropezaba, se caía y se golpeaba contra el suelo de mármol. Esa no sería una agradable manera de morir.

Y, como si sus pensamientos tuvieran alas, se resbaló y acabó cayéndose en el último escalón. Afortunadamente, Dios estuvo con ella protegiéndola de cualquier mal.

Gimoteó, esforzándose para ponerse de nuevo de pie. Y, cuando lo logró, siguió con su caminata como si nada hubiese ocurrido, aunque esta vez caminó más despacio, fijándose por dónde pisaba.

Julian estaba realizando el cálculo que necesitaba para comprobar cuánto dinero debía pagar para la nueva inversión cuando, de repente, la puerta se abrió para permitirle la entrada a una Lilah con la respiración agitada.

Preocupado, tiró la pluma, manchándose el papel, pero no le importó, ver a su esposa entrando de esa manera tan angustiada era lo peor que le podía ocurrir a un hombre enamorado.

Se puso de pie, corrió hacia los brazos de su amada, rodeando todo el escritorio solo para llegar hasta ella cuanto antes.

Lilah se tiró encima de él aspirando su embriagador aroma. Justo lo que necesitaba para calmar su intranquilidad.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó Julian preocupado, acariciando su pelo con cariño.

—Lucinda se ha escapado con su amante —exclamó temblando mientras se separaba de él y le entregaba la carta—. No me lo puedo creer —susurró para ella.

Julian soltó unas cuantas groserías por la boca, aceptando la carta que le estaba pasando Lilah. Aún con las manos danzando, leyó su contenido, pero al terminar, tenía claro lo que iba a hacer próximamente. Quería matar a Lilah. Aunque la culpa era toda suya, por haber esperado lo peor cuando vio entrar a su mujer de esa manera tan dramática.

Sí, estaba mal visto que una mujer comprometida se fugara con su amante, pero no era tan

grave como tener el miedo de perder a su esposa.

—Quiero matarte, ¿lo sabes, verdad?

Lilah abrió la boca al oírlo. Se sonrojó cuando vio enfado en su rostro. Maldición, tal vez había exagerado demasiado. ¿Por qué era tan exagerada? Seguramente, Dios para creerla usó todo el bote de exageración extrema y creo una reina de los problemas.

Le dedicó una inocencia sonrisa a su marido, haciendo adorables mohines con la boca.

—Esperaba lo peor y resulta que era esto... —añadió Julian.

—Pero... ¡Estaba preocupada por lo que dirá la sociedad! —Lilah lo interrumpió.

Tal vez había dramatizado, pero estaba preocupada por Lucinda y por Julian. Su cuñada sería totalmente repudiada por la sociedad, aunque eso no era su principal angustia, porque si Lucinda había tomado la decisión de escapar con su amado era porque sabía hasta donde quería arriesgar, pero Julian sería el que recibiría todos los golpes. No solo se había casado con la mujer más problemática de toda Inglaterra, sino que también su hermana había tenido la desfachatez de huir a otro país con su amante cuando estaba comprometida con otro hombre. Eso para la alta sociedad era el pecado personificado.

—¿Acaso crees que me importan las habladerías? En vez de darme sustos de muerte, tendrías que haberlo celebrararlo, ¿no crees? Mi hermana ahora es libre de un compromiso que no quería. Y estoy orgulloso de ella. Me fascina saber que mi hermana ha sido lo suficientemente valiente para luchar por lo quiere.

No como él, que cada vez era más cobarde para confesarle a su mujer sus sentimientos por ella. Tenía que decírselo antes de que fuera demasiado tarde. Pero la cuestión era cuándo hacerlo. ¿Sería lo suficientemente valiente para enfrentar la derrota? Pasara lo que pasara tenía que hacer algo de una vez porque esta cuestión le estaba atormentándolo cada vez más.

Lilah suspiró aliviada. Se dio cuenta de repente de que nunca iba a arrepentirse de haber dejado su libertad y haberse casado con él. Sin pensarlo ni un momento más, se echó a sus brazos.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida —se sinceró con él.

Tal vez no era lo suficientemente osada para admitir todo el amor que sentía por su esposo, pero él tenía derecho a conocer una pequeña parte de esos profundos sentimientos.

—Debiera castigarte, pero no puedo —gruñó él, pero al notar la triste mirada de Lilah, decidió bromear y olvidar el incidente—. ¡Oh, majestad! Estoy débil ante usted, ¿qué debo hacer? —bromeó causando que Lilah se echara a reír a carcajadas.

Julian esbozó una sonrisa cuando sintió el golpe que le proporcionó Lilah en su brazo. Todo volvía a la normalidad, excepto una cosa, ya no quería ser más su amigo. Ya no podía más. Lo sucedido le había hecho darse cuenta de la importancia de luchar por lo que uno quería antes de que fuera demasiado tarde.

¿Por qué tenía miedo? Podía ser un imposible sueño, pero con la esperanza y el esfuerzo, uno podía hasta tocar la luna. A partir de este instante, Julian iba a conquistar a su mujer. Quería tener el corazón de una rebelde.

Capítulo 21

Cuanto te vi me enamoré y tu sonreíste porque lo sabías.
William Shakespeare

Después de que se hubieran sincerado, bueno casi todo, ninguno de los dos fue lo suficientemente valiente para hablar sobre sus sentimientos. Lilah intentó dejarse de meterse en escándalos. Solo estaba enfocada en conquistar a su amado prometido. Aunque más bien lo estaba intentado, ella no podía mantener la boca cerrada si veía alguna que otra injusticia.

Al final, nada le había ido como quiso. Estaba tan ocupada, tumbándose en el sofá de la biblioteca mientras Julian se encontraba fuera, preparándose para la boda.

¿Para qué hacer el esfuerzo de elegir al vestido perfecto? Si eso solo eran tonterías. Además, él conocía a la perfección cuáles eran sus gustos. ¡Cuánto lo amaba! Sus detalles, su sonrisa, su sonrisa, sus ojos grises, su caballerosidad, sus buenos chistes. Era el hombre ideal para ella.

¡Qué pereza! bostezó aburrida. Estos últimos días fueron el aburrimiento personificado. Tenía que hacer algo antes que se muera lentamente. ¿Y si...? Lilah se puso de pie, emocionada. Había encontrado la diversión que estaba buscando entre sus pensamientos.

Con una expresión traviesa, salió de la biblioteca corriendo, dirigiéndose hacia la salida. Visitar a su cuñada Gretha era la respuesta que necesitaba para tener la diversión garantizada. También porque era divertido ver su hermano mellizo vestido de criada.

«El karma es dulce», pensó.

Lilah soltó una suave risa cuando Iker una vez le había confesado a ella que quería enamorarse de una dama dulce y tímida, todo lo contrario a lo que era su personalidad, pero al final terminó casándose con una mil veces peor que ella.

En vez de mandar a que le prepararan el carruaje, decidió que lo mejor sería caminar, teniendo en cuenta que la casa veraniega donde vivía la pareja estaba a pocos metros del palacete familiar.

Mientras caminaba, Lilah pudo pensar en más ideas de cómo conquistar a su hombre, pero que a la vez que sea a su estilo. De repente, una oleada de aire frío elevó todo su vestimenta, revelando sus pantaloncillos de tela fina de algodón. Pero desgraciadamente no podía bajar la falda teniendo en cuenta que sus manos estaban sujetando la cofia que al parecer quería volar a los lejos.

No le importaba dejarla ir, ella también tenía derecho de ser libre y feliz, pero últimamente hacía tanto frío que sin sus cofias, su cerebro estaría más que helado. Afortunadamente, el aire se calmó y pudo seguir andando como si nada hubiera ocurrido. Al menos para su orgullo, no había nadie viendo ese espectáculo.

Al llegar a su destino, se encontró con la puerta principal abierta. Como toda una reina, Lilah entró sin la necesidad de llamar al mayordomo, quién no era más que su hermano mellizo.

Seguramente Iker estaría en la cocina, intentando recrear nuevas recetas de manjares mientras Gretha estaría en el despacho, administrando la nueva empresa que habían creado ambos hacía poco para matar el tiempo en vez de gastarlo en nada, como todos los de la nobleza hacían.

Lilah estaba orgullosa de él por esforzarse en encontrarle sentido de su vida. Y sabía que al lado de Gretha, lo iba a lograr.

En vez de dirigirse a la cocina y saludar a Iker, decidió ir directamente en busca de Gretha. Solo ella era lo suficiente demente para aceptar el plan que tenía pensado. Y no se equivocaba, porque en cuanto se lo propuso, su cuñada aceptó al instante.

Esta noche, Romeo y Julieta tendrían una representación especial. Pero solo habrán unos pequeños cambios. Ya no existirá ese final tan trágico ni tampoco serían Julieta y Romeo, sino Julieta y Romea.

Al final, todas las promesas que se hizo a sí mismo Julian no pudo cumplirlas. No podía, simplemente no podía. Estaba destinado a ser un cornudo por no decirle la verdad a Lilah. ¿Acaso no se prometieron ser sinceros el uno con el otro y decirse siempre la verdad?

Era un maldito cobarde. No podía. Simplemente no podía hacer el esfuerzo de conquistarla. Tenía tantos dilemas en su mente, pero ninguna posible solución.

Julian bufó gruñón. ¿Ahora qué iba a hacer? ¿Seguir siendo solo su amigo? Aunque si ella no lo amaba, siempre tendrían esa especial amistad que los había unido en el primer momento. Nada ni nadie podría separar esa unión.

Cerró el libro de contabilidad. No estaba de humor para concentrarse en la administración de la naviera. Lo que deseaba era buscar la opción ideal para salir de ese problema que cada vez lo estaba atrapando más. Necesitaba hallar la solución ya.

Ahora que estaba motivado, rebuscó entre tantos libros que tenía en su escritorio hasta encontrar uno que había hallado el otro día en una librería. En él se explicaba cómo conquistar a una dama. Julian llegó a la conclusión que leerlo en este momento era lo ideal, pero antes que se pusiera a ello, unos toques en la puerta lo interrumpió.

Alzó la vista enfurecido porque nada le salía como quería, encontrándose con el diminuto cuerpo de Liberty, una vieja criada que estaba con él desde que tenía uso de razón.

—¿Sí, Liberty?

—Señor, es la hora de la cena y su esposa al ver que llegaba tarde me indicó que debía informarle.

¡Maldición! Estaba tan inmerso en su mundo que no se había dado cuenta de que ya había oscurecido. Le dedicó una suave sonrisa a Liberty.

—Gracias —le agradeció mientras se acomodaba en su asiento—. Dile que pronto estaré con ella —ordenó cortésmente.

Liberty hizo una leve inclinación y acto seguido, salió del despacho de su señor.

Cuando Julian se puso de pie, sin querer tiró varias hojas al suelo. Se arrodilló, a recogerlas cuando observó algo que le había llamado la atención. Eran unas entradas para el teatro como felicitación al matrimonio que había contraído con Lilah. Justo lo que necesitaba. Una cita romántica con su hermosa mujer.

Miró al «cielo», agradeciendo a Dios por echarle una mano en el momento que más lo

necesitaba.

Lilah jugueteaba con sus dedos nerviosa, esperando a su esposo. Estaba hambrienta, pero no quería comenzar a comer antes de la llegada de Julian.

Hizo un mohín, tocándose su barriga mientras oía el sonido que hacía. ¿Por qué tardaba tanto? ¿Acaso había salido? Tragó saliva, cerrando los ojos, rezando en silencio para que no le ocurriera nada trágico a su esposo. No quería perderlo. No estaba preparada para ello. Ni siquiera había tenido la oportunidad de pronunciar un simple «te amo». Ni tampoco de demostrarle lo mucho que lo amaba.

Maldición, era estúpida. Tenía que haber sido valiente, como lo era siempre, y confesarle de una vez por todas que la razón por la que había aceptado casarse con él no era otra que el amor.

Capítulo 22

*Antes que nada ser verídico contigo mismo.
Y así, tan cierto como que la noche sigue al día,
hallarás que no puedes mentir a nadie.*
William Shakespeare

Julian se encontraba tumbado en el dorsal de su cama, leyendo un romántico libro que había robado en la secreta biblioteca de su hermana mayor. Nunca había comprendido las burlas que había recibido Orgullo y Prejuicio, de Jane Austen. Esa novela era una maravillosa, como todos los escritos de esa prestigiosa escritora.

A pesar de que la vela le iluminaba poco, podía leer a la perfección. Cada palabra le emocionaba más..

Quería trasnochar. Leyendo y leyendo hasta que la luz de la vela se apagara lentamente. Pero desgraciadamente tenía que madrugar al día siguiente. O tal vez no, podía pedirle a Lilah si quería encargarse de la administración por una temporada mientras él se dedicaba a leer las novelas que tanto amaban las damas. Tenía la certeza de que ella estaba más que capacitada para ese puesto de trabajo. Su prometida era el talento personificado.

Un sonido proveniente del exterior interrumpió su profunda concentración en la lectura. Julian bufó, pero siguió leyendo. Estaba seguro de que solo había sido un hambriento animal deambulando por los jardines. Sin embargo, el sonido cada vez se hacía más ruidoso.

No era un hambriento animal, de eso estaba seguro ahora. ¡Era el sonido de piedras! Tenía que ser obra de Lilah. Aunque si hubiera sido ella, ya estaría aquí, en su aposento, molestando.

Cerró de golpe el libre, maldiciendo su mala suerte. Se puso de pie, dirigiéndose hacia el ventanal. Despejó la cortina y se quedó pasmado en cuanto vio lo que estaba pasando allí fuera.

Él siempre había sabido que su prometida era una especie única en este mundo. Pero en ese instante, esa mujer superaba con toda la certidumbre a la fantasía. Tenía una rosa en la boca y lo miraba con esa sonrisa que tanto le volvía loco. Quería tener su corazón. Libremente. Sin presiones. Sin posesiones. Ella era como un pájaro. Para ser feliz, debía expandir sus alas y volar lo más lejos que podía. Y él, como su fiel admirador, no sería más que su otra mitad. La parte sensata y madura.

Eso era amor. Amar era complementar esas piezas que faltaban, uniéndolas en un solo puzle. La comunicación, el respeto, el deseo, el amor y la sinceridad eran las piezas más importantes para encontrar a tu verdadera alma gemela.

—Oh, Julieto —manifestó Lilah mientras Julian abría el cierre de la ventana. Y como

siempre, Lilah pudo adentrarse en su cuarto sin ningún problema—. Este amor que siento por ti me consume día y noche. No puedo aguantar más las ganas que tengo de besarte lentamente. Quiero que me ames como yo lo hago. Eternamente y libremente.

Julian tragó saliva. Sabía que no era más que escena inventada para darle un toque de dramatización. Tal vez una escena de Romeo y Julieta. Pero aún así, no pudo evitar de emocionarse. Era lo único que deseaba. Quería que su futura mujer lo amara, pero cada vez más estaba más convencido de que eso será improbable que ocurriera.

Era un día soleado de primavera. El clima alegre y bueno, el aire refrescante y los sonidos de la naturaleza eran un conjunto lleno arte.

Durante el recorrido de la pareja por el jardín, ambos se sintieron extraños con la presencia del uno al otro. Estaban pensativos, buscando la manera de ser sinceros con sus sentimientos, pero no estaban preparados para dar el primer paso.

Al regresar a la entrada de su hogar, Julian miró directamente a una silenciosa Lilah.

—Cariño, ¿aún estás preocupada por lo de Lucinda? Te dije que todo estará bien, amor.

—Sí, sí, sí —susurró débil, evadiendo esa mirada que tanto la hechizaba.

En realidad, estaba serena por el tema de Lucinda. Su preocupación era más bien ser una pusilánime. No era lo suficiente valiente, algo que no comprendía, para decirle la verdad a Julian acerca de sus sentimientos.

—¿Estás segura? —insistió él, convencido de que su esposa estaba comportándose de una manera rara. Ya no era la Lilah traviesa y alegre que había conocido. Tenía una oscura expresión en su rostro. Y eso le preocupaba demasiado.

Tenía que hacer algo para que recuperara esa alegría que tanto la caracterizaba. No sabía cómo, pero tenía fe en que ir al teatro a ver *Romeo y Julieta* sería una forma de recuperarla.

Sonrió como un niño pequeño emocionado al imaginarse esa noche.

Lilah cerró los ojos, preparándose para finalmente confesar que lo amaba. Abrió la boca y esperó a que le saliera una voz segura, no nerviosa. No podía creerse que la supuesta rebelde, la cual nunca estuvo temerosa a nada o nadie, ni siquiera de la muerte, estaba temblando de nervios.

Limpio sus sudorosas manos en la suave tela de su rosado vestido.

—Yo —carraspeó mientras Julian la miraba con atención y, en ese mismo instante, le vino un ataque de valentía. Ese era su momento. Ahora o nunca.

—Julian, quiero decirte que...

La puerta del salón principal se abrió de golpe, apareciendo ante ellos el cuerpo proponente de su hermano, James. Se quedó conmocionada viendo esa barba de días, esa expresión tan desastrosa y melancólica. El hombre que era conocido por ser simpático y jovial se había convertido en un hombre frágil.

Le dolió verlo de esa manera, en lo más profundo de su ser. Jamás estuvo así, ni siquiera después de su trágica relación con April. Tal vez se había enamorado de Lucinda y esta le rompió el corazón huyendo con su amante.

Lo sabía. Sabía que amar era sinónimo de sufrir. Toda la motivación que había tenido antes se evaporó en un cerrón de ojos. El amor que le profesaba a Julian sería su eterno secreto. Nunca se lo dirá, ni en el lecho de su muerte.

Julian no era un hombre dado a la violencia. Siempre había sido un caballero tranquilo y sensato, pero ahora mismo tenía unas enormes ganas de golpear sin cesar a cualquier objeto. Necesitaba saber qué era lo que Lilah quería decirle antes de ser violentamente interrumpida, pero tenía más remedio que esperar. Eso si Lilah deseaba compartirle esa cosa que tanto la turbaba.

Le gustaría tener esa capacidad de manipularla diciendo que habían prometido confesarlo todo entre ellos, pero no era lo ideal. En primero lugar porque eso sería un golpe bajo de su parte. Y en segundo, él tampoco había sido del todo sincero con ella. Le ocultaba el hecho de que la amaba con tanta pasión que ya no podía aguantar más las ganas de gritarlo a todo pulmón. Pero la inseguridad lo dominaba más.

Lilah se puso de pie, caminando hacia su hermano. En ese momento lo abrazó en silencio. Sabía que lo necesitaba. Lo podía sentir en sus ojos.

James suspiró aliviado al notar que no importaba el qué, el cómo ni el porqué, siempre tendría el apoyo de su hermana. Con ese pensamiento cerró los ojos y rompió a llorar con sollozos punzantes mientras correspondía al abrazo con una creíble fuerza.

Julian tomó la decisión de marcharse del salón, dejándolos solos. Cuando los contempló fundiéndose en un único abrazo, notó que los dos hermanos necesitaba tener su propio espacio.

Cerró con él la puerta y se encaminó de nuevo hacia su despacho. Mientras tanto, él podía empezar a escribir la correspondencia donde citará a Luke, su amigo de años, requiriendo su ayuda urgentemente.

—Es por Lucinda, ¿verdad? —murmuró Lilah, separándose de él.

Con la tela sedosa de su guante, limpió sus lágrimas y encaró su rostro con sus ambas manos.

—¿Qué? —inquirió asombrado—. No. —Sacudió varias veces su cabeza—. Ella me cae bien, a pesar de que me paso todo el rato peleando con ella. La considero una amiga. Por esa misma razón, la ayudé esa noche donde esa maldita chismosa nos pilló y eso me causó más problemas de los que ya poseo.

Eso le llamó más atención que pensar en James enamorado de Lucinda. La curiosidad la estaba comiendo lentamente todo su cuerpo, deseaba averiguar cuál era la historia. Por eso le sonrió de oreja a oreja, animándolo que comenzara con su relato.

—Todo comenzó cuando me fije en ella —empezó decir James cuando averiguó el significado de la sonrisa de su hermana. Sabía que ella quería conocer todos los detalles y él estaba más que gustoso de contárselos. Necesitaba desahogarse con alguien.

«¿Qué ella? ¿Lucinda? ¿U otra?» Pensó Lilah mientras.

—Te juro que nunca he sentido nada igual por ninguna mujer, ni siquiera por April. Ella es el mayor tesoro que poseo. Estoy perdidamente enamorado de ella. Sí, la amo. Pero, nunca estaremos juntos. Esta mierda de sociedad se encargara de ello, de eso estoy seguro. Alguien privilegiado no puede casarse con una chica de servicio. En mi caso, no me importaría demasiado contraer nupcias con ella. Pero sería un amor egoísta. La amo tanto que no quiero verla sufrir por culpa de esas ratas crueles.

Dios mío. Su hermano se había enamorado por primera vez de alguien y no era más que una sirviente. Lilah tenía toda la certeza de que sería una gran dama si le daban la oportunidad. Pero no pudo evitar un triste suspiro. Eso era más trágico que su caso.

Solo deseaba de todo corazón que James y esa desconocida tuvieran el esperado feliz final. Su hermano mayor lo merecía, aunque la exasperaba todo el tiempo. Lo ayudará. Eso ya estaba decidido.

Tal vez, estar ocupada con el tema amoroso de su hermano, le ayudara a olvidarse, aunque fuera por unos momentos, de su cobardía.

—Huye con ella. Si tanto la amaras, lo harías. Pero antes debes asegurarte de si eres lo suficientemente valiente para luchar por vuestro amor. No irás a ilusionarla, ¿verdad? Sé que no eres ese libertino que tanto dicen, pero no quiero que por culpa de esta sociedad pierdes la oportunidad de ser feliz. No dejes que nadie os dicte vuestro destino. ¿Por qué debes amargarte

para su beneficio? En donde vivimos nos falta demasiado amor. ¿Qué más da casarse con una sirvienta que con una noble? Al fin y al cabo, todos somos seres humanos y no tenemos el poder de controlar nuestros corazones. No podemos elegir de quién nos enamoramos Y sé con certeza que esa decisión será lo más maravilloso que te pueda ocurrir. Claro está que si ambos individuos se encuentran enamorados.

Cuando James se marchó un rato después, agradeciéndole a su hermana gratamente haberle escuchado y sorprendido por sus consejos serios y maduros, Lilah simplemente asintió, feliz por haber podido ayudarlo.

Al final, decidió que ya no se metería más en los asuntos de sus hermanos. Siempre se había sentido superior y más fuerte que ellos, pero ahora era al revés. Ahora mismo, no era más que una idiota cobarde.

Capítulo 23

El amor no mira con los ojos, sino con el alma.
William Shakespeare

—¿Qué? ¿Que me levante de mi sitio? —bramó Lilah indignada—. ¿Por qué debería? ¿Acaso cree que soy tu hacedor de deseos? En primer lugar, me lo pide por favor y con respeto y sin ese aire de superioridad. Y después se espera a que decida si me apetece o no cumplirlo.

Estaban en el teatro, viendo la obra más reconocida de esta temporada, donde Lilah, ignorando las súplicas de Julian, se había sentado en el asiento de Lord Belfort solo para jorobarlo. Se lo tenía merecido por haberse metido con su prometido. Nadie molestaba a Julian. De eso, ella se encargaría.

Julian se quedó en su sitio, observando cómo Lilah se burlaba públicamente de Lord Belfort. Aunque intentaba calmarla, se encontraba disfrutando del espectáculo. Esa rata de Belfort había cavado su propia tumba al haber criticado su hombría frente a Lilah. Y solo porque era atento con su prometida. Así que, Julian se encogió de hombros contemplando divertido cómo Peter estaba que echaba humos. Y para rematar el golpe, Lilah le guiñó un ojo mientras se ponía de pie.

—Su primer y último deseo cumplido. Ya no habrá una próxima vez, se lo aseguro. —Dicho esto, Lilah se levantó como toda una reina y caminó de regreso al lado de Julian.

En ese momento, lo tomó del brazo, poniendo su cabeza en su hombro y cerrando sus ojos sin dejar de sonreír cariñosamente.

—Si alguien te molesta, solo debes decírmelo, ¿sí, Julian? —Este asintió ligeramente—. Perfecto. No voy dejar que nadie moleste a mi pequeño bebé —le susurró al oído, jugueteando con su nariz y haciendo que Julian no dejara de reírse a carcajadas.

Cuando salía con su prometida la diversión estaba garantizada.

Julian regresó al aposento que compartía con Lilah tras realizar un recado. La halló tumbada en el dorsal de la cama, leyendo un libro. Juzgando por el título, parecía ser una novela de fantasía.

Eran tan diferentes. Ella era el sol y él la luna. A ella le encantaba leer libros dramáticos y a él las novelas románticas con final feliz. Ella era divertida y alocada mientras él era tímido y sensato. Todos sus pasatiempos, sus gustos, sus pensamientos y sus comportamientos eran distintos, pero extrañamente se complementaban, sacando lo mejor del uno al otro.

No importaba si iba a repetirlo o no, pero nunca se cansaría de decir que eso era amor.

—¿Todo bien? —preguntó preocupado al verla inmersa en ese silencio sepulcral.

No quería verla mal ni que tampoco sufriera.

Cuando ocurrió lo de James en el salón, estuvo a punto de desmayarse cuando sintió esa triste expresión. Era como si su alma estuviera quemándose. Así fue exactamente la sensación.

—Mmm—murmuró distraída.

Julian se dio cuenta de que la había molestado. ¿Quién no lo haría? Lo que más odiaba un lector era ser interrumpido, sacándolo del mundo literario.

Esbozó una sonrisa al verla tan encantadoramente atenta a su lectura, al mismo tiempo que se quitaba la ropa hasta quedarse en tal solo con el pantalón y una camiseta de algodón. Se acurrucó entre sus brazos, atrayéndola hacia él. Aspiró su aroma, cerrando los ojos.

Deliciosa, pensó sintiendo cómo su masculinidad se levantaba.

—¡Qué vergüenza!—exclamó Julian sonrojándose. Parecía un adolescente con las hormonas descontroladas cuando ni de joven había sido así. Bueno solo había tenido pensamientos lujuriosos cuando estaba cerca de Lilah, quién en ese entonces era Louis.

—Por fin—suspiró emocionada, cerrando el libro y lo dejó en la pequeña mesilla que tenían a lado de su gigantesca cama.

—Ahora tienes toda mi atención, esposo mío—dijo, girándose para mirarlo directamente a los ojos—. ¿Qué fue lo que me dijiste?—Antes que Julian pudiera responderla, volvió a hablar—. ¿Todo bien? Pues sí, mi hermano simplemente se ha enamorado y como la sensata hermana que soy le he da...

Julian la interrumpió, riéndose a carcajadas.

—Aunque yo te... estimo.—Tragó saliva, nervioso. Estuvo a punto de confesarle esas prohibidas palabras, pero afortunadamente se había salvado—. Tú eres todo lo contrario a la sensatez, cariño mío.

Lilah bufó, asintiendo ligeramente. Tenía razón. Era insensata sobre la mayoría de las cosas, pero no en el tema del amor.

—En fin, estábamos hablando sobre mi hermano, no sobre mi comportamiento hacia la vida—masculló entre dientes—. James se ha enamorado de su criada que... —Se interrumpió cuando notó que su esposo le miraba los labios. Inevitablemente, se los lamió—. Julian... —susurró, sintiendo cómo el deseo se apropiaba de su cuerpo.

—Lilah.—Incontroladamente, sus manos se dirigieron a su rostro, acariciándolo con dulzura—. A veces creo que eres una bruja, cariño. Me hechizas tanto que...

Lilah lo calló, besándolo con pasión. Lo necesitaba como necesitaba el aire. Lo amaba como amaba su libertad.

Julian se dejó de llevar por esos apasionados besos, gimiendo suavemente. Cerró los ojos cuando notó el delicado cuerpo de Lilah encima de él, acariciando lentamente todo su cuerpo mientras lo besaba con tanta pasión, que sentía que iba a consumirse entre las llamas del éxtasis.

En ese instante, ambos dejaron de acariciarse el uno al otro y por un momento fugaz, se miraron y, sin la necesidad de expresar alguna que otra vacía palabra, sus cuerpos se fundieron en uno amándose.

Al día siguiente Lilah despertó encontrándose con la cama vacía. Seguramente Julian estaba desayunando abajo, o en su despacho trabajando. Estiró su cuerpo, sonrojándose al recordar cómo había sido hacer el amor con su esposo. Tocó sus mejillas. Estaban que ardían. No eran mejillas, sino dos pequeños volcanes a punto de erupción.

Lo habían hecho más de dos veces y cada vez, más apasionados.

Sacudió ligeramente la cabeza, poniéndose de pie y, sin tener la necesidad de llamar a su doncella, se vistió así sin más. Debía lavarse, pero aún quería sentir el varonil aroma de Julian,

tan dulce y tierno como él. Poco a poco, se puso su vestido floral rosado, que tanto le encantaba. Presentía que hoy sería un día especial.

Bajó las escaleras prácticamente corriendo. A pesar de que amaba ser la señora de la casa, extrañaba los reproches de los criados y del mayordomo cuando estaba en su casa familiar. Tal vez, más tarde, debería visitarlos y agradecerles por todo el cariño y el amor que le dieron. Ellos fueron más que unos simples sirvientes, fueron como unos verdaderos padres.

Intentó abrir la puerta del salón principal, pero la halló cerrada.

—¡Qué extraño! —murmuró para si misma.

Lilah volvió a intentar abrirla, pero no pudo conseguirlo. Para su suerte, alguien del servicio paseaba por el pasillo.

—Disculpa por la interrupción —gritó ella desde lejos, corriendo hacia ese joven—, ¿Sabes por qué el salón principal está clausurado?

El muchacho de ojos marrones, tímidamente asintió.

—Lord Clark ha decidido cerrarlo por unos momentos y...

—¿Dónde está mi marido, jovencito?

—Ha salido, señora.

—¿Y dónde ha ido? ¿De viaje? ¿De compras? —ironizó bromista, cruzándose de brazos.

—Esto... —tartamudeó nervioso—. El señor está en el jardín, esperando por vos, mi señora.

—Gracias, muchacho.

El joven sirviente le hizo una reverencia a su señora y huyó de allí casi corriendo.

—Adorable —dijo con ternura, mirándolo por unos instantes antes de encaminarse hacia el jardín.

Lilah abrió la puerta de la cocina y salió al exterior. Cerró los ojos elevando las manos al aire, notando cómo los escalofríos le recorrían el cuerpo. *Libertad. Igualdad. Fraternidad.* Así era como se sentía ahora mismo.

Caminó con pasos ligeros y tranquilos hasta donde la esperaba Julian y cuando llegó, su corazón dejó de latir. Lo que estaba viendo en esos momentos era lo más bonito y magnífico que jamás había visto a lo largo de veinticinco años de existencia.

Era el momento. El momento de gritar a los cuatro vientos que amaba profundamente a Julian. Su Julian. Su esposo. Su primer y único amor.

Capítulo 24

*Si no recuerdas la más ligera locura en la
que el amor te hizo caer, no has amado*
William Shakespeare

El cuarto estaba a oscuras. Las ventanas abiertas. Las cortinas volando de un lado al otro debido a ese violento viento que había en esos instantes.

En el centro de la enorme mesa, había un gigante candelabro iluminando la diminuta habitación. Tenía una iluminación tenebrosa. Era perfecta para esa escena. Representaba la maldad. La crueldad. Y la venganza.

Tres personas, enfermas, unidas. No era una imagen saludable. Sino enfermiza.

—Estamos aquí, unidos para vengarnos de esa bruja —empezó a decir una dulce voz femenina, pero llena de malicia.

—Ella destruyó mi belleza —gruñó uno, apretando con furia sus sucias manos.

Se oyó un gruñido de dedos. El desconocido cerró los ojos, saboreando con la imaginación cómo rompía lentamente cada uno de los huesos de Lilah. Quería llevarla al infierno. Hacerle pagar por sus pecados. Y no iba a descansar hasta obtener los resultados que quería. Verla debajo de la tierra, muerta.

—Ella dejó en completo ridículo a mi familia —replicó otro, apretando sus dientes con fuerza.

—Y yo, simplemente la odio —repuso el último, poniéndose de pie y, con ágiles pasos, empezó a rondar en círculo la pequeña mesa. Sweet Meath. Ese era su apodo. Con su belleza angelical, nadie se daría cuenta de que tenía... Un alma corrupta. Y Lilah Bellamy moriría entre sus manos. Aunque nunca le había hecho ningún daño. Sencillamente, no la soportaba, la odiaba. Odiaba que fuera una duquesa. Odiaba que fuera una carismática y bella dama. Odiaba todo lo que representaba Lilah Bellamy.

Julian se había despertado cuando sintió la luz solar sobre su rostro. Había despejado su manta y se había dado la vuelta. En ese instante, inevitablemente, había mirado a su esposa, a su Lilah, durmiendo con esa expresión de paz en su rostro. Poco a poco, había esbozado una sonrisa. Sus manos se habían dirigido al rostro de ella, acariciando su pelo con dulzura hasta bajar hasta su suave cara.

«Te amo...».

Un murmullo salido de lo más profundo de su ser.

Julian había suspirado, acercando sus labios a la sien de Lilah y fue allí donde le plantó un corto, pero dulce beso. Se había alejado de ella lentamente, como si quisiera memorizar sus

rasgos, se había levantado de la cama y se había encaminado al armario.

Sin necesidad de llamar a su ayuda de cámara, había comenzado a vestirse con el traje más elegante que poseía. Ese iba a ser un día especial porque por fin iba a hablarle a Lilah sobre sus sentimientos.

No sabía de dónde había sacado la valentía, pero no la iba a desperdiciar.

Ya vestido, había bajado las escaleras mientras tataraba una jovial melodía. Con cortesía y educación, sin dejar de sonreír, había ordenado a los sirvientes que cerraran el salón principal.

Después de eso, Julian había visitado a la cocinera para solicitarle que preparara un abundante y delicioso desayuno. Iba a conquistar a su esposa con comida mientras le decía la verdad de el porque quiso casarse con ella. Ella no solo era una amiga o una gran esposa, era su otra mitad. Con ella, brillaba como las estrellas y sin ella, se volvía un ánima sin luz.

Había llamado a la doncella de su esposa y, con su ayuda, pusieron una manta de algodón con un diseñado floral encima de una alargada mesa de madera, en el jardín.

Julian, ayudado de un par de muchachos del servició, se encargó de los últimos retoques.

Estaba orgulloso de su logro. La comida lista, los vasos de cerámica preparados para beber el té. Solo faltaba Lilah, la protagonista de esta inesperada sorpresa.

Julian había cerrado los ojos, nervioso. En vez de quedarse en pie, esperando y esperando a su amada, con un porte seguro y decidido, se dirigió hacia un arbusto lleno de rosas. Aunque le hicieron daño en los dedos con sus afiladas espinas, no le importó sentir el dolor.

Solo podía sentir una cosa. El amor que profesaba hacia su esposa. Él era inmune a otros sentimientos. Era una extraña sensación, pero a la vez extraordinaria. No tenía las suficientes palabras de explicarla. Si tuviera tiempo para escribir, estaba seguro de que todos sus sentimientos se volverían en una novela romántica de un sinfín de páginas.

Y de repente, le había sobrevenido una magnífica idea. No iba a declararse ahora mismo. Le escribirá una novela. También una canción. Y, por último, un poema. La declaración no sería típica, sino al estilo de Lilah, única y divertida.

Había llenado la cesta de rosas. Cogió una y poco a poco desnudó el alma de las rosas. Pétalo a pétalo. Fueron caídos a la hierva, representando una nueva etapa.

Todo el suelo estaba lleno de pétalos de esas rojizas rosas, proyectando la pasión y la inocencia del corazón de una rebelde.

Ahora Julian se sentía satisfecho al contemplar la mirada de Lilah al descubrir su sorpresa. Solo con su expresión podía descifrar que gustaba.

Perfecto. Increíble. Excelente.

No sabía decir quién fue el primero en acercarse, pero sus cuerpos se unieron en un profundo abrazo. Lilah lo besó. Julian correspondió al beso dándole todo. Sus labios se movían en una perfecta armonía.

No eran simples besos, sino el comienzo del prelude de un sincero y pasional amor.

—Tengo un mal presentimiento, hermana —le dijo Cornelia a Noelle, caminando de un sitio al otro—. Ayer tuve un sueño. Aunque más bien, fue una horrible pesadilla.

Noelle dejó de escribir la carta dirigida a su prometido. Estaba feliz por ser la novia de David, el duque de Norfolk. Su felicidad no se debía a haber cazado al hombre más deseado en la temporada, no era ambiciosa ni lo sería en un futuro. Para ella, David era más que un título y un rostro agraciado. Ella no lo amaba por eso, sino porque era un buen hombre. Jovial, educado, con un gran sentido de humor y una personalidad única. Cuando estaba con él, podía ser ella misma. No había ninguna necesidad de fingir ser alguien que no era. Era libre como la mariposa. Y eso,

era el pecado más grave para la sociedad. Una dama digna no era aquella que tenía una voz propia. Debía ser sumisa con una impecable reputación.

Y Noelle, tal vez, no fuera esa dama que tanto la alta sociedad odiaba, pero sí se juntaba con esas mujeres «calaveras». Su hermana mayor, Cornelia, era una de ellas. Tenía las listas tan llenas de escándalos como de pretendientes.

Cornelia tenía alma de gitana. Hasta quería ser una, dejando de lado su sangre azul. Casi lo había logrado, pero sus sueños fueron cruelmente aplastados cuando su padre le comunicó que iba a casarse con un hombre que le doblaba la edad.

No solo era viejo. Sino también tenía una asquerosa personalidad.

Cada vez que lo veían, les daba muy mala espina.

Desde que era pequeña, Cornelia soñaba con cosas negativas que increíblemente, y sin alguna razón aparente, se cumplían al pie de la letra. Y después, con la ayuda de su hermana, lo intentaba todo para parar ese destino. Por suerte, siempre lo lograban. Juntas eran un equipo invencible.

—¿Qué fue lo que pasó en tu sueño? —preguntó Noelle curiosa, preparándose mentalmente para la futura misión.

—Dos hombres —dijo Cornelia, frunciendo el ceño—. Y una mujer...Juntos querían...

Se calló en ese instante, después de tartamudear varias veces.

Noelle estuvo a punto de levantarse y sacudir a su hermana, odiaba a la gente que paraba en la mejor parte. La exasperaba.

Noelle se giró y fulminó con la mirada a su hermana, pero Cornelia se limitó a encogerse de hombros, riéndose.

—Perdón, no podía evitar tomarte el pelo —se disculpó—. En fin, dejémonos de bromas. Lo que te voy a decir a continuación es serio...

Noelle asintió, ya impaciente. Quería saber cuál era el contenido del sueño.

—Quieren destruir a Lilah —terminó por decir Cornelia—. Ya sabes que nuestra Lilah tiene demasiado enemigos, pero ahora sé con certeza que ellos son tan cobardes como para tener la indecente idea de vengarse de Lilah, sabiendo que ella no es esa clase de persona que se deja intimidar fácilmente. Sin embargo, algo en mi interior me dice que estas tres personas son capaces. Nosotras debemos vigilarla mientras investigamos quiénes son esos sinvergüenzas. ¿Te apuntas a esta misión?

Si había algo que Noelle amaba más en el mundo, además de David, era buscar y averiguar los secretos más misteriosos y oscuros de la sociedad. Tal vez, en su vida pasada habría sido un detective.

—Puedes contar conmigo.

Cornelia se tiró encima de ella, alegre.

—Lo sabía —comentó, abrazándola—, Vamos a ser unas buenas mosqueteras para nuestra majestad.

Noelle se rio tímidamente, correspondiendo con delicadeza al abrazo.

—Por *Escándalilah* —dijeron ambas al mismo tiempo, sonrientes y motivadas a luchar por su majestad. Por cuidarla y protegerla de los malos.

Capítulo 25

*El amor, como ciego que es, impide a los amantes
ver las divertidas tonterías que cometen.*
William Shakespeare

Cornelia ya tenía planificado cómo podía estar cerca de Lilah. Desde que se la boda vivía con su marido en el ducado de Kent y sabía qué hacer para protegerla. Solo debía estar con ella, vigilándola en secreto.

Por eso, Cornelia decidió usar a la excusa de que se quería huir de su prometido y así sabía que Lilah la ayudaría, dejando que se quedara a vivir con ellos una buena temporada.

Mientras tanto, su hermana menor se quedaría en Londres, investigando, junto con su novio, la identidad de los infieles que querían ver a Lilah sufrir.

Ser rebelde y luchar por sus derechos en una sociedad injusta no debería ser algo mal visto.

Todo ser humano, fuera del sexo masculino o femenino, fue creado por Dios para ser libre, iguale y con el derecho de tener un pensamiento propio, sin ser obligado a pensar de una manera concreta o determinada.

Esperó que toda su familia estuviera durmiendo y, con silenciosos movimientos, Cornelia abrió una pequeña maleta y la llenó con todos sus vestidos. No tenía demasiados ya que no era una joven dada a la moda ni a cuidar de su belleza. Para ella eso era ser una superficial y si alguien la quisiera de verdad la querrá por su personalidad, no solamente por tener un rostro digno de Venus, la diosa de la belleza.

Con su mente diligente, logró huir del palacete donde vivía con su familia sin que nadie sintiera ni el menor ruido posible. Con una ágil destreza, Cornelia se subió a su caballo. Más bien, era de su padre. Se encogió de hombros. No sentía ningún arrepentimiento por haberlo tomado prestado, aunque sería más correcto decir robado.

Con el pelo suelto, sin recogerlo en un perfecto moño, cabalgó sin más. Ya nada importaba. Solo estaba Cornelia y la rapidez, volando lejos sintiendo el amanecer sobre ella.

—Por cierto. —Julian miró un segundo a su esposa—. ¿Te apetecería ir al teatro? Alguien me regaló unas entradas para ver *Romeo y Julieta*.

«¡Una cita con mi esposo!», se emocionó Lilah.

—Eso no se pregunta, querido —replicó riéndose suavemente—. ¿*Romeo y Julieta*? Desde nuestra representación de Julio y Romea, ya no tomo esa obra con seriedad. Solo espero no reírme, terminando en completo ridículo. Espera..., ¿desde cuándo me importa ridiculizarme ante la sociedad?

Julian se rio a carcajadas. Su esposa no tenía remedio. Además de ser una mujer

extremamente ágil mentalmente, era un desastre andante, aunque nadie lo sabía. Según Lilah, era su secreto más oscuro.

«Menuda oscuridad. Tiemblen señores de las tinieblas. Lilah, el desastre andante, vendrá a quitaros el puesto», ironizó Julian bromista.

—A veces me cuesta creer que eres torpe...

Lilah lo calló con un tierno beso.

Después de desayunar, mientras charlaban sobre divertidas anécdotas, se pusieron de pie, tomándose de la mano. Como el ritual de cada mañana, ambos recorrieron cada rincón del jardín disfrutando de la presencia del otro mientras el buen clima les ayudaba a relajarse.

En todo el recorrido, no habían expresado ninguna palabra. No hubo ninguna necesidad para ello. Simplemente se quedaron en silencio contemplándose. Los dos, inmersos en su propio universo, pensando en el gran día en que sus almas serían libres, sus corazones confesarían al fin y dejarían de ser simplemente esposos o amigos para oficializar su relación como almas gemelas.

Esa misma tarde, cuando la pareja se encontraba en su aposento echando una pequeña siesta, ninguno de los dos quería ir al baile de esta noche.

Lilah intentó dormir, pero no podía. Odiaba al Destino. Cuando al fin había recuperado su esperada valentía, tenían que ir a una sosa velada a observar y a escuchar cómo la criticaban sin cesar.

Seguramente soltarían comentarios parecidos a: «¿cómo pudo esa don nadie cazar duque?». Ni que fuera un animal para ser cazado. O como: «tiene tan buena suerte esa indecente bruja».

De sus labios salió un bufido y aprovechó la oportunidad para mirara Julian, expresando sus sentimientos secretamente. inevitablemente, Lilah alargó la mano para trazar el contorno de su boca y su nariz. Siempre se lo solían hacer el uno al otro cuando uno de ellos dormía. Era otra manera de expresarse íntimamente sin decir nada.

Entonces, en ese mismo instante, él abrió los ojos.

Lilah esbozó una traviesa sonrisa, acercándose más al cuerpo de su esposo mientras Julian la sujetaba por su diminuta cintura.

—Estás despierto —murmuró con la voz suave a la vez que ronca de deseo. Fue lo primero que dijo mientras él enredaba los dedos en su pelo.

Lilah soltó un mullido, como si fuera una gata en busca de los mimos de su señor.

El silencio era tan espeso que solamente podían oír la agitada respiración del uno y el otro.

Lilah estaba sentada frente a su tocador. En cuanto vio su reflejo, sus mejillas adquirieron un color rojizo. Tenía en su cuello marcas que le había dejado Julian cuando este se lo había chupado. Con sus manos, acarició esa parte con lentitud cerrando sus pupilas, imaginando que después de este gran baile...

Abrió los ojos asustada cuando escuchó la puerta abrirse de golpe. Se dio la vuelta y se encontró con Cornelia, quién tenía el pelo alborotado y el vestido lleno de suciedad. Llevaba cargando una pequeña maleta.

Con el corazón agitado, se puso de pie y, sin pensar, corrió hacia ella para abrazarla porque enseguida supo que había ocurrido una tragedia. Su expresión se lo confirmaba. Su mejor amiga hizo bien en acudir a ella buscando apoyo. Fuera lo que fuera lo que hubiera ocurrido, Cornelia estaría bien con ella.

—¿Cornelia? ¿Todo bien? ¿Es él, verdad? Tranquila, si quieres puedo ayudarte a escapar.

Cornelia no respondió, simplemente se quedó prácticamente muda. Solo se escuchaba el

sonido de su jadeante respiración.

—Como sabes, tengo suficientes contactos...

—Ya lo he aceptado, Lilah. —Cornelia la interrumpió sin romper el abrazo—. Él vivirá su vida y yo la mía. Él estará en Londres y yo en una casa de campo. No será tan malo.

No estaba preocupada por ese matrimonio desde hace tiempo, ya había aceptado su destino. Se iba a casar con un hombre violento y no podía hacer nada para huir. Porque si lo hacía, su familia, aunque no la quisieran, estaría destinada a la deshonra social y eso no era lo que deseaba para ellos.

Lilah le acarició el pelo con pena. Odiaba que Cornelia estuviera destinada a vivir un futuro como ese. Su mejor amiga era como ella. Necesitaba tener la libertad para poder vivir sin sentirse asfixiada.

—Tampoco es tan malo sabiendo que tiene varias amantes.—bromeó Cornelia fingiendo sentir arcadas—. Eso me alivia porque no quiero consumir nuestro matrimonio. Solo con pensar en eso me entran náuseas

Lilah suspiró. No podía hacer nada si ella no quisiera.

—Entonces, si no es eso..., ¿por qué estás aquí? No es porque no quiera que estés conmigo. Tu compañía es muy grata para mí.

De repente, la divertida expresión de Cornelia se tornó en una oscura. Eso logró captar la atención de Lilah. Algo en lo más profundo de su alma le decía que estaba en peligro. No Cornelia, sino ella.

—Es una larga historia, pero de momento te diré que hay gente que quiere asesinarte. Aunque no quise decirte nada antes, simplemente acompañarte, pero me he dado cuenta de que tienes el derecho a saber que estás en peligro.

Lilah apretó las manos con furia. ¿Quiénes le querían mal? ¿Y por qué osaban vengarse? Fueran quienes fueran, se arrepentirían de ello.

Ella no era una simple doncella, sino una guerrera.

Capítulo 26

*El amor de los jóvenes en verdad no está en su corazón,
sino más bien en sus ojos.*
William Shakespeare

Lord Riley esbozó una pícaro sonrisa cerrando los ojos al mismo tiempo que se mordía el labio inferior. Gozaba gratamente de su amada. Solo con ella, podía sentirse libre, comprendido. No había ninguna como su pequeña Juliette. Desde que la había conocido unas semanas atrás, Riley supo lo qué era en realidad el amor.

Quizás la suya podía ser una relación tóxica, fruto de una motivación de venganza, pero podía afirmar qué era el amor verdadero. Era la única dama que veía en él más que un rostro desfigurado. Lo deseaba por su alma, no por su increíble belleza abstracta. Eso era amar a alguien con todo el corazón. Aunque aún sentía enormes deseos de vengarse de Lilah, una parte de él le estaba agradecido porque, sin su intervención, jamás hubiera conocido a su Juliette.

—Eres tan bello —susurró Juliette con la voz ronca, inclinándose para besar esos tentadores labios que le provocaban increíbles escalofríos recorriendo su cuerpo.

Riley soltó un gruñido. Él no era bello. Tal vez lo había sido en el pasado, pero ahora era la fealdad personificada.

Ya nada le importaba de ese pasado. Odiaba lo que había sido antes, un joven superficial, quién se había burlado de la gente poca agraciada, incluso había intentado forzar a una dama, la cuál rechazó con cortesía su invitación indecente. Pero ahora se había convertido en una versión mejorada de sí mismo. Ya no era ese muchacho arrogante que se creía el rey del mundo y que todos debían ser sus esclavos.

Tras haber estado en la piel de los desgraciados, aprendió una valiosa lección. Nunca volverá hacer daño a la gente inocente.

—Eres la única que lo piensa —murmuró aún con los párpados cerrados, jugueteando con los dedos de su amada.

—La gente es ciega. —Elevó el tono de su voz sin poder controlarse—. Y pierde la gran oportunidad de conocer a fondo a un gran hombre.

Juliette apretó su labio inferior furiosa. Si antes odiaba a esa maldita Lilah, ahora lo hacía más por haber destruido la cara de su amado. Riley podía ser mitad bestia y mitad ángel caído del cielo, pero ella nunca había buscado ni deseado la perfección. Solo quería un hombre que viera más de su superficial belleza de tez pálida y ojos azules, que amara lo corrupta y lo sucia que era su alma. Cuando el destino la unió con Riley, supo que ese era el hombre que siempre había deseado.

Suspiró enamorada cuando notó que el beso cada vez se hacía más pasional entre ellos. Sus

corazones danzaron juntos uniéndose en uno solo.

Cornelia suspiró tomando el vaso de agua fría con sus temblorosas manos. Se lo llevó a los labios y tomó varios tragos de agua mientras contemplaba el cielo desde el ventanal gótico de la cocina.

Era una buena noche. Las estrellas, junto con la luna, iluminaban la oscuridad.

Acomodó su abrigo de lana al notar el frescor de la noche. Pero era una sensación agradable, pensó cerrando los ojos y disfrutando por momentos del buen clima que hacía. Ya no deseaba irse a su aposento a intentar dormir. Cada vez que lo intentaba, lo que soñaba se convertía en más horrible.

Por primera vez en su vida, tenía bastante miedo. No solo debía rezar por el bienestar de Lilah, sino también por el suyo. El sueño que había tenido hoy era el peor que los anteriores. No era sobre nada relacionado con esas personas anónimas que querían ver a su mejor amiga bajo tierra. Sino que era sobre la desgracia social en la que caería su familia mientras ella estaba en América, casada con un burgués de ese país.

No importaba cuánto quisiera su libertad, Cornelia solo esperaba que esto no fuera más que un mal sueño. Pero a la vez sabía que eso era imposible. Todo sueño suyo era la predicción del futuro.

Lilah se encontraba en el salón principal, sentada en el alargado sofá, esperando la aparición de Julian. Le hubiera gustado que Cornelia les acompañara a la velada de esa noche, pero ella merecía descansar. Llegar a estas horas con esa apariencia destrozada no era lo ideal para ir un baile de la alta sociedad.

No podía evitar sentirse preocupada por lo de antes. ¿Quiénes eran los que le querían mal? ¿Y por que querían hacerla sufrir?

Lilah esperaba que tuvieran la piedad de ver que el odio no era ninguna solución. Si querían vengarse por haberse sentido ridiculizados por su culpa, simplemente podían decírselo a la cara y ella se disculparía por su inmadurez.

Por primera vez en su vida, se dio cuenta de que a veces se había pasado con su comportamiento. Nunca debió rebajarse a su nivel, pero ella solamente quería enseñarles una lección.

El mundo donde vivía cada vez se convertía en un lugar más peligroso. Todo este tiempo, ella solo había querido tranquilidad, lo cuál terminó siendo toda una ironía. La reina de meterse en escándalos y en problemas quería paz para todos.

Ahora se daba cuenta de que jamás debió hacerlo de esa manera. Una no podía exigir respeto o pedir un lugar mejor utilizando la fuerza. Eso, en vez de mejorar, empeoraba la situación. Por eso ahora se encontraba en peligro. Esos desconocidos debían odiarla demasiado para querer vengarse de ella.

La Lilah antigua les habrá dado su merecido, pero la actual no pensaba así.

Con toda la sinceridad y firmeza, se disculpará con ellos. Había aprendido la moreleja de esa historia. Quien hacía algo malo, debía disculparse.

El hilo de sus pensamientos se rompió cuando percibió la presencia de Julian. De prisa, se puso de pie y corrió a abrazándolo. Aspiró su aroma. Desprendía un olor masculino, mezclado con vainilla. Cerró los ojos, gustosa por sentir la calidez que emanaban las manos de su esposo recorriendo cada centímetro de su espalda.

Ahora, conociendo la premonición de Cornelia, debía confesarle sus sentimientos antes de

que fuera demasiado tarde. Lilah no deseaba irse a la tumba sin habérselo dicho.

—Julian... yo. —Se le trabó la lengua cuando quiso decirle esas dos palabras que tanto anhelaba—. No quiero llegar tarde porque Cornelia se encuentra aquí. No quiero dejarla sola.

«Cobarde, eres una maldita cobarde», le reprochó mentalmente su conciencia. Pero la ignoró. En cuanto regresara su valentía lo primero que haría sería decírselo al fin.

Capítulo 27

Es mejor haber amado y perdido que jamás haber amado.
Alfred Tennyson

Julian halló a su esposa sentada en el enorme sillón barroco. A pesar de la poca iluminación que habitaba el salón, podía percibir su expresión pensativa. Supo en ese mismo instante que Lilah no se encontraba bien. Solo con el timbre de su voz podía percibir que algo grave estaba ocurriendo.

No le preguntaría ni tampoco le diría nada relacionado sobre eso porque sabía que hacerlo sería forzar a Lilah. Esperaría pacientemente a que le confesara sus preocupaciones.

Julian correspondió el abrazo, acariciando delicadamente su espalda.

—¿Cornelia está aquí? —La había visto varias veces con su esposa, pero nunca entablaron una conversación, excepto más que unos meros saludos de cortesía.

Aunque no la conocía personalmente, sabía que ambas eran cercanas debido su casi igual personalidad. La única diferencia era que Cornelia no era tan atrevida como Lilah.

Podía ser que la preocupación de su esposa fuera por el futuro casamiento entre Cornelia y el conde Strafford. Julian tuvo la desgracia de conocerlo en una velada. Aunque no era el hombre más agraciado de Londres, su personalidad tampoco dejaba nada de desear.

Como buena amiga que era Lilah, tal vez pensó en echarle una mano. Entonces, si en realidad era eso lo que le preocupaba, ¿por qué Lilah no se lo había dicho? Siempre había pensado que entre ellos no existía ningún secreto.

Mentira, él aún era incapaz de confesarse. Antes no había tenido la valentía para hacerlo, pero ahora simplemente esperaba el momento ideal.

—Sí —respondió sonriente alejándose de sus brazos.

Vacío. Eso fue lo que sintió cuando Lilah se alejó de él. Sin ella se convertía en cenizas de un alma vacía.

—¿Está aquí por el tema de su prometido, verdad? —Antes de que Lilah pudiera contestarle, añadió—. En ese caso con nosotros estará bien cuidada.

Lilah suspiró aliviada. Tenía un esposo comprensivo que siempre estaba para ella en las buenas y en las malas. Se podía haber quejado de la presencia de Cornelia durante su luna de miel, pero no lo hizo. Lo único malo de su matrimonio era no decirle la verdad absoluta sobre sus sentimientos.

Juró ante Dios que pronto se lo diría. Pero ¿cuándo? No lo sabía. Debía ser un momento especial donde su corazón y su mente se unieran entre ellos causando toda una revelación. Tal vez cuándo ya no se podía callar más sus sentimientos.

Aún no era de noche, pero estaba oscureciendo cada vez más. Lilah esbozó una tímida sonrisa cuando Julian le entregó la mano, ayudándola subir al carruaje, aunque no necesitaba su

ayuda, sus vestidos eran lo suficientes ligeros para cualquier movimiento. Desde siempre, había odiado esos fastidiosos vestidos pesados, los cuáles no podías ni moverte de un sitio a otro sin parecer un pato mareado. Pero igualmente Lilah aceptó su ayuda.

En el estrecho carruaje, Lilah cerró los ojos con la cara e apoyada n el hombro de Julian al mismo tiempo que soltaba algún que otro suspiros de enamorada. Oler de nuevo ese aroma que tanto lo caracterizaba la fascinaba.

—¿Todo bien? —preguntó Julian preocupado al oír su suspiro, acariciando pelo suelto—, Lilah, ¿te encuentras bien? Desde la visita de tu amiga te comportas de una manera demasiado extraña y eso me preocupa.

¿Ahora qué iba a hacer? No quería que Julian supiera que se encontraba en peligro. Lo entristecería y eso era lo último que Lilah deseaba.

—Lo que pasa... —Se calló buscando en su mente una creíble excusa—. Me tienes enamorada con tu aroma —dijo con la voz ronca.

En realidad no era una mentira. Levantó su rostro mirándolo fijamente mientras él hacía lo mismo. En ese instante algo estalló entre ellos. Fuegos artificiales. Era eso. Mezclados con deseo y amor. Una mezcla letal.

Con ansias, se comieron a besos. Saboreando el néctar de los labios del otro. Sus ropas poco a poco desaparecieron. Desnudos. No solamente sus cuerpos, sino también sus almas. Y de nuevo, sus corazones se fundieron en solo uno.

Al final, no se habían presentado a la velada de esa noche. Ninguno de los dos quería acudir oliendo de sexo ni aguantarse horas y horas con la ropa arrugada.

Eran las tantas de la madrugada, la pareja estaba tumbada en la cama, acariciándose, demostrando con acciones el amor que no podían decir con palabras.

—Eres tan bella —susurró Julian el oído de Lilah sin dejar de acariciarle el pelo. Era tan sedoso, y en él se podía percibir un olor delicioso de almendras.

—Mmm —murmuró algo perdida. Estaba inmersa escuchando los relajantes latidos del corazón de Julian. Eran como una suave melodía. Estaba tan gusto que sintió que le estaba entrando sueño. Poco a pocos durmió entre los brazos de su esposo.

—Te amo, mi bella durmiente —confesó Julian al notar que ya se había dormido. Suspiró aliviado al decírselo en voz alta, aunque ella pudiera escucharlo—. Me muero por demostrarte mi amor, Lilah. ¿Me darás la ilusión de corresponder un día mis sentimientos? Nunca perderé la esperanza. Lucharé por ti. No te dejaré ir, excepto si tú ya no quieres estar conmigo. En ese caso, me marcharé para que pudendas ser feliz. Me dolerá, pero si tú estás feliz alejada de mí, entonces lo aceptaré. Tu bienestar es mi bienestar y siempre será así.

Los tres, vestidos todos de negro como si estuvieran preparándose para el funeral de Lilah, estaban detrás de la enorme mansión donde se estaba celebrando el baile.

—¿No me lo puedo creer! —estalló el viejo furioso—. ¿Dónde estaban ustedes? Si siguen así, no podremos cumplir con nuestro objetivo. ¿Ya no quieren vengarse de la estúpida de Lilah?

Tanto Juliette como Riley negaron furtivamente con la cabeza.

—Comprendo que ustedes estén enamorados del uno al otro, pero si siguen así, lo mejor sería que dejen este equipo.

Lord Brown soltó una risa completamente alocada cuando observó los rostros de estupefacción de ese par inservible. Después de que Lilah pagara diente por diente por todos sus pecados, esos dos estúpidos serían los siguientes. Estaba demasiado harto de ellos,

*viéndolos profesarse tanto amor. La gente enamorada era lo peor, merecía morir en la horca.
Una cruel sonrisa se le dibujó en los labios al imaginarse cómo sería el mundo sin amor.
Él debía haber sido el rey de algún lejano país. Un lugar donde el amor fuera un pecado.*

—¡Oh no! —gritó Cornelia levantándose de golpe. Estuvo a punto de caerse de la cama de tanta conmoción por causa del sueño.

Había logrado averiguar quiénes eran esos individuos vengativos.

Se puso de pie dirigiéndose hacia el alargado alféizar. Se tumbó en él, mirando desde allí el alrededor. Ya no tenía ningún sentido que intentara volver a dormir.

Pensativa, quiso buscar soluciones para este lío sin salida.

Poco a poco, vio cómo salía el sol, sobresaltando las tinieblas de la oscuridad.

Y, en ese mismo instante, supo con toda certeza que las malas acciones siempre serán eclipsadas por las buenas, desapareciendo de la faz de la tierra, dejando tras ellas un mundo mejor.

Capítulo 28

Sabiendo sufrir se sufre menos.
Anatoli France

Era una tenebrosa y fría noche. Todos los enemigos de Lilah estaban reunidos en la casa de Lord Riley. Era pequeña y vieja. Parecía que estaba a punto de caer de lo frágil que eran sus maderas.

Después del primer intento fallido, los cuatro buscaban un nuevo plan perfecto para destruir a Lilah por completo. Por eso necesitaban vigilarla de cerca, buscando suficiente información útil para secuestrarla.

De madrugada, Julian volvió a susurrarle a Lilah al oído su amor antes de dirigirse a su despacho.

Encontrándose en su guardia, abrió las ventanas y dejó que la brisa del aire recorriera cada rincón de su despacho. Sentado en ese enorme barroco sillón, cerró los ojos esperando que la criada le trajera el desayuno.

Esa noche era la función teatral. Julian deseaba que la sorpresa que estaba preparando para Lilah le saliera bien. Al fin se enfrentaría a sus inseguridades y le podría decir a su esposa la verdad sobre sus sentimientos. Tenía toda la esperanza de que fuera un amor correspondido, aunque no pasaba nada si no fuera así. Con dolor tragaría sus sentimientos y seguiría como si nada.

«¿Julian me ama?», murmuró Lilah después de un buen rato despierta, mirando la pared. ¿O solamente había sido un triste sueño?

Pero si él la quería más que a una amiga, ¿por qué no le había dicho nada? ¿Acaso él tenía miedo de ser rechazado por ella? ¿Cómo era eso posible? Tal vez creía que ella estaba en contra del amor. Si era esa la razón, debería hablar con él.

Lilah jamás estuvo contra del enamoramiento, simplemente no quería amar a nadie que no fuera de su familia, de sus amistades o a sí misma. Pero en ese momento esa argumentación estaba demasiado lejos de ser válida. Lilah estaba perdidamente enamorada de su esposo y cada día que pasaba, todavía lo estaba más. Pero en vez de luchar contra ese miedo que la envolvía atormentándola, no hacía nada. Simplemente se quedaba quieta viendo cómo el tiempo pasaba.

Debía actuar ahora o nunca lo haría.

Ya con el vestido verdoso sencillo, acompañado con nuevos suaves guantes del mismo color, Lilah bajó las escaleras sin dejar de suspirar por los pensamientos que la habían invadido toda la mañana. Sabía que a pesar de que sus padres no tuvieron un final feliz, vivieron un romance apasionado, apoyándose el uno al otro. Eso era amar y eso era lo que necesitaba.

¿De verdad iba a dejar pasar esta oportunidad por la culpa de esos temores que la dominaban? ¿Sería capaz de hacerlo? ¿En realidad su subconsciente quería vivir una vida vacía sin amor? ¿Eso era lo que realmente quería? Lilah negó ligeramente la cabeza. No, no quería eso. Ella solo deseaba vivir una sencilla, aunque una jovial y amena vida, casada con Julian, sin preocuparse si iba a perderlo temprano o no.

Ahora que había recuperado la valentía para enfrentar a sus miedos, llegó la hora de ser feliz sin tener ninguna cicatriz detrás de ella.

Antes de declararse sus sentimientos a Julian, Lilah se disculparía como era debido a esas personas que querían destruirla. Fuera lo que fuera lo que hubiera hecho, nunca debió haber sido tan cruel, exigiendo de esa manera la justicia. Pero eso no significaba que no fuera a luchar más por las injusticias sociales, sobre todo las que sufrían las mujeres.

La mejor lucha sería sorprenderlos silenciosamente en el momento menos inesperado, como una víbora con palabras cultas. Sus labios se curvaron en una amplia sonrisa. Ahora solo tenía que averiguar quiénes eran ellos, pero para eso necesitaba la ayuda de Cornelia. Juntas lo lograrían. Lo presentaría. Simplemente lo hacía.

Abrió la puerta del comedor, encontrándose a Cornelia desayunando medio dormida medio despierta.

«Pobre», pensó Lilah riéndose mientras caminaba hacia el delicado cuerpo de su amiga. Carraspeó la voz fuertemente, despertando a Cornelia de su ensueño. Había sido un momento tan tierno, que Lilah se echó a reír a carcajadas al instante.

—¡Lilah! —exclamó ya con la mente despejada. Se levantó con tantas prisas que el sillón de madera terminó cayéndose al suelo y haciendo un fuerte ruido.

Cornelia se echó encima de Lilah, abrazándola con fuerza.

—Ya sé quiénes son —confesó aún en los cálidos brazos de Lilah. No le dio el suficiente tiempo para respirar después de soltarle esa bomba—. Lord Riley, Lord Brown y Lady Juliett.

Lilah comprendiera de que Lord Riley quisiera vengarse de ella por destruirle la mitad de la cara, pero ¿Lady Juliett? Ni sabía quién era. Y luego estaba ese gruñón anciano al que solo le había gastado una pequeña e inocente broma.

Entonces, solo iba a disculparse con Riley por haberle atacado de esa manera, aunque se lo mereció por haber cometido un acto lleno de maldad.

Y los otros dos, pues que se golpearan contra otra la pared porque no iba a disculparse con ellos ni tampoco molestarles más.

A veces la indiferencia era el ataque más venenoso que podías hacerle a una persona. Eso es lo que Lilah haría.

Estuvo a punto de reírse macabramente al imaginarse sus caras enfadadas por no obtener esa dulce venganza que tanto deseaban. , simplemente dijo:

—Perfecto. —dijo Lilah, sin preguntarle a Cornelia cómo lo había sabido

Sabía que estaba jugando con el fuego dirigiéndose sola a la casa de Lord Riley. Quería sorprenderlo con las manos en la masa, y allí intentará disculparse. Odiaba tener que hacerlo porque no se merecía que le pidiera perdón. Era un abusador y esos merecerían sufrir y arder de dolor por pecadores. Pero si no lo hacía, se sentirá que era una persona cruel, como lo había sido en el pasado. En ese momento no lo hizo porque era cruel, sino fue una forma de defender una mujer de una futura violación.

Si él no quería aceptar su propuesta de paz, no le quedará más remedio que encogerse de hombros y marcharse de allí con el orgullo intacto.

—¡Malditos estúpidos! —espetó furioso Lord Brown después de que Juliett y Riley decidieran echarse para atrás con el plan—. ¿Por qué lo hicieron? ¡Ah, por amor! No entiendo esa obsesión de venganza que profeso contra Lilah. No es porque me ha gastado varias bromas y casi todas eran para esas estúpidas hijas que tengo, solo que soporto verla felizmente casada. No comprendo a la gente enamorada. Son insufribles y...

Se calló al notar que su inservible ayuda de cámara se había marchado, dejándolo hablar solo en medio del bosque.

—Perfecto —ironizó, mascullando entre dientes—. ¡Vaya par de cobardes! ¿Por qué me estoy enfureciendo por ellos cuando perfectamente puedo trabajar solo? Seguiré con el plan, como si nada ocurriera, y no descansaré hasta ver a Lilah debajo tierra, sufriendo por cometer el pecado de haberse enamorado.

Estaba tan inmerso hablando consigo mismo que no se dio cuenta de que había un enorme hoyo en la dirección hacia donde caminaba. Tenía casi quince metros de profundidad. Si caía dentro, no había ninguna forma de salvación.

Una persona con el alma tóxica siempre pagará por sus malas acciones, desapareciendo para siempre entre las llamas del castigo divino. Y Lord Brown se lo merecía, por sus pensamientos destructivos, por no sanar su maldad como lo habían hecho sus antiguos compañeros, por no ser lo suficientemente humano para dejar vivir a otros un digno romance, por asesinar a sangre fría a sus hijas, quienes confesaron haber encontrado el amor, por ingresar a su esposa en un sanatorio con tal de deshacerse de ella. Y aún así el karma le dio varias oportunidad de aprender sobre sus errores y rectificarlos, pero él las había malgastando siendo cada vez más cruel, más enfermo.

Lord Brown estaba destinado a vivir toda su eternidad entre las llamas del infierno, sufriendo todo el dolor que había causado a la gente inocente.

Julian caminaba de un lado a otro con una expresión de preocupación en su rostro. Su Lilah había salido y aún no había regresado de su paseo. Mordió sus uñas, nervioso. ¿Y si le había ocurrido algo? ¿Y sí...?

Negó violentamente la cabeza. No iba a pensar en cosas negativas. Era demasiado temprano para estar pensando en el fallecimiento de su esposa.

—¿Milord? —inquirió Cornelia llamando su atención.

—¿Sí? —murmuró Julian, abandonando esos pensamientos llenos de inquietud.

Tal vez ella sabría dónde estaba Lilah.

—¿Estás esperando a Lilah, verdad?

—Sí —respondió mirándola fijamente—. Hemos quedado que esta noche...

Cornelia lo interrumpió, esperando no molestarlo.

—Lilah me lo ha dicho. También me invitó a acompañarlos y...

Esta vez fue Julian quién la interrumpió.

—¿Sabes dónde estará? No soy un marido exigente que está las veinticuatro horas vigilando a su esposa. Siempre he sido liberal con ella porque sé que nunca me abandonará. Lilah es incapaz de realizar tal grado de maldad. Solo me queda una única opción y la más terrible, mi esposa está en peligro.

Cornelia tragó saliva al oírlo. Estaba indecisa. ¿Debía hablarle sobre los enemigos de Lilah, quiénes intentaban cargar contra ella? ¿O simplemente debía inventarse una creíble excusa?

Lo miró fijamente, analizando sus pupilas y lo que vio le rompió el corazón. Estaba sufriendo por la desaparición de la mujer que amaba. Abrió la boca para confesarle todo, cuando de repente la puerta de la biblioteca se abrió ruidosamente, haciendo que ambos giraran la cabeza

hacia esa dirección.

No era nada más que Lilah caminando con seguridad. Dominando todo el lugar con su presencia. Esa radiante sonrisa en su rostro, contrastando con su vestido rojizo sucio y sus pelos castaños despeinados. Con eso, Cornelia supo que había logrado vencer el mal. El cual había predicado en sus sueños durante su siesta.

Le dedicó una sonrisa a Lilah, marchándose de allí callada.

Esa ciega y boba pareja necesitaba hablar por fin sobre sus sentimientos y ella no quería ser una molestia para ellos.

Cornelia cerró la puerta y antes de marcharse a su aposento ordenó a los criados que no molestaran a los señores durante un buen tiempo.

Al día siguiente, al amanecer, iba a marcharse antes de tener la oportunidad de conocer a ese americano que tenía el poder de poner su vida a patas arriba. Pero eso sería después de la función teatral de esa noche. Quería sentirse libre solo por última vez. Después de su matrimonio, ya nada volvería a ser igual.

—¡Lilah! —gritó Julian eufórico, abrazando con fuerza a su esposa—, ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás así? ¿Acaso...? —Lilah soltó una risa sin poder evitarlo—. No es gracioso, ¿sabes? Estoy aquí preocupado por ti y lo único que haces es reírte.

Lilah se encogió de hombros, aunque más bien lo intentó. No podía ni siquiera moverse debido el fuerte agarre de Julian.

—¿No hiciste eso cuándo estalló el escándalo de Lucinda? —preguntó ella burlona—. Contestando a tu pregunta, fui a disculparme con Lord Riley después de haber sabido que quería vengarse de mí, pero en el camino me caí por no fijarme donde pisaba. Luego, seguí caminando como si nada. Cuando llegué a casa de Riley, lo hallé besando a Lady Juliett. Fui con el propósito de pedirle disculpas, aunque en realidad no quería hacerlo, pero sabía que debía. Y antes de que pudiera hacerlo, me dio las gracias mientras Juliett se disculpaba por haberme...

Julian la calló con un beso. Ya había tenido bastante con esa mujer que donde iba se metía en líos. Un día de estos, lo volverá demente. Pero ya lo estaba mientras intentaba enamorarla.

Al carajo con eso.

Al carajo con todo.

«Maldición», pensó Lilah viendo la enfadada expresión de Julian antes de que pudiera responder al beso, desahogando sus sentimientos en él. Con pasión y con mucho amor.

Julian se separó de ella, mirándola con seriedad.

Lilah mordió el labio inferior. Ahora se estaba arrepintiendo por no haberle dicho nada sobre ese plan maligno de sus enemigos.

Abrió la boca para defenderse, pero debido a la conmoción no pudo pronunciar ningún sonido.

—Ya no lo puedo aguantar más, ¡ya no! —estalló—. Te amo demasiado, ¿me oyes? —La sacudió ligeramente por los hombros—. Desde el primer momento en que te vi supe que serías tú, la mujer de mis sueños.

Capítulo 29

No se ama verdaderamente sino cuando se ama sin razón.
Anatole France

Cuando Lilah salió de su asombro, se echó encima de él todo lo que podía. con ese pesado vestido. Se quedó abrazándolo fuertemente.

—Julian, yo también estoy enamorada de ti. Te amo tanto que no puedo vivir sin ti. Solo al imaginarme una vida sin ti, me siento vacía y triste.

Julian parpadeó varias veces, como si fuera una lady coqueteando con un caballero. Estaba sorprendido. Nunca había esperado que su amor fuera correspondido. No podía pedir ser más feliz. A partir de ahora, podrían ser totalmente sinceros con el uno al otro, dejando de ocultar ese amor que tanto profesaban.

Su Lilah, su duquesa, su mejor amiga, su esposa y el amor de su vida.

Julian soltó una fuerte carcajada al sentir las piernas de Lilah entrelazadas en su cintura mientras sus manos estaban colgados alrededor de su cuello. Parecía una adorable gata.

—Parece que mi esposa me ha extrañado mucho —dijo roncamente al percibir el dulce aroma que emanaba del delicado cuerpo de Lilah—. Eres tan adorable que cada momento que paso a tu lado me enamoro más de ti —murmuró antes de bajar su rostro, invadiendo sus labios.

Julian respiró entrecortado al dejar de besarla un instante mientras sus ojos brillaban de emoción.

—¿Julian? —Él asintió—. Te amo mucho. No sé qué hice en esta vida para merecerte, pero me siento afortunada de tenerte como esposo, de tener tu corazón... Jamás he querido sentir esto. Tenía demasiado miedo. ¿Tú sabías que nunca llegué a conocer a mi madre? ¿Sabías que perdí a mi padre a la edad de ocho años? Nunca quise enamorarme porque para mí amar significaba dolor y debilidad. ¿Conoces ese sentimiento de incertidumbre que te invade, atormentándote, cuando piensas que podrías perder al amor de tu vida? Nunca quise decirte mis sentimientos por esa razón, pero me di cuenta de que sin amor viviré una vida vacía. Eso es lo que me enseñaste cuando llegaste a mi vida. Que una vida sin amor no es una vida digna. Tal vez, si nunca te hubiera conocido estaría bien sola, pero no quiero una vida sin tu presencia. Soy torpe expresando mis sentimientos, pero nunca dudes de mi amor.

Una dulce sonrisa afloró en la boca de Julian. Lentamente, acarició el rostro de su esposa antes de apoderarse de nuevo de sus labios.

Era la promesa de un nuevo futuro.

Al día siguiente, al amanecer, Lilah soltó un suspiro de felicidad. No podía dormir. Estaba demasiada feliz como para rendirse a los brazos del Morfeo.

Se tumbó con la cara apoyada en el hombro de su esposo mientras jugueteaba con los dedos de Julian, quién se encontraba durmiendo.

Elevó su rostro y, al verlo con los ojos cerrados, inmerso en el mundo de los sueños, le robó unos cortos besos, despertándolos de su ensueño.

Al ver la mirada perpleja de Julian, Lilah se rio suavemente.

—Buenos días, mi príncipe —dijo en su oído, produciendo que Julian sintiera espasmos de placer por todo su cuerpo.

—Oh —susurró Julian.

—Sí, oh —repitió con una voz sensual al mismo tiempo que lo acariciaba.

Julian gruñó entrecerrando sus párpados. Sentir las cálidas manos de Lilah sobre su cuerpo era como si estuviera en el cielo.

—Te amo, mi Julieta —murmuró Lilah en su oído.

—Te amo, mi Romea.

Y sinfín de caricias y besos demostraron lo mucho que se amaban.

Varios meses después la feliz pareja aún estaba en el ducado de Kent.

Lilah quería ir a Londres, pero por su embarazo Julian pensó que en el campo estaría mejor que en la ciudad. Entonces, ambos decidieron quedarse otra temporada más disfrutando de la tranquilidad del campo.

Lilah soltó un bostezo cargado de cansancio. Desde que se había quedado embarazada, la energía que solía tener se había evaporado como si fuera agua.

Antes de encaminar hasta su cuarto a descansar, mandó que vinieran unas criadas para que le ayudaran a desvestirse y así poder meterse en la cama.

Cerró los ojos, acariciando su abultado abdomen mientras las sirvientas hacían su trabajo.

Cuando finalizaron con su labor, se despidieron de ella con una reverencia de cortesía para marcharse de la habitación.

Volvió a bostezar sin cesar. Estaba tan cansada y agotada que los párpados de sus ojos se cerraban poco a poco. Soltó un gemido de placer al tumbarse en su lecho. ¡Esto era el paraíso! Pensó sonriendo mientras cerraba los ojos de golpe. Preparándose para una buena siesta.

De repente, en medio de su ensoñación, sintió cómo unas suaves manos le acariciaban el pelo.

Sin necesidad de abrir los ojos para comprobar quién era la persona que la tocaba, solo con aspirar su aroma, podía afirmar que era él. El hombre de su vida. Su esposo. Su primer amor. Su Julian.

—Mmm —murmuró aún con la voz adormida, entreabriendo los ojos lentamente y encontrándose con la mirada de Julian, llena de ternura y de amor—. ¿Ya volviste, amor? Solo quería dormir un poco.

Julian soltó una suave sonrisa. Lo primero que hizo al regresar de visitar a Luke fue comprobar si su esposa estaba bien o no. Cuando el mayordomo le había indicado que estaba en su recámara descansando, corrió hacia allá.

Abrió la puerta con cuidado de no despertarla y rápidamente se desvistió, quedándose en camisa y pantalones finos de algodón. No había querido despertarla al verla durmiendo como un ángel. Pero Julian no pudo evitar las ganas de meterse con ella en el lecho de ambos.

Tenerla entre sus brazos. Escuchar los latidos de su corazón. Sentir cómo su dulce olor lo invadía. Eran unas sensaciones inexplicables e inolvidables que solo se podía vivir una vez.

—No pasa nada —repuso Julian mientras sus manos se dirigían hacia el vientre de Lilah.

Ella soltó varias risas, debido las cosquillas que le estaba produciendo Julian al acariciarle de esa manera tan frágil, como si no quisiera romper el cristal.

—¿Has comido algo, amor? —preguntó mirándola con preocupación.

—No, no he podido comer nada, cariño —respondió—. Me encantaría comer, pero quiero algo dulce.

—Entonces, cocinaré para ti algo dulce, mi princesa —dijo antes de quitar sus manos del vientre de Lilah.

Se levantó de la cama y, antes de irse a preparar el manjar, se acercó al rostro de Lilah para dejarle en su frente un beso.

—Te amo —susurró antes de salir del aposento.

Con la luz de las velas, debido a que ya había anochecido, Lilah se quedó contemplando cómo su esposo salía del dormitorio con elegancia.

Se había asombrado bastante cuando escuchó las palabras de Julian. Los hombres no preparaban comida para sus mujeres, pero su esposo era un caso especial, como lo era ella.

Julian regresó al cuarto acompañado de una criada, quién llevaba cargando varias bandejas llenas de diversos manjares dulces y que a la vez eran saludables. Era perfecto para el estado de Lilah.

Julian miró cómo la sirvienta las dejaba en la alargada mesa que poseían en el dormitorio. En cuánto terminó con su trabajo, se despidió de ellos con respeto, saliendo con prisas del aposento.

Con la ayuda de Julian, Lilah se sentó en ese incómodo sofá que tanto odiaba. Esbozó una encantadora sonrisa, disfrutando de la sensación de ser mimada por él. Le encantaba demasiado ver su lado detallista.

—Esto está delicioso —elogió Lilah cuando terminó de comérselo todo—. Aún tengo sueño, ¿vamos? —volvió a añadir mientras hacía un tierno mohín.

—Me hace feliz saber que te ha encantado mi comida. —Sonrió poniéndose en pie al mismo tiempo que le entregaba su mano—. Vamos.

Se entrelazaron las manos, gozando las emociones que solo ellos podían sentir en silencio. Ya no había esa necesidad de decir sus sentimientos cuando simplemente se podía percibir en el aire.

Semanas después, Julian estaba en su despacho, trabajando con la contabilidad de la empresa, cuando de repente la puerta se abrió de golpe y entró Meghan demasiada nerviosa.

Su madre, cuando se había enterado del embarazo, tomó la decisión de vivir con ellos una buena temporada. Quería ayudar a Lilah con consejos sobre la maternidad.

Julian se asustó cuando vio la expresión de su madre.

¿Y si Lilah había tenido un accidente?

Maldición, ¿por qué se había enamorado de una mujer a la que le encantaba meterse en líos? Suspiró tranquilizándose. Pensar negativamente no le hará ningún bien, sobre todo en ese momento.

—¿Todo bien? ¿Lilah...?

Meghan lo interrumpió, dejándolo con la palabra en la boca.

—¡Está en parto, querido! —exclamó emocionada.

—¿Qué!?

Julian salió corriendo en búsqueda de su esposa.

Lilah estaba reposada en la cama con una expresión que transmitía miedo y tranquilidad a la

vez.

—¿Amor? —inquirió casi susurrando—. ¿Estás bien? —volvió a preguntar, solo para asegurarse de la buena salud de su esposa.

Lilah asintió ligeramente. Julian sonrió a pesar del temor que sentía. Al instante, tomó las manos de su esposa. La piel de Lilah brillaba por el sudor que emanaba de su cuerpo.

—No te preocupes. Aquí estaré para cuidarte.

Sin separarse de su esposa, se dio la vuelta para mirar una de las doncellas.

—¿Ya llamaron por el médico?

—Ya lo hice —contestó Meghan de repente, apareciendo en el cuarto—. Seguramente ahora estará de camino.

El médico, junto con la matrona, quién también era su esposa llegó unos minutos después. Ella echó a Julian de la habitación sin delicadeza, dejándolo en un estado de crisis nerviosa.

Después de dolorosas horas, Julian se encontró con los hermanos de Lilah pero no pudo pronunciar ninguna palabra. Estaba demasiado inquieto para hacerlo.

La respiración de Julian se cortó cuando vio al doctor salir de la habitación. Se dirigió a él, temeroso por el futuro que le esperaba. ¿Y si Lilah había muerto? No podía imaginar una vida sin ella.

—Tanto la madre como los hijos están bien —declaró el doctor después de un intenso silencio, calmando a todo el mundo, sobre todo a Julian.

—¿Hijos? —El pobre se adentró al cuarto en dirección de su esposa sintiendo como todo su alrededor se mareaba con él.

La halló con su diminuta hija en los brazos mientras la matrona tenía a su otro hijo también en los brazos. ¡No podía creer que tuviera mellizos!

Sin pedir permiso a la comadrona, Julian tomó a su hijo de los brazos de ésta. Tanto emocionado como nervioso, terminó sentándose a lado de su esposa.

—Pensé que iba a morir si algo malo pasaba. ¡Gracias a Dios que todo terminó bien!

Lilah se rio por su comentario.

—¿Irme? ¡En tus sueños! Siempre estaré aquí contigo o si no es así, manipularé al destino —bromeó haciendo que Julian también se riera.

—Tengo fe en que conseguirás manipularles, cariño —murmuró sin dejar contemplar su rostro lleno de sudor—. Te amo, ¿lo sabes?

Lilah asintió sin dejar de mirarlo con una expresión llena de amor.

—Como yo a ti. ¿Quién diría que terminarás teniendo el corazón de una rebelde? ¿O quién diría que terminaría deseando las cosas que jamás quise? Te tengo a ti y a la familia que tanto anhelé.

Antes de que Julian pudiera decir algo, Lilah lo silenció con un beso apasionado.

Tenía en sus brazos todo lo que nunca había soñado que alguna vez iba a lograr.

Epílogo

Cuatro años después.

Julian ya estaba cansado de andar buscando a Alexandra, a Ian y a Lucas. Pero era su culpa por dejarles convivir tanto con su madre. Julian lloriqueó mientras seguía con su búsqueda.

Casi iba a levantar sus manos al aire pidiendo piedad a Dios cuando los ubicó en la orilla del lago jugando con el agua. Antes de dirigirse hacia ellos puso la típica expresión que utilizaba cada vez que quería regañar a sus hijos cuando se metían en problemas, justo como su madre. De tal palo, tal astilla.

«Ya tengo suficiente con vuestra madre. Por favor, cuando seáis mayores no terminéis siendo como vuestra madre. Os lo ruego», rezó Julian, acercándose cada vez más a la orilla del lago.

—¿Por qué lo habéis hecho? —ladró Julian en cuanto estuvo frente a ellos, intentando controlar su enfado.

Desde el nacimiento de sus primeros hijos, su característica tranquilidad se había marchado lejos. Huyendo de su cuerpo y de su alma para siempre.

—Solo hicimos lo que nuestra madre nos había dicho —dijo Lesly, la copia idéntica de Lilah, mientras sus otros hermanos asentían.

—A partir de ahora, no deberíais hacerle caso a vuestra madre —masculló entre dientes—. Ahora id a vuestra habitación. Allí debéis pensar muy bien en lo que habéis hecho. y mañana al despertar os disculpáis con la señora.

Los tres asintieron varias veces, levantándose de la orilla y siguiendo a su padre.

En cuanto Julian vio a sus hijos entrar en sus respectivos cuartos, exhaló el aire para controlar su furia.

Se dirigió al lugar por excelencia de Lilah. Siempre estaba allí. Ya fuera leyendo, practicando en el piano o planificando sus locuras. Era su santuario. Era su apreciado cuarto de estar. En él tenía todo lo que necesitaba. Un enorme armario, varios sofás, un tocador y una amplia y cómoda cama.

—¡Buenas tardes, amor! —lo saludó Lilah con inocencia, ignorando la mala cara de su esposo.

—¡Lilah! ¿Cuántas veces te he dicho que no hicieras eso?

Lilah se encogió de hombros.

—Esa bruja se lo tenía merecido por abrir esa boca. Al menos, yo no voy por allí besando los pies de los demás para luego criticarles y juzgarles por la espalda. Además, sabes perfectamente que no soporto eso

Se acercó hasta quedarse a pocos centímetros del cuerpo de Julian. Con una sonrisa pícaro, acarició el rostro de él.

—No... —Se calló cuando Lilah comenzaba a desvestirlo. Tragó saliva, nervioso—,
¿Ahora?

—Sí, ¿por qué no? De paso, nos calmaremos un poco.

—Esta vez ganas tú —gruñó tomándola de la cintura delicadamente.

Ambos se tiraron en la cama matrimonial, Julian poniéndose encima de Lilah.

—Siempre gano yo.

Lilah puso sus manos en el cuello de Julian, atrayéndolo más a ella.

—En eso tienes razón —murmuró antes de besarla.

Un beso que tenía como promesa un amor verdadero que durará para toda una eternidad.

Escena extra #1

Ahora Lilah entendía el dolor que sintió su padre al perder a su mujer.

Era horrible seguir adelante sin tenerlo nunca más en su vida. Ya no podía sentirlo. Ya no podía oler su fragancia. Ya no podía tocarlo. Ya no podía verle. Ya no podía decirle «te amo» antes de dormir.

Julian sabía que iba a morir. Llevaba semanas sintiendo cómo la muerte se acercaba a él.

Al principio intentó ignorar esa advertencia, pero la sensación se hacía cada vez más fuerte hasta atraparlos entre sus redes.

Ahora ya no había futuro ni tampoco salida. Solo un fin que dudaría hasta la eternidad en el mundo ultratumba.

Al comprobar que su esposa no estaría esa noche, Julian tomó la decisión de despedirse de Lilah. Quería decirle por última vez lo especial que había sido ella durante toda su vida. Desde jóvenes hasta viejos ancianos.

Enamorados desde el primer hasta el último suspiro.

Le rompía el corazón pensar en el dolor de su esposa. No quería ver su rostro cuando supiera que no pudo cumplir su promesa. Iba a abandonarla. Iba a dejarla sola. Iba a morir antes que ella.

Tosió varias veces. Cada una más fuerte. Debía terminar de escribir ese libro antes de que llegara su hora.

Julian no podía creer que llevara casi una década narrando cada segundo de su vida, la admiración y el amor que sentía por su esposa.

Al finalizar la historia de su vida, los ataques de tos se hicieron más fuertes, más tormentosos. Con la mano temblando, sintiendo cómo las velas temblaban por un intenso mareo, sacó su última voluntad para escribir la última carta.

Querida,

Quería que supieras una cosa importante antes de despedirme.

No quiero abandonarte. Te lo prometido varias veces durante mi juventud. ¿Lo recuerdas, verdad? Esas noches donde lo único importante era nuestro amor.

Pero no puedo hacer nada. Ha llegado mi hora.

Antes de irme, te regalo este libro lleno de nuestros recuerdos, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestros suspiros, nuestras emociones y nuestra admiración.

No importa cuántas veces te lo diga, pero te amo como nunca he amado a nadie.

Verdaderamente tuyo.

Julian

En el segundo en que terminó, Julian ya no podía controlarse. Tosiendo, vomitó sangre manchando la parte inferior de la carta.

Esforzándose lentamente, apagó las velas, suspirando. En plena oscuridad, cerró sus ojos y nunca más los abrió.

Agradecimientos

Esto no lo hubiera conseguido sin ustedes, mis bellas lectoras.

En especial, gracias a Cathbrook, quién me inspiró para crear esta historia. Y a Gretha-H por apoyarme desde el primer momento.

Tengo que agradecer a muchas personas que estuvieron conmigo desde siempre como Shakira, Carla, Kimberly, Teffy, Karina, Irene...

No tengo las palabras para describir lo mucho que os quiero. Gracias por darme esta gran oportunidad.



©Dana Velvet

Red Apple Ediciones 2019
www.redappleediciones.com